

VICENTE DE LA FUENTE



LA SOPA DE LOS CONVENTOS

o sea

TRATADO DE ECONOMÍA POLÍTICA
EN ESTILO JOCO-SERIO ACERCA DE LOS
OBSTÁCULOS TRADICIONALES EN NUESTRO PAÍS

Edición crítica de Álvaro Capalvo



Institución «Fernando el Católico»
Diputación Provincial de Zaragoza

MMXIII

VICENTE DE LA FUENTE



LA SOPA DE LOS CONVENTOS

o sea

TRATADO DE ECONOMÍA POLÍTICA
EN ESTILO JOCO-SERIO ACERCA DE LOS
OBSTÁCULOS TRADICIONALES EN NUESTRO PAÍS

Edición crítica de Álvaro Capalvo

Con un Apéndice en el que se incluye
la Necrología del autor,
por Alejandro Pidal



Institución «Fernando el Católico»
Diputación Provincial de Zaragoza

MMXIII

Publicación número 3232 de la
Institución «Fernando el Católico»
Organismo Autónomo de la
Excma. Diputación Provincial de Zaragoza

Pza. de España, 2, 50071 Zaragoza (España)
Tfno. 976 288 878 / 79 – Fax 976 288 869
ifc@dpz.es – <http://ifc.dpz.es>

Diseño: Álvaro Capalvo y Víctor Lahuerta
Maquetación y coordinación técnica: Víctor Lahuerta

© del texto de la presente edición y notas: Álvaro Capalvo, 2013
© Institución «Fernando el Católico», 2013

ISBN: 978-84-9911-233-6
Depósito legal: Z 1005-2013
Imprime: Gráficas Mola, SCL

En la composición se han utilizado
los tipos **Caslon** para la cubierta, **Jamille** para la nota introductoria
y **Hebrew** para el texto.

Esta obra está disponible en
http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/32/81/_ebook.pdf

ÍNDICE

Breve presentación del editor	7
-------------------------------------	---

La sopa de los conventos

Prólogo a la segunda edición española.....	13
Introducción	15
CAPÍTULO I. ¿Qué es la sopa de los conventos? —Hay Dios y Dios nos habla	17
CAPÍTULO II. La bazofia. —Diferencia entre la pobreza y la porquería. —Dícese que la limosna rebaja al hombre, y la sopa del convento le humilla	27
CAPÍTULO III. La holgazanería de los frailes y aumento de ella por la sopa. —Recuerdos juveniles. —La sopa de los conventos fomentaba la holgazanería. —Los pueblos donde había frailes estaban plagados de holgazanes.....	48
CAPÍTULO IV. Mendigos de levita. —Cálculos sobre el progreso de esta gran rama de la holgazanería. —Contraposición de la sopa boba con la sopa de los conventos.....	53
CAPÍTULO V. Observaciones sobre la holgazanería de chaqueta. —Pauperismo en España. —Pobres laboriosos. —Pobres hijos de la holgazanería. —Otra mendicidad de chaqueta. —Pobres inválidos. —La sopa del Estado —Pobres válidos. —Derecho al trabajo. —Desarrollo del pauperismo. —Causas de la falta de trabajo.....	59
CAPÍTULO VI. Consecuencias de la desamortización. —Aumento ficticio de riquezas. —Despoblación de los campos y aglomeración de los pobres en las capitales	80
CAPÍTULO VII. Adquisición de la riqueza acumulada por el clero. —Resultado de la enajenación de esta	84

CAPÍTULO VIII. Los pícaros y los holgazanes no eran los que frecuentaban la sopa de los conventos. —Esta se daba con discernimiento.....	94
CAPÍTULO IX. Las demoliciones modernas en sustitución de la sopa como medio de dar de comer al hambriento	99
CAPÍTULO X. Preocupaciones contra la limosna de los conventos aun en los tiempos mismos llamados de la sopa	103
CAPÍTULO XI. La sopa conventual en sus relaciones con los tesoros de Indias. —Un sopista que valía un mundo	108
CAPÍTULO XII. La sopa conventual en grandes apuros y momentos críticos	113
CAPÍTULO XIII. Las Hermanitas de los pobres. —Mendicidad de estas para evitar la mendicidad del pobre. —Su propaganda por Francia. —Fundación en París. —Venida a España. —La sopa económica.....	116
CAPÍTULO XIV. La sopa de los conventos en la actual penuria	156
CAPÍTULO XV. Respuestas a varios reparos. —Los antiguos mendigos y los nuevos. —Economía bucólica moderna. —Alocución, por vía de epílogo, a los caballeros de la gran orden de la tenaza. —Una mirada al porvenir	160

APÉNDICE

Necrología [y Bibliografía] de D. Vicente de La Fuente, por Alejandro Pidal	171
---	-----

Breve presentación del editor

La sopa de los conventos, publicada originalmente en los albores de la revolución de 1868, es un libro de historia y de política, redactado con la forma de un ensayo polémico medio burlesco, en el que el autor defiende la caridad cristiana y critica la avaricia, en general, y, en particular, la cortedad de miras de sus contemporáneos liberales. La finalidad de la obra es clara: reivindicar la función asistencial de la Iglesia y hacer ver de qué manera fue perjudicada por los despiadados especuladores que prosperaron al amparo de la desamortización.

Vicente de La Fuente (1817-1889), bilbilitano, catedrático, rector de la Universidad Central de Madrid, de las academias de Historia y de Ciencias morales y políticas, experto en historia eclesiástica, es conocido en Aragón por su magnífica Historia de Calatayud, varias veces reeditada, pero muy pocos recuerdan hoy el resto de su obra. Hemos considerado que el olvido en que hoy tenemos a La Fuente hacía necesaria una presentación del autor; pero dada nuestra impericia para realizar esa labor y la ausencia de estudios modernos acerca de su vida y obra, hemos optado por reproducir, en Apéndice, la necrología que le dedicó Alejandro Pidal en 1890, porque aunque adolece de la costumbre retórica de muchos escritos decimonónicos, sigue siendo a día de hoy el mejor documento sobre el historiador bilbilitano. Así, pues, el lector que desee informarse sobre Vicente de La Fuente diríjase a la parte final de este libro.

La sopa de los conventos puede decirse que ha tenido hasta ahora una historia poco afortunada y es posible que la presente publicación no varíe demasiado las cosas, dadas las opiniones defendidas por el autor y su fama de polemista católico, que hoy son una pobre carta de presentación. La primera edición que conocemos, de 1868, confusa en su estructura y con muchas erratas, debió de tener una tirada corta y se agotó con rapidez. En 1870 se volvió a imprimir en México, en una edición cuyos ejemplares muestran tantos

fallos que no parece se realizara en las condiciones más adecuadas. Un año más tarde, en Cádiz, en 1871, se preparó la segunda edición, en teoría revisada y aumentada por el autor, pero en la práctica realizada con tal negligencia, como se verá más adelante en las notas correspondientes, que el autor, probablemente avergonzado, debió de ordenar la destrucción de la tirada, ya que de esta segunda edición sólo hemos podido localizar un ejemplar, el de la Biblioteca Nacional de Madrid, y ni siquiera es mencionada en la bibliografía de Pidal, quien procuró anotar las reediciones del resto de obras de La Fuente. Andando los años, en 1896, la obra ya estaba olvidada por todos, de tal manera que cuando los correligionarios del autor publicaron un pobre folleto anónimo titulado La sopa de los conventos, el salteador literario que expolió el original de La Fuente se vio en la obligación de recordar lo siguiente: «...para estas comidillas mensuales que el Apostolado de la Prensa te ofrece en forma de folletos, nada más puesto en razón que un aperitivo, que voy a entresacar de un folleto bastante olvidado que hace cerca de treinta años publicó D. Vicente de La Fuente con este significativo título: La sopa de los conventos, o sea tratado de Economía política en estilo joco-serio acerca de los obstáculos tradicionales en nuestro país. Y lo dejo tan especificado, porque tendré que citar lo más de una vez, y no me gusta vestirme con plumas ajenas, pues quien de ajeno se viste en la calle lo desnudan.» Una pobre disculpa, por dondequiera que se mire.

La ironía, la frescura, el sarcasmo que luce en su prosa este castizo bilbilitano trasplantado a catedrático de la Corte, el triste enfado que muestran las páginas de su sopa por los abusos mercantiles de la época, creemos que pueden cautivar al lector actual, pese a la omnipresencia de ese catolicismo a la antigua usanza del que La Fuente hace alarde. Y aunque el texto es desigual, con pasajes de extraordinaria gracia acompañados de otros de menos sustancia, creemos que este libro es tan diferente a lo que estamos hoy acostumbrados a leer sobre el siglo XIX español, que vale la pena recomendar su lectura y conocer de primera mano las polémicas que avivaron el fuego revolucionario de la Gloriosa en 1868.

Se trata de una obra escrita en un tiempo de crisis, como el actual, pese a algunos historiadores que, de manera interesada, pretendieron minimizar su alcance, y uno de los motivos que nos llevó

a prestar a esta sopa una especial atención fue el ver reflejadas en los años sesenta del siglo XIX una corrupción, desempleo y pobreza similares a las actuales; porque tranquiliza pensar que, si entonces hubo remedio, también hoy lo habrá.

Aquí tiene, pues, el lector, La sopa de los conventos, con el recuerdo de pasadas penurias que tan bien podemos trasladar al momento presente. Y es que todos estos personajes que retrata La Fuente, los «caballeros de la tenaza», los «mendigos de levita», los «economistas de tripallena», parecen, y bien que nos pesa, inmortales, inevitables, sea cual sea el modo de vida que nuestra sociedad pretenda adoptar.

Álvaro Capalvo
Secretario Académico de la IFC
Junio de 2013

✎ La presente edición crítica reproduce el texto de la primera edición, Madrid 1868, según el ejemplar conservado en la Biblioteca Ildefonso Manuel Gil de Zaragoza, revisado según el ejemplar incompleto de la segunda edición, Cádiz 1871, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (y disponible en su Biblioteca digital hispánica). Se han corregido las numerosas erratas observadas; se ha regularizado el uso de g/j, s/x, y b/v según la norma actual; y se ha revisado la puntuación. Las notas del autor se han mantenido a pie de página, reenumeradas, indicando si pertenecen a la primera edición (reimpresas en la segunda) o si fueron añadidas o suprimidas en la segunda edición. Se indican de manera separada las notas del editor, convenientemente identificadas, a quien también pertenecen las traducciones al castellano de los textos bíblicos.

VICENTE DE LA FUENTE



LA SOPA DE LOS CONVENTOS

o sea

TRATADO DE ECONOMÍA POLÍTICA
EN ESTILO JOCO-SERIO ACERCA DE LOS
OBSTÁCULOS TRADICIONALES EN NUESTRO PAÍS





Vicente de la Fuente



Prólogo a la segunda edición española

La primera edición de este libro se hizo en el folletín del periódico católico-político *El Pensamiento Español*, el año 1868 y con los mismos moldes del periódico.

Posteriormente ha sido impreso en América¹.

Reimprímese ahora con permiso del autor, el cual ha corregido algunos pasajes y adicionado párrafos, que por descuido fueron omitidos en las ediciones anteriores².

.....

1 El texto de la edición mexicana de *La sopa de los conventos...*, Escalante, México, 1870, es idéntico al de 1868, según el cotejo que hemos realizado con el ejemplar conservado en la Fundación Max Aub. El folleto anónimo con el mismo título, *La sopa de los conventos*, publicado como número 55 de la serie Apostolado de la Prensa, Madrid, 1896, no es una reedición de la obra de Lafuente, sino un centón que extracta pasajes de la obra original. [N. del E.]

2 Sólo conocemos un ejemplar de la segunda edición gaditana, el de la Biblioteca Nacional de Madrid. Por su rareza, y por los errores de impresión que presenta, anotados en la presente edición en el lugar que corresponde, creemos que fue una edición fallida que pudo retirarse vistas sus deficiencias: pliegos repetidos, pliegos omitidos, páginas impresas en blanco, páginas de otros libros intercaladas en este por confusión del impresor, y equivocaciones en la numeración de capítulos y párrafos. La partición en párrafos, confusa en la primera edición y caótica en la segunda, se ha suprimido en esta edición crítica, respetando la estructura de capítulos según las correcciones adoptadas por el autor en la segunda edición. Agradecemos la colaboración prestada por el personal de la Biblioteca Nacional de Madrid y de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander. [N. del E.]

Introducción

Imposible y aun absurdo parecerá a muchos que se trate de vindicar la sopa de los conventos, a la cual se ha considerado como una de las causas principales de la holgazanería en España, suponiendo que por este medio se mantenían una porción de haraganes que vivían sin trabajar, y eran una de las lepras sociales que principalmente corroían a nuestro país. Esto ha venido ya a ser una especie de proverbio, y es de rigor citarlo cuando se habla de las causas de la decadencia de nuestra patria, sintetizando esta frase uno de los grandes capítulos de culpas que hemos venido a formular entre los llamados *obstáculos tradicionales*. Esto se considera como una verdad axiomática, indiscutible, de esas que son tan evidentes que basta enunciarlas para que sean comprendidas, de esas que se redactan en forma de pulla o burleta, porque basta decirla para que el acusado baje los ojos agobiado a la vez por el peso del delito y lo ridículo del delito.

En el Parlamento se ha sacado a lucir varias veces *la sopa de los conventos*, y no como quiera por los progresistas y demócratas, sino también por los diputados unionistas. Hasta se han permitido decir esta ridiculez compañeros y amigos míos: pero más que de ellos soy amigo de la verdad. *Amicus, Plato, sed magis amica veritas*³.

Vamos, pues, a examinar ese monstruo horrendo, enorme y ciego que se tragaba la prosperidad de España como el Polífemo de la fábula:

*Monstrum horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum*⁴.

Veremos que los detractores de los conventos *por la sopa*, no han sabido lo que se han dicho; que se han dejado llevar de las hablillas

.....
3 El origen de la frase puede ser un pasaje de la biografía de Aristóteles de Ammonio, que traducido al latín dice: *Carus quidem Socrates, sed veritas carissima (Vita Aristotelis, Leiden, 1621)*. [N. del E.]

4 Virgilio, *Eneida*, III. 658. [N. del E.]

del vulgo; que han repetido a coro un desatino ridículo, y que por mucho que haya corrido esta proposición, es ya tiempo de echarle la tijera como a las pesetas falsas; que no porque hayan pasado por buenas manos dejan de ser falsas, pues ni el tiempo ni el comercio honrado convierten en plata el plomo y el estaño, y llega un día en que se las examina, se las pasa de mano, se las pesa y aquel día salen de circulación. Yo soy el que voy a examinar esa peseta falsa de la economía moderna.

Vamos, pues, a darle unos frotécitos a la invectiva contra *la sopa de los conventos*, y luego la pesaremos delante de los señores economistas para que vean que en eso, como en otras cosas de su positivismo, nos regalan plomo y estaño por metal legítimo.

Bien conozco que se necesitan todo mi desenfado y sangre fría para escribir esta sátira contra la *frailifobia*.

El título sólo hará reír: quizá y sin quizá, me hará objeto de burlas. Con todo, pienso reírme el último, y en materia de risas ahí está el *quid*. Voy a poner en ridículo a los *caballeros de la Tenaza*, que se burlan de los frailes, al paso que se comen lo que fue de ellos.

Podía haber escogido otro título más serio; pero de intento he preferido este, y para ello tengo mis razones. Así como cuando se quiere insultar al Papa se dice la *curia romana*, para insultar al Clero se dice *jesuitismo*, y para atacar a la religión cristiana y a su culto se los llama *superstición y fanatismo*; del mismo modo hoy día para insultar a los regulares todos de todas clases y de todos tiempos se dice, no los conventos ni los monjes, sino la *sopa de los conventos*.

El catolicismo no está ya en el caso de tolerar estos ataques burlescos y de mal género; no está en el caso de que, siendo su posición inexpugnable, consienta por más tiempo que se le esté *escopeteando* con dicterios y burlas. La burla se rechaza con la burla, no con ataques serios. Cuando se sublevaron los esclavos, los romanos los combatieron a latigazos: contra estos *sopífobos* voy a esgrimir el látigo a nombre de la Religión, de la verdad y del derecho.

CAPÍTULO I

¿Qué es la sopa de los conventos? — Hay Dios y Dios nos habla

Al oír este epígrafe quizá nos diga algún frailífobo, como cuestión preliminar:

—Haga Vd. favor de rectificar esa pregunta. Donde dice *es*, debe decir *era*.

—No señor; no lo crea Vd. Está bien puesto y con mucha intención como cosa presente. La sopa de los conventos no solamente ha sido o existido, sino que es y existe, y ¡admírese usted! será y existirá. Siento mucho tener que asustar a Vd. con tan lúgubre profecía, pero confío que, en leyendo estos párrafos, se le pasará el susto, le volverá el alma al cuerpo, y en fin ¡*saldrá el sol y medraremos!* como decían nuestros mayores⁵.

—¿Qué es la sopa de los conventos?

Es la distribución de la comida sobrante de un convento a pobres que no tenían qué comer. Es un acto de generosidad y de caridad. Es hacer lo que se hace en las casas de los hombres de bien, y donde los amos tienen entrañas, dando a una familia desgraciada la comida sobrante. Un convento es una casa, es una familia. ¿Por qué no han de poder hacer los frailes en su convento lo que haría y hace cualquier particular en su casa, y un soldado en su cuartel?

Sí, hasta los soldados, pues el que viva cerca de un cuartel o cuerpo de guardia en Madrid verá a la hora de repartir el rancho acercarse a los soldados una porción de ancianos, mozos de cordel, lisiados, mujeres con sus niños, a quienes aquellos dan el sobrante de su escaso alimento; acción noble y generosa, que honra a nuestro soldado, al soldado más sobrio y parco de la tierra, y que para timbre y honra de nuestro ejército quiero consignar aquí.

.....
5 Véase la historia del contratista Bartolo en «Saldrá el sol y medraremos», *El Eco del comercio*, 214 (30 noviembre 1834), p. 1. El Caballero del Bosque, en la segunda parte del *Quijote*, cap. XIV, dice *Amanecerá Dios y medraremos*. [N. del E.]

No es cosa que yo invente: la estoy viendo todos los días y viéndolas con admiración y gusto. El soldado español, que come poco, y que se bate muchas veces sin haber comido, ni tener esperanzas de comer⁶, comparte su escaso alimento con el pobre que se le acerca, quitándose a sí mismo de la boca, como decirse suele; y esta acción generosa y constante, que se elogia en el soldado, que honra y sublima a este, ¿ha de ser zaherida, vilipendiada y hecha objeto de sarcasmo porque la ejecute un fraile? Entonces dígase claramente que la burla no es por la sopa, sino por el fraile, que se ridiculiza en este lo que se elogia en otro cualquiera; en el soldado que da el sobrante de su rancho a la puerta del cuartel; en el particular que da el sobrante de su comida a la puerta de su casa.

Veamos esto segundo.

—¿Es Vd., señor economista, *tan económico* que nada sobre en su casa, después de comer su familia? Si es así, ya veo que es Vd. un economista teórico-práctico en toda la extensión de la palabra: procure Vd. inventar una chimenea por donde no salga el humo, porque es lástima que se le escape a Vd. Si es Vd. liberal, no lo será ciertamente por la *liberalidad*. Lea Vd. las cartas del *Caballero de la Tenaza*⁷: será lástima que se le olviden a Vd.

6 Sabido es lo que sucedió cuando faltaron los víveres al ejército, durante la campaña de África, con motivo de haber dispersado una tempestad la escuadra que debía avituallarlo. Halláronse raciones solamente para un día. La contestación de los soldados fue: «estando a media ración hay para dos días y un día sin comer lo pasa cualquiera: malo ha de ser que en tres días no tenga tiempo la escuadra para socorrernos.» Pregúntese a la guarnición de Gibraltar si pasaría por este cálculo. [Nota de la primera edición].

7 Las *Cartas del caballero de la Tenaza*, de Quevedo, pueden consultarse en BAE, vol. 1, pp. 453-459, ed. A. Fernández-Guerra. El origen de la denominación no hemos podido desentrañarlo, pero las características del personaje quevediano quedan claras: «el verdadero caballero de la Tenaza amague, y no dé. Y al fin ha de tener costumbre de reloj de sol, que muestra y no da. [...] ni han de saber otro refrán sino “quien guarda halla”»; esto es, un caballero de la Tenaza es un tacaño. La figura tuvo éxito literario y fue utilizada por autores como Galdós: «¡Pobrecilla! Venía de parlotear con los Caballeros de la Tenaza, albergados a espaldas de la iglesia de San Ignacio. Pensé que ya le estaban ajustando las cuentas para mandarla al otro mundo bien limpia de pecados, y aliviada del peso de sus cuantiosos intereses.» (en *Cánovas*); o Rodríguez Marín: «¿ya no recuerdas que ha muchos años que profesamos juntos en la estrecha orden de los Caballeros de la Tenaza? “El mejor amigo, un duro”, dice el refrán; y ¿tú, un amigo solo, me pides que te en-

A la verdad, entre gritar: *¡viva la libertad!* y dar cuatro cuartos, lo más barato y económico es gritar —*¡viva la libertad!*— pero en tal caso no vale ese grito ni siquiera los dieciséis maravedises⁸.

Bien veo que si Vd. le cuenta los garbanzos a la familia, difícilmente se allanará a mis razones. Pero afortunadamente en España son escasos los avaros, y más bien se peca, desgraciadamente, por el extremo opuesto. Los economistas entre nosotros suelen ser más bien teóricos que prácticos, y sobre todo con su estómago, que al fin no es lo mismo predicar que vender trigo, como dice nuestro refrán; ni es igual recetar dieta que guardarla. Aun los mismos hombres económicos, a quienes solemos vulgarmente llamar *tacaños*, quieren pasar por rumbones, y el célebre dómine Cabra, que, según Quevedo, enseñaba el tocino a la boca de la olla para que diera sustancia y no mermara, se empeñaba luego en demostrar a sus famélicos y cuasi transparentes pupilos que les tenía espléndida mesa. ¡Ah, señor don *Nicomedes de la Tenaza*, ya que sea Vd. tacaño, tenga Vd. siquiera la decencia de no murmurar contra los que no sean ruines, mezquinos, ramplones, escatimados y miserables como Vd.

Pero suponiendo que los señores diputados y periodistas, con quienes ando riñendo esta descomunal batalla, no querrán pasar por herederos del dómine Cabra; y antes bien por gente rumbona y generosa, vuelvo a mi argumento y pregunto: —¿Qué hace Vd. con la comida que sobra en su casa? Esa comida sobrante se puede vender, se puede tirar y desperdiciar, echándola a la espuerta de la basura; puede guardarse de un día para otro, o puede, en fin, darse a un necesitado.

Venderla no es lo común en España. Eso puede pasar en Inglaterra, donde el hijo que va a comer con su padre paga la ración; de donde ha venido la frase de *convidar a la inglesa*.

En España, todo lo que se hace mal se hace *a la inglesa*. El no saber montar a caballo y llevar el compás sobre la silla con las asenta-

tregue cinco mil de mis mejores amigos? Yo no debo cometer esa traición. Piérdase una buena amistad cinco mil veces, y no se corra el riesgo de perder de una vez cinco mil buenas amistades.» (*La piedra de toque*). [N. del E.]

8 La moneda de cobre de cuarto valía cuatro maravedies. [N. del E.]

deras, se llama *montar a la inglesa*; salir de una visita sin despedirse es *despedida a la inglesa*; convidar y hacer pagar lo comido es *convite a la inglesa*; llevar el pantalón enseñando los tobillos, o la camisa con picos de a media vara, es llevar *pantalón inglés* o *picos a la inglesa*, y el tener acreedores que persigan se llama *tener ingleses*.

Digamos, en obsequio de la verdad, que en Inglaterra hay de todo, y hay mucho bueno; y sobre todo católicos *buenos* y *buenísimos*; y aun entre los que no son católicos, existen virtudes que ojalá tuvieran más de cuatro en España.

Que los protestantes, creyendo en la fe sin obras, rehúsen acompañar aquella con la caridad, no es de extrañar; pero los católicos, allí y en todas partes, opinan y obran de otro modo, y es seguro que en los conventos de Inglaterra, pues los hay y no pocos, se dará la sopa sobrante lo mismo que en España, sin que a nadie se le ocurra por eso zaherir a los frailes de aquellos conventos, ni acusar de holgazanaría a los católicos ingleses.

No creo, pues, que haya ningún economista español *tan inglés* que venda la comida sobrante y convierta su casa en fonda. Y si no se vende, ¿se desperdiciará?

¡Oh! Esto sería un acto de ferocidad y de barbarie. Donde hay tantos pobres que no tienen qué comer, que desfallecen de hambre, que no trabajan porque no hallan dónde trabajar, pobres impedidos y lisiados, viudas honradas y vergonzantes, pobres cesantes echados a la calle por falta de favor o por vicisitudes políticas, y mil y mil personas hambrientas y escualidas, desperdiciar lo que pudiera mitigar su hambre fuera una inhumanidad, un crimen, que si no castiga la ley lo castigará la conciencia pública, y lo que es más, lo castigará Dios; porque ello, señores economistas, hay que convencerse de que hay Dios, y de que el Dios verdadero no es un Dios de palo.

No sirve decir: —«Eso es mío, yo puedo hacer de ello lo que quiera, nadie tiene derecho a meterse en lo que yo hago en mi casa: ¡eso es una impertinencia!»

Sin perjuicio de responder a esto más adelante y detenidamente, diré sólo por ahora que el derecho de propiedad tiene sus límites; que está dado para uso y no para abuso; que el *jus utendi et abutendi*, derecho de usar y abusar, que decían los romanos, tenía otra significa-

ción y otra interpretación más recta, y que las leyes mismas antiguas y modernas ponen a los pródigos en la categoría de los locos y los sujetan a la tutela ejemplar.

Claro está que a nadie se le llamará pródigo porque desperdicie la comida sobrante en su casa; pero, ¿dejará por eso de faltar a los deberes de humanidad y de conciencia? ¿Acaso están todos los delitos en el código penal? ¿No hay, además de los delitos civiles, otros delitos morales, y además de los civiles y morales otros delitos religiosos? ¿Dejará esta destrucción de objetos sobrantes de ser un atentado contra la naturaleza y contra el precepto del derecho natural, que dice: —«*Quod tibi non nocet et alteri prodest ad id est obligatus.*» Lo que a ti no te hace falta y cuya donación no te perjudica, al paso que a otro puede servirle, estás obligado a darlo a tu semejante. Y si tú lo destruyes, claro está que su donación no te perjudica, ni serás más pobre por darlo, puesto que lo inutilizas inhumanamente.

Luego el destruir el alimento sobrante después de comer, cuando hay otros necesitados que pudieran alimentarse con ello, es un atentado contra la naturaleza, que prohíbe esta destrucción, y contra el precepto del Derecho natural corriente en las escuelas como un axioma, y que al fin no es sino una verdad de sentido común, como todos los axiomas.

Queda, pues, demostrado, que de no vender la comida sobrante y no poder destruirla o desperdiciarla sin cometer un crimen, no hay más remedio que darla; y, como no es posible darla a los ricos, hay que darla a los pobres; y como los pobres generalmente no entran a la sala, ni suelen pasar de la puerta, hay que darles la comida a la puerta de la casa, o poco menos; y entonces, ¡ay, amigo mío! Si Vd. hace eso a la puerta de su casa, haga cuenta que, de mayor a menor, su casa es entonces la portería de un convento, y Vd., sin ser fraile, da la sopa como se daba en la portería de los conventos, y en tal caso si hace lo que los frailes, es Vd... ¡me horrorizo al decirlo! un *sopifilo práctico*.

Quod erat demonstrandum, como diría un escolástico antiguo.

Vamos a ver lo que dice Dios acerca de la sopa de los conventos. En rigor debía haber principiado por aquí, porque las razones que voy a dar son las más sólidas, las más dignas y las más elevadas para un cristiano. Mas no siempre conviene principiar por las razones más

fuertes, que las batallas no suelen principiarse con cargas a la bayoneta, sino más bien desplegando las guerrillas y haciendo maniobrar a estas contra las tropas ligeras.

Aquí las tropas ligeras son los racionalistas, gente tan ligera de suyo que jamás se la da alcance; pues su táctica, por lo común, se reduce a corretear, huir, no fijarse en cuestión ninguna, y negarlo todo, al tenor de aquel célebre dicho antiguo *magis potest asinus negando quam Aristoteles probando*. *Asinus* quiere decir *borrico*, y en traduciendo esto lo demás del latín queda muy claro.

Atacados, pues, los racionalistas en su *propia casa*, único medio de cogerlos, y que se ha empleado en el párrafo anterior, vamos ahora a entendernos con los economistas más formalotes.

Convengamos, como he dicho antes, en que hay Dios.

Convengamos, siquiera por el bien parecer, en que este Dios no es de palo, ni tampoco de metal, como los que fabrican los ingleses en Birmingham para *civilizar* a sus indios; que así salen ellos.

Convengamos también en que este Dios no es tonto, pues para creer en un Dios tonto vale más no creer en Él. Aquel Dios que se pasea por el cielo y no hace caso de sus criaturas es un Dios tonto⁹ y bueno para los tontos de la antigüedad, o los que *progresando* como los cangrejos retroceden al paganismo.

Convengamos también en que el Universo no es Dios, ni el hombre es Dios, ni la humanidad es Dios, ni la naturaleza es Dios, puesto que a los germanólogos place tanto la distinción entre el hombre y la humanidad. Yo no concibo humanidad sin hombres, y como no se ha encontrado todavía el medio de que los hombres no se mueran, resulta que el Dios Humanidad tiene hambre, padece muchos errores, se engaña a cada paso, no sabe lo que le pasa, no sabe explicar la razón de casi nada de lo que le rodea, no sabe siquiera si el sol es un volcán o es de cobre líquido en ebullición; y concluye por irse muriendo por entregas, que es la más pesada de todas las bromas que le pasan a lo que llamaban nuestros padres el género humano y llamamos ahora la *Humanidad*.

9 *Quid enim novit Deus?... Nubes latibulum ejus nec nostra considerat, et circa curdines coeli perambulat* (Job cap. XXII v. 14). [Nota de la primera edición.]

Convengamos, pues, como buenos cristianos, en que Dios crió el mundo y crió al hombre, y dispuso que aun cuando el género humano quedase sujeto a la muerte individualmente, con todo colectivamente no pereciera, y es un Dios omnipotente, infalible, sapientísimo, eterno y único, inmenso e infinito. Necesario será que estudiemos lo que dijo al género humano, de quien cuida y al cual enseña y gobierna.

Oigamos, pues, lo que nos dice en su Evangelio:

Verumtamen quod superest date eleemosynam

(San Lucas, cap. 11, v. 41)¹⁰.

Luego si a los frailes les sobraba algo de comida, tenían obligación de darlo de limosna. Luego si lo daban cumplían con un deber y con un precepto del Evangelio. Luego si se les desprecia y ridiculiza por cumplir con un precepto del Evangelio, se desprecia y ridiculiza al Evangelio y a su autor Jesucristo. Luego los economistas que se burlan de la sopa de los conventos se burlan del Evangelio, de Jesucristo y del mismo Dios.

Supongo que me dirán que ellos no quieren meterse con Dios. Ya lo veo, pero con que no se quieran meter y con todo eso se metan, quedaremos medrados. Es lo que sucede a los que dan una puñalada que parte el corazón, pero luego alegan que ellos no querían matar, sino solamente dar una buena puñalada.

En materia de razones basta con una buena, y la anterior es tal que no hay más remedio que negar redondamente el Evangelio o callar. Podría excusar las restantes pruebas, pero ya que están a mano conviene consignarlas.

Entre las obras de misericordia corporales pone nuestro Catecismo la de dar de comer al hambriento y de beber al sediento. Consecuencia es de la doctrina del Evangelio; pues al describir San Mateo el Juicio final, en el cap. 25, ofrece la bienaventuranza, no solamente a los que crean, como afirman los protestantes, sino a los que obren y hagan obras de caridad y misericordia, pues como dice el refrán castellano: *Obras son amores. Venite benedicti Patris mei: possidete para-*

.....
10 Lucas, 11. 41: «Pero dad limosna de lo que tenéis...» [N. del E.]

*tum vobis regnum a constitutione mundi. Exurivi enim et dedistis mihi manducare*¹¹, etc.

Preguntan los elegidos. —Pero Vos, Señor, que no tenéis cuerpo, ni necesitáis de comer; Vos, a quien no hemos visto jamás con los ojos corporales, ¿cómo habéis podido comer lo que os diéramos, ni cuándo pudimos daros cosa que comierais?

El mismo Jesucristo responde terminantemente a estas palabras: —*Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis mihi fecistis*¹².

El fraile en su convento, y la monja en el suyo, no tenían ni tienen propiedad: podían hacer ciertas obras de misericordia, que pueden hacerse sin tener propiedad ni dinero, sobre todo las espirituales y aun algunas corporales, pero no obras que solo puede hacerlas quien tenga propiedad. Como la comunidad era la propietaria, ésta era la que daba y cumplía con este precepto, en unos casos, y consejo en otros, a nombre de los asociados en ella, y el que cercenaba de su escaso y pobre alimento una parte, sin ruido, sin vanidad, sin que nadie lo notara, daba limosna, daba de comer al hambriento, y cumplía con la doctrina del Evangelio, y Dios lo escribía en el libro de la vida para decir luego a ese pobre religioso: —«Ven, bendito de mi Padre, a poseer el reino para ti preparado, porque tuve hambre y me diste de comer.»

Tasada era tu ración, pobre tu alimento, escasas y groseras legumbres eran las que tenías para acallar la necesidad de tu estómago, y de ellas separaste una parte que tus sentidos reclamaban, que tu mano quería llevar a la boca; pero tu alma buena detuvo a la mano, hizo callar al apetito, dejó un pedazo de pan y unas pocas legumbres, y ese pedacito de pan y esas pocas legumbres poco rato después eran devoradas con ansia por un pobre jornalero, achacoso y famélico, que ese día no encontraba dónde trabajar. Pues bien, ese pobre jornalero era Yo, era el mismo Jesucristo.

.....
11 Mateo, 25, 34: «Venid, benditos de mi Padre. Heredad el reino que ha sido preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer...» [N. del E.]

12 Mateo 25, 40: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a mí lo hicisteis». [N. del E.]

¡Oh religión divina y santa que embellece y poetiza todo cuanto toca, que lleva por todas partes la vida y la esperanza, el consuelo y la belleza, que eleva a tan altas regiones las virtudes más pequeñas, las acciones modestas y al parecer insignificantes, virtudes no mandadas, virtudes que no alcanza a distinguir el mismo que las ve ejecutar. El superior mismo, que ve aquella acción, no sabe si es el hastío lo que hizo dejar aquel bocado; el confesor mismo que penetra en el interior del penitente, no sabe aquella buena acción de quien se confiesa de faltas, no de virtudes; pero Dios la ha visto, ha sonreído al verla, y ha mandado al ángel bueno que la escriba en el libro de la vida!

Id enhoramala, almas de estuco, que no podéis comprender la sublime poesía que esto encierra. Idos a estudiar con la teogonía griega, digna de vosotros, con vuestro Júpiter adúltero y seductor, vuestra Juno vengativa, con vuestra Venus de lupanar. Estas divinidades son dignas de vosotros y de los que las inventaron. Nosotros buscamos la poesía en el Evangelio y no admitimos el Evangelio por su poesía, sino la poesía por el Evangelio. Si no comprendéis la poesía que encierra la sopa de un convento, peor para vosotros.

Día llegará en que lo comprendáis a despecho vuestro, como también comprenderéis el Evangelio a despecho vuestro; pero será tarde.

¡Ello hemos de ver quién acierta!

Excuso añadir más pasajes de los libros sagrados.

Bien podría comentar el que dice —*Beatus qui intelligit super egenum et pauperem*¹³, y la maldición al impío que no da al pobre en aquellas palabras —*Panis egentium vita pauperum est: qui defraudat illum homo sanguinis est!* (Eclesiástico 34, v. 21)¹⁴. *Qui obturat aurem suam ad clamorem pauperis, et ipse clamabit et non exaudietur* (Prov. 21, v. 13)¹⁵. Pero a quien no convenzan los anteriores, menos convenrán estos.

.....
13 Salmos 41, 1: «Bienaventurado el que piensa en el débil y en el pobre». [N. del E.]

14 Eclesiástico, 34, 21: «El pan que mendigan es la vida de los pobres, el que se lo quita es un asesino.» [N. del E.]

15 Proverbios 21, 13: «El que cierra su oreja al clamor del pobre, también él clamará y no recibirá respuesta.» [N. del E.]

Con todo, no quiero dejar de citar el magnífico pasaje de la Epístola de Santiago, por lo mismo que tanto desagrada a los protestantes, padres naturales y legítimos de esa escuela economista; epístola que tanto por lo mismo agrada y debe agradar a todo buen católico.

«¡Qué les aprovecha a vuestros hermanos, dice la *Catholica* de Santiago, (cap. 2, v. 15), si se hallan desnudos y diariamente aquejados del hambre, que les digáis —vosotros marchaos y dejadme en paz, si no les dais con qué calentarse y satisfacer el hambre. Si la fe no va a acompañada de las obras está muerta en sí misma. —Pero a mí me basta con la fe: yo creo en Dios. Pues bien, pero te advierto que también los demonios creen.»

Oídlo, señores economistas, la verdad es durilla. «*Tu credis quoniam unus est Deus: bene facis: et daemones credunt et contremiscunt.*»¹⁶

Ahí tenéis uno de los pasajes que no quiso creer vuestro abuelo Lutero. Con todo, lo que es ahora, estad seguros de que ya lo cree...

... sólo que debe *tiritar* y no de frío. —*Credit et contremiscit*¹⁷.

.....

16 Santiago 2, 19: «Tú crees que Dios es uno, haces bien. También los demonios lo creen, y tiemblan.» [N. del E.]

17 En la primera edición «...sólo que ¡¡ya es tarde!!». *Credit et contremiscit*, «cree y tiembla» posiblemente tomado del *Lionello* de Antonio Bresciani, jesuita italiano autor de *El hebreo de Verona*; varias de sus obras fueron traducidas al español hacia 1860. [N. del E.]

La bazofia. —Diferencia entre la pobreza y la porquería. —Dícese que la limosna rebaja al hombre, y la sopa del convento le humilla.

Al llegar aquí, oigo decir a los frailífobos y caballeros de la Tenaza:

—Todo eso está bien. Yo no niego que se deba dar limosna; pero hay modos de darla. La limosna humilla al pobre, y la bazofia le rebaja. Ha probado Vd. por Derecho Divino, natural y positivo, con las armas de la razón y de la revelación, que se debe socorrer al necesitado, que no hay derecho a destruir lo sobrante, cuando otros seres iguales viven en la sociedad careciendo de lo necesario. Hasta ese punto estamos conformes, pero la sopa de los conventos nada tenía que ver con eso. Era, y aun es y será, donde subsista, una cosa inmunda y nausebunda, lo que se llama una *bazofia*; una cosa repugnante, compuesta de desperdicios., que tal vez no querrá comer un perro. ¿Qué derecho hay para hacer comer a nuestros semejantes ese residuo de las cocinas, que apenas se echaría a los animales domésticos?

Los frailes eran y son sucios; lo era su comida, y lo tienen que ser, por necesidad y en grado más eminente, los desperdicios de su comida. Además, la sopa de los conventos fomentaba la holgazanería, y donde quiera que había conventos pululaban los haraganes.

Hay, pues, contra la sopa de los conventos las razones siguientes:

- 1.^a Que es sucia y malsana.
- 2.^a Que la limosna dada de ese modo degrada al hombre.
- 3.^a Que fomenta la holgazanería, porque se habitúan a ella los holgazanes y todos los pícaros que no quieren trabajar.
- 4.^a Que en todas las poblaciones donde había muchos conventos había también muchos vagos.
- 5.^a Que se daba sin discernimiento de personas, ni saber si la necesidad de ellas era verdadera o ficticia.

Estos son los argumentos que recuerdo haber oído o leído en diferentes ocasiones contra la limosna en general y contra la sopa en

especial. Confieso francamente que no recuerdo ningún otro. Creo también que si lo hay podrá reducirse a estos, y que será, más bien que de ideas distintas, un tejido de palabras equívocas, de esas que se buscan expresamente para enturbiar lo que está claro, o decir solapadamente lo que no hay valor o permisión legal para decir sino de una manera embozada y ambigua. A cada uno de ellos responderé por aparte, principiando por el célebre y manoseado argumento de la llamada *bazofia*.

¿Quién no ha oído hablar de la *bazofia* de los conventos? ¿Quién no la ha visto puesta en escena hasta en los dramas románticos o en caricaturas en alguna novela? ¿Quién no sabe alguna anécdota más o menos picante acerca de ella?

¡Cuántos y no buenos cuentecillos aprendidos durante la juventud! Guardémonos muy bien de dar pábulo aquí a estas burlitas, hijas en su mayor parte de la travesura estudiantil; pero continuadas después y dichas con seriedad por personas que salieron de la juventud muchos años ha.

Observaremos ante todo que este, y lo mismo los otros argumentos, no atacan ya a la esencia de la costumbre caritativa, sino a la forma; de manera que, mientras razones consignadas en los dos párrafos anteriores prueban que la costumbre de dar la sopa a los pobres en la puerta de los conventos era esencialmente buena y conforme al Derecho Divino natural y positivo, los argumentos en contra vienen a decir, cuando más, que la forma de darla no era la mejor, o que podía darse de mejor manera.

Esto es ya bajar mucho la puntería, y batirse en retirada. Es lo que en la táctica militar se llama *hacer fuego perdiendo terreno*.

Sigamos, pues, al enemigo que principia a batirse en retirada. Ante todo preguntaré a los economistas que declaman contra la sopa de los conventos:

—¿Ustedes la han visto?, ¿la han probado?

—¡Bah! ¡Uf! ¡¡Habíamos de ir a examinar y probar tal bazofia!!

—Ya lo veo, ya me lo figuraba. Habiendo muchos de ustedes cargado con el santo y la limosna en esa gran *merienda de negros*, llamada reparto o *venta de bienes nacionales*, serían muy necios en estar a

los desperdicios, cuando están a los *principios*. Siempre hemos tenido a Vds. por hombres de *principios* y aun de *postres*, pues donde Vds. principian concluyen por no dejar nada a la postre. Y a la verdad, que los que tienen carruajes, lacayos, fincas, palacios y casas de campo a costa de los frailes, y *viven de patria*, hablen mal de los frailes y de sus cosas se comprende fácilmente. Lo extraño sería que los modernos poseedores, que viven opíparamente con los bienes de los frailes en completísima holganza, fueran a decir que los frailes eran laboriosos.

Pero dejando a un lado recriminaciones, porque no se crea esto un recurso para no contestar al cargo, y porque quizá no todos los que lo formulan habrán participado de la consabida *merienda*, resulta que hablan de oídas, por lo que a otros han oído, o por lo que a ellos se les antoja.

Si el manjar era nocivo e insalubre, ¿cómo lo consentían las autoridades?, ¿cómo lo consienten, pues que todavía se usa? ¿Cómo acudían a él los necesitados y acuden con avidez, y lo solicitan con empeño, y se tienen por desgraciados los que no lo consiguen, y tienen envidia a los que pueden lograrlo?

¿No lo habéis visto? Pues yo lo he visto más de una vez. Lo he visto en Madrid y fuera de Madrid, y he visto que son falsas todas esas declamaciones. Vosotros habláis de capricho, y cuando más, como testigos de oídas y de referencia; yo como testigo ocular.

Vosotros no citáis hechos ni pruebas: yo os citaré parajes donde podéis desengañaros; donde podéis verlo por vuestros propios ojos.

Mañana, si os place, bajad a las Escuelas Pías de San Fernando, en el pobre barrio del Avapiés, o pasad a las de San Antonio Abad, en la calle de Hortaleza, y podréis cercioraros de lo que era y de lo que es la sopa de los conventos. Allí veréis en cada uno de esos colegios acudir por la tarde a más de 200 niños de lo más desarrapado y miserable entre los millares de niños miserables y desarrapados, a quienes educan los buenos hijos de San José Calasanz; y los veréis considerarse muy dichosos con poder lograr una parte del manjar que ha sobrado a los colegiales internos y a los justamente llamados *clérigos pobres de la Madre de Dios*, verdaderamente pobres, porque quizá lo son más que los frailes de algunos conventos de mendicantes. Y como por lo común no alcanza este sobrante a satisfacer el hambre de todos los

niños, se ven precisados a aumentar este con manjares que no han salido a la mesa. Muchos de aquellos niños están en ayunas hasta que les toca el reparto de su ración de sopa: algunos apenas comen otra cosa en todo el día.

Cerca de uno y otro establecimiento, las hijas de San Vicente de Paúl tienen dos asilos en los llamados de Santa Isabel y del Príncipe Alfonso, en que educan a millares de niñas pobres, y a las que dan también un ligero almuerzo, costeadado todo ello por piadosas señoras, y sin gravamen del Estado.

Pasad a ver si es *bazofia* lo que reparten las hermanas de la Caridad en sus modestos asilos de párvulos.

Yo no atestiguo con muertos, ni cosas pasadas. Lo que digo se puede ver y comprobar, y eso que, en buenas reglas de derecho, no era yo quien debía probar, sino los *frailfobos* y los declamadores contra la sopa, pues al acusador toca probar; porque no es justo que se destruya con burlas, desprecios calculados y chanzonetas, la obra de los siglos y la acción de la caridad por *economistas de tripallena*.

Y no es solamente en esos asilos de la niñez pobre y desvalida donde se les educa y alimenta a expensas de la caridad cristiana; que otros varios pudiera citar dentro de la misma corte. Apenas hay comunidad alguna religiosa de hombres y de mujeres que no alimente hoy día a algunos infelices, que si no fuera por ellas quizá morirían de hambre. Yo he tenido ocasión de recomendar algunos infelices para recibir este sobrante de comida en alguna de esas comunidades, y he visto el dolor de algunas madres de familia, cuando se les decía que no había posibilidad de lograrlo, al menos por entonces.

No deseo mal ninguno a esos señores *frailfobos*, pero no les vendría mal, para rectificar sus ideas económicas, un mesecito de buen hambre, con el dolor mayor que puede tener un padre de familias, que es olvidar su hambre al ver el espectáculo desgarrador de tres o cuatro hijos pequeñuelos, que piden pan ¡nada más que pan! y lloran y se desesperan al ver que no se les da: el pobre padre famélico y extenuado de miseria, que se quitó de su boca el último pedazo de pan por darlo a uno de sus pequeñuelos, llora de desesperación, no por su hambre propia, sino por la de sus hijos, a que él no puede atender.

Y este desgraciado padre no es holgazán, ni menos un imbécil; es un hombre honrado, laborioso, inteligente, que no encuentra donde trabajar, y es español como nosotros, de carne y hueso, y de la misma masa y raza que nosotros, con los mismos deberes y derechos que nosotros.

Y no se crea que esto sea algún caso que otro, o mucho menos una ficción o cosa de fantasía. Sin salir de Madrid han vivido en esta desesperación durante el invierno que ha pasado, y aún están viviendo, más de quinientas familias de albañiles y carpinteros, y más de cien cajistas de imprenta.

Conforme les acontece a estos millares de personas, podría sucederles a estos señores *economistas de tripallena*. ¿Les parecería entonces bazofia la sopa de los conventos? ¿Se atreverían a burlarse de ella?

Un refrán muy común entre nuestros honrados jornaleros, dice:

La pobreza Dios la amó
pero a la porquería no.

Será muy posible que alguna persona melindrosa me eche en cara el usar la palabra *porquería*, como poco culta y decente. Pero ella es una palabra castiza, de uso corriente, castellana, neta y muy gráfica. No solamente el anterior refrán, sino otros varios contienen esta palabra. ¿Qué me costaría decir suciedad, desaseo, falta de limpieza u otra palabra análoga? Pero estas no tienen la energía de aquella. Con esos melindres tontos se va empobreciendo nuestro lenguaje. Hay ya más de veinte palabras que apenas se atreve uno a pronunciar por no ver aparecer una sonrisa estúpida en los labios de un majadero malicioso y corrompido. Si con melindres ridículos se vienen haciendo gestos desdeñosos a las palabras castizas que tienen significaciones de cosas zafias y repugnantes, y a veces malignas y abusivas, dentro de poco apenas podremos hablar en castellano.

Consolémonos con que ya ni aun las mujeres dicen *advertir*, sino *apercibir* y *desapercibido*, como si fueran curiales, y la jerga alemanisca tiene asesinados a los verbos *hacer*, *cumplir* y *ejecutar*, por mano de su estridente y estúpido *realizar*, aplicado indistintamente a todo.

Dejando, pues, a un lado esta vindicación premilinar (o salvadaes, según los traductores de a veinte reales pliego), necesaria para lo que se llama en castellano *curarse en salud*, y manifestar las razones

porque se usa y debe usar la palabra *porquería*, vamos a deslindar la diferencia entre esta y la pobreza.

Que los frailes eran pobres y debían serlo es cosa corriente y sabida. Algunos se titulaban pobres, como los ya citados padres escolapios. Hermanas de los Pobres se titulan otras de que hablaremos luego. Algunos pasaban más adelante y se apellidaban no solamente *pobres*, sino *mendigos* y *mendicantes*, y de hecho mendigaban de puerta en puerta (*ostiatim*) llegando a este último grado de la pobreza, que es por decirlo así, la *pobreza de la pobreza*. Había las Órdenes que se llamaban *mendicantes*. Padre de ellos era el hijo de un comerciante de Asís, a quien la Iglesia justamente equiparó a los serafines por su ardiente caridad, siquiera el novelista Renan en su *romance...* de ciego, sobre la vida de Jesucristo, le haya calificado poco menos que de imbécil, y a Santa Teresa de *histérica*¹⁸.

No eran las órdenes monásticas pobres, muy pobres, precisamente del siglo XIII: antes de aquella época habían existido monasterios que vivían en gran austeridad y pobreza. No necesito descender a probarlo, porque es una verdad histórica trivial. Pero los institutos mendicantes principiaron en el siglo XIII, y desde entonces comenzó la distinción entre monjes y frailes. Unos y otros vivían a veces en magníficos edificios; tenían suntuosos templos y aun quizá pingües rentas para el culto y para los pobres; pero ellos eran los que menos participaban de aquellas rentas.

Quizá alguno leerá esto con desdén, y se sonreirá con aire de compasión. Pues bien: digo sobre esto lo que dije sobre la sopa en el artículo anterior: —¿Lo han visto Vds., o hablan por boca de ganso? ¿Quieren Vds. verlo? ¿Han visitado Vds. algún monasterio de la Trapa?

Hoy es cosa muy fácil. En Francia hay treinta monasterios de trapenses; en Bélgica cinco¹⁹; en Argel hay ya varios; está cerca de la

18 Ernest Renan, en su *Vie de Jésus*, París, 1863, primer volumen de su *Histoire des origines du Christianisme*, traducido al castellano en 1869, caracteriza a Jesucristo como un anarquista: «Jésus, à quelques égards, est un anarchiste, car il n'a aucune idée du gouvernement civil. Ce gouvernement lui semble purement et simplement un abus.» (<http://www.gutenberg.org/files/15113/15113-8.txt>). [N. del E.]

19 Tengo a la vista el estado que se publicó el año 1864. El número de trapenses de ambos sexos era en aquel año de unos 3000. [Nota de la primera edición.]

ciudad misma el célebre monasterio de Estaobeli. Si quieren Vds. ver cómo se concilian la pobreza y la austeridad llevada al más alto grado de rigor dentro de edificios suntuosos y en comunidades ricas, pueden Vds. hacer allí una visita, y pasar, siquiera una semana, comiendo lo que comen aquellos monjes. Allí estuvo el Emperador Napoleón III: lo halló todo muy limpio, sólo que no le gustaron las legumbres aderezadas sin aceite, sal ni manteca, cosas que los monjes comúnmente no usan, y eso que el edificio es grandioso. Lo mismo nos sucedería a nosotros²⁰.

Pero la comida era limpia: el comedor o refectorio estaba muy aseado; el monasterio es rico; los monjes son los primeros agricultores de la Argelia, sostienen un centenar de trabajadores, y ellos mismos trabajan como cualquier jornalero, o más. El valor del monasterio y su capital es ya de algunos millones, y da de comer diariamente a no pocos pobres, además de los jornaleros; y suelen dar a los pobres las frutas que los monjes cultivan, y que apenas comen estos, por ser demasiado delicadas. Allí hay riqueza, y los monjes son pobrísimo y comen... ya lo han oído Vds., acelgas, coles y otras verduras y legumbres, sin aceite ni sal; pescado raras veces, carne nunca. Allí hay a la vez *riqueza, pobreza y limpieza*.

Otros monasterios eran pobres de rentas y de trato: tal sucedió a los capuchinos, que eran y son pobrísimo, y con todo limpios, muy limpios; y se citaban y citan como modelos de suma pobreza con suma limpieza. Es verdad que el novelista Pigault Lebrun²¹, en sus indecentes e impías novelas, traducidas y publicadas en castellano a fines del reinado de Fernando VII, los presentó en caricatura y como hombres sucios, hipócritas y lascivos. Sin acudir a aquel novelista sucio, inmoral e impío, y padre de toda la canalla de novelistas sucios, inmorales y bribones que han venido siguiendo sus pasos, teníamos en España a los parásitos que comían a la mesa de Godoy, donde so-

.....
20 En la primera edición: «[...] no usan. Lo mismo nos sucedería a nosotros, y eso que el edificio es grandioso.» [N. del E.]

21 Pigault-Lebrun (1753-1835), autor de numerosas novelas irreverentes, vivaces y humorísticas, como *Un tío a pedir de boca* o *El simpático cascarrabias*, publicadas en España por Calleja. Su primera obra traducida al español fue *El citador*, Londres, 1820, una obra de polémica anticlerical; en cambio, *El libro negro del Vaticano: la Biblia* tuvo que esperar hasta 1988. [N. del E.]

lían recitarse también de sobremesa los epigramas más obscenos, en que no pocas veces hacían el gasto los pobres capuchinos. Estos epigramas, tan obscenos como impíos, han llegado hasta nosotros, y andan de boca en boca entre los literatos.

Si mis lectores los saben hagan por olvidarlos; si no, básteles saber que eran de lo más inmoral e impío que se ha compuesto en castellano; y con todo algunos de ellos se atribuyen a una de las principales señoras de la corte.

La verdad es que cada uno escribe según lo que es. Manzoni, en su lindísima novela *Los Novios (I promessi sposi)*²², presenta un capuchino que es el verdadero tipo del mendicante, fraile que interesa en sumo grado y cuya descripción hace brotar lágrimas de ternura. Pigault Lebrun, inmoral e impío, metido siempre entre bribones y bribonas, escribía como lo que era. Las harpías manchaban con su contacto cuanto llegaban a tocar, por cándido, hermoso, rico y elegante que fuera. Así son los impíos y los hombres inmorales.

Aquel refrán castellano —*piensa el ladrón que todos son de su condición*— es una gran verdad.

A una novela indecente podría oponer otra novela piadosa, lindísima, y verdadera joya en su género. Pero yo prefiero oponer otra clase de contestaciones más sólidas; la de Santo Tomás, *¡ver y creer!* Al argumento de los conventos sucios y de las comidas sucias, sin pruebas ni datos, opongo la contestación de los conventos que hoy existen y que son pobres, pero limpios. No cito con muertos, sino con vivos; no aduzco declamaciones, sino hechos que se pueden comprobar.

Pero entremos ya en otra serie de observaciones sobre la pobreza y la porquería; verdades de esas que con ser obvias se suelen olvidar con frecuencia, y que a mí, amante de la verdad y de la claridad, compañera suya, me place exponer con toda lisura. A mí me gusta el

.....

22 *Los novios*, publicada en 1827 y 1842, fue traducida al español en 1859, en una edición poco respetuosa con el original italiano. Es una novela histórica ideada según el modelo literario de las obras de Walter Scott y ambientada en el Milán del siglo XVII, bajo dominio español. La novela de Manzoni, desestimado por algunos como autor de inspiración católica, es una de las obras maestras de la literatura, que hoy puede disfrutar el lector español en la cuidada edición de Esther Benítez. [N. del E.]

agua clara: dejo a los filosofastros y germanólogos desayunarse con su *agua de fregar*.

Puede haber riqueza con porquería; puede haber, y de hecho se halla muchas veces, pobreza con limpieza; pero puede haber, y por desgracia hay con frecuencia, sujetos que confunden la pobreza con la porquería, y que todo lo pobre lo reputan sucio. Para estos, siendo toda pobreza sucia, y teniendo que ser los frailes naturalmente pobres, sacan la consecuencia de que tienen que ser sucios. Bajo este concepto, cuando San Ignacio de Loyola era militar, y San Francisco de Borja grande de España, debían de ser seguramente limpios, porque eran ricos. Pero en el momento en que se hicieron pobres por *Jesucristo*, tuvieron que ser sucios. Triste condición de la virtud y grande realce para el vicio, porque generalmente la virtud es pobre, y por el contrario el vicio es rico; o, por mejor decir, la riqueza es viciosa.

Yo entro en una habitación magnífica: es de un solterón opulento. El suelo está cubierto de riquísima y tupida alfombra, las colgaduras son de damasco, la sillería de terciopelo. Los relojes, candelabros y otros utensilios, todos son de bronce, plata y oro macizo. Pero por de pronto hay allí una atmósfera corrompida y nauseabunda: la noche anterior hubo allí una orgía; las botellas de *champagne* fueron rodando por el suelo, la alfombra está manchada, hay dos sillas rotas, un candelabro caído; el reloj tiene roto el fanal; los de la merienda han escupido por todas partes, el suelo está lleno de ceniza de cigarros y de manchas de vino derramado. Todo lo que hay allí es riquísimo, vale quizá lo que hay en aquella habitación más de diez mil duros. Con ello serían felicísimas diez familias de labradores. Pues bien, aquello es rico, muy rico, pero sucio, muy sucio. Si el dueño de la habitación, viendo que tengo necesidad de dormir, me quiere obsequiar ofreciéndome su propio magnífico lecho, que está por el estilo de su habitación, cama riquísima de bronce dorado, con soberbia colgadura, sábanas de holanda, donde él ha dormido, riquísima colcha, pero todo en desorden, como el resto de la habitación, le daré las gracias, pero no me acostaré en aquella cama ni con botas y pantalón. Todo es muy rico, pero está sucio.

Lo que sucede en el cuarto del rico solterón sucede en el gabinete de la mujer de mundo, y no pocas veces. Los vestidos andan por encima de las sillas, las joyas tiradas por el suelo, un sombrero encima del velador, una zapatilla bordada y sucia encima de una mesa.

Un cuarto de señora en tal estado de desorden revela desde luego que pertenece a una mujer rica, pero que no vive como Dios manda, y que le ha costado poco el ganarlo.

Pido un vaso de agua, y la doncella trae una copa riquísima de oro en una bandeja del mismo metal, con todo el servicio completo de azúcar, licor, etc., para un *verr d'eau*. Pero la copa está sin limpiar; la señora me sirve un terrón de azúcar con sus dedos, y sobre el agua veo flotar insectos y cuerpos extraños: todo aquello es muy rico, pero muy sucio; o no bebo el agua, o la paso en poca cantidad y con repugnancia.

Al día siguiente, yendo por el campo una pobre campesina tostada por el sol, pero bien peinada y lavada, con ropas toscas y groseras, pero limpias, sin ninguna mancha ni rotura, me ofrece un vaso de agua tomado de una fuente que brota bajo una peña: el vaso es de vidrio, pero lo veo lavar en el arroyo con gran esmero; no tengo un terrón de azúcar ni una gota de aguardiente para el agua, pero la bebo muy a gusto: allí todo es pobre, pero limpio.

Estoy cansado y aquellas pobres gentes campesinas me ofrecen un cuarto pobre, pero limpio; los muebles están en su lugar; las ropas de la cama son pobres y de groseras telas, pero blancas y limpias; concóncense los dobleces que les dio una mano cuidadosa al encerrarlas en el arca de donde se acaban de sacar. Yo, que no quise acostarme en el rico, pero sucio, lecho del solterón opulento, me acuesto sin reparo en aquel pobre lecho que me ofrecen aquellos campesinos pobres, limpios y humildes.

Esto no es una égloga, es una realidad. Hay ricos limpios y campesinos y campesinas zafios y sucios; pero también hay ricos muy sucios y campesinos y campesinas muy limpios. Luego una cosa es la pobreza y otra cosa es la limpieza. Con todo, las gentes opulentas y acostumbradas a llevar una vida sibarítica confunden por lo común una cosa con otra.

Dad a una señora rica y elegante la camisa nueva y limpia de la campesina, de²³ tela grosera y barata, bien cosida y sin estrenar, y dirá

.....
23 Aquí termina la página 45 de la segunda edición, que imprime en las páginas 46 y 47 dos páginas de prosa literaria romántica sin identificar, ambientada en un ce-

al punto: —¡Qué porquería! ¿yo había de ponerme esa camisa? Dadle a un sibarita glotón el pobre, pero limpio y sazonado puchero del campesino, y dirá: —¡Qué porquería! ¿yo había de comer eso? ¡Qué bestias son en este país! ¡¡no entienden palabra de cocina!!

No ha muchos años que a un opulento cortesano siempre gruñón y descontento de su cocinero, le dio una lección su señora tomando un pedazo de pan moreno que había traído una pobre parienta suya montañesa que vino a visitarle. —¡Mira el pan, le dijo, con que se contenta tu hermana! De la misma carne eres que ella y de chico no comías otra cosa. Podría aquel caballero afrentar la casa de sus padres y de sus hermanos, diciendo a vista de aquel pan moreno y casi negruzco: —¡Qué porquería! Entonces su hermana y su familia hubieran podido responderle: —Acuérdate que por espacio de muchos años te criaste con esa porquería.

¡A cuántas docenas de excelentísimos e ilustrísimos señores, ministros, ex-ministros, senadores y banqueros, que ayer entraron en Madrid *terciados* sobre la mula de un maragato entre dos fardos de cuero o de garbanzos, y hoy tienen coche, palacios, grandes cruces, títulos y excelencias por doce conceptos, se les podría decir: —¡Vuecencia se crió entre porquería!

Es seguro que ese excelentísimo *frailífo*, economista de tripa llena, respondería muy enfadado: —Yo me crié entre pobreza, pero no entre porquería: la pobreza no me afrenta, la porquería sí.

La pobreza Dios la amó
pero a la porquería no.

¡Oh, sí, Dios amó la pobreza!

Pudo nacer en el mejor palacio del mundo y con todo prefirió un establo. Pudo nacer hijo de cualquiera de aquellos emperadores ante quienes *muda se postró la tierra*, y prefirió ser hijo de una pobre costurera y tener por padre putativo a un carpintero. Pudo tener riquezas y tesoros mayores que los de Crespo y con todo eso fue pobre, pobrísimo. Solamente los necios se avergüenzan de que sus mayores

menterío de ambiente becqueriano. No hemos localizado ninguna otra obra impresa por Aurora española de Cádiz en 1871. [N. del E.]

fuesen pobres; pero nadie hace alarde de haber sido criado entre inmundicia.

Del mismo Jesús sabemos rasgos de limpieza en medio de su pobreza: el lavatorio de sus discípulos es uno de ellos. Quejóse en casa del rico fariseo porque no le habían dado agua para lavar sus pies, según era costumbre.

¿Por qué, pues, al hablar de los frailes se los ha de llamar sucios porque fueran²⁴ pobres? ¿Por qué se los ha de juzgar con esa falsa medida de los melindres y de las preocupaciones mundanas? ¿Por qué al visitar los monasterios antiguos ha de haber en sus malignos visitantes dos medidas falsas, dos pesos infieles para apreciar aquella vida?

En efecto, si ven allí alguna cosa pobre exclaman: ¡qué porquería! Si ven algún objeto de riqueza, de aseo, algo que revele limpieza; exclaman por el contrario: —¡Qué regalones, qué comodones eran los tales frailes!

En resumen, la llamada bazofia de los conventos, por denigrar el acto de dar la comida sobrante, era por lo común nada más que un antojo de los maldicientes, que ni la habían probado, ni siquiera visto.

Esta cuestión es relativa y no puede fallarse de un modo absoluto como la han fallado los *frailífobos* y economistas modernos. Lo que para un hombre honrado de la clase media es limpieza y curiosidad, para un rico es porquería y cosa insoportable; y lo que apenas podría comer una persona de la clase media, es manjar riquísimo y sabroso para el pobre y el mendigo, que logra entrar con ocho cuartos en un figón o una taberna. Ahora bien, la sopa de los conventos no era para los ricos ni para la clase media, sino para pobres, pobrísimos y famélicos, y cuyo paladar acostumbrado a peores manjares hallaba deliciosos aquellos residuos de una mesa pobre.

Alto origen tiene la primera parte de este tema. Salió nada menos que de los autorizados labios del emperador Napoleón III, en un

.....
24 A partir de aquí retoma la segunda edición el texto de Lafuente, al comienzo de la página 48. [N. del E.]

discurso oficial²⁵. Pero en eso, como en otras cosas de aquel tiempo, no hizo el Emperador más que repetir lo que decía la economía política moderna de tripa-llena y la periodiquería subvencionada por la francmasonería, que no cree en Dios, y los hijos de Abraham, Isaac y Jacob, que creen en la omnipotencia del dinero, y cuyas catedrales son las Bolsas de comercio.

Afortunadamente, el Emperador Napoleón III no es infalible ni con mucho. Preguntádselo si no a Bismark y al Presidente de los Estados Unidos. Al Emperador Maximiliano excusáis preguntárselo, pues no os responderá ya.

Sin salir de Francia, interrogad a los diptutados Thiers y Julio Favre y otros varios. La ley en España me obliga a que hable de él con respeto; pero no a que le crea en todo lo que diga, y no me puede obligar a que le respete más que los franceses, los cuales por lo visto tampoco le tienen por infalible²⁶.

El mejor modo de respetarle es no volver a citar sus palabras, que si yo he recordado, ha sido tan solo para que se vea cómo los clamores y chillidos de la falsa economía llegan hasta los tronos, y estos se constituyen a veces en eco de sus deletéreas doctrinas, que suelen costarles muy caras²⁷.

Entendámonos, pues, con lo señores economistas que están más bajitos, y por tanto más próximos a nosotros, o por mejor decir, a mí; y eso que yo les tengo a los señores economistas, tanto los de tripa llena como los de tripa por llenar, que llamamos socialistas, un respeto tan grande que casi rayaría en miedo; si es que yo temiera a nadie más que a Dios. Porque yo creo que Dios sabe más que los economistas, a pesar de que los economistas de allá de la escuela de Gante, en Bélgica, presumen saber más que Dios. No hay más sino que las gen-

.....
25 No me detengo a buscar la fecha, pues me haría perder mucho tiempo. Fue hacia la época de la guerra de Italia, y por aquellos tiempos en que el ministro del Emperador, en un mismo decreto, elogió a la francmasonería francesa y disolvió el Consejo general de la sociedad de San Vicente de Paúl. [Nota de la primera edición.]

26 Téngase en cuenta que esto se escribía en 1867 y se publicaba en 1868. [Nota de la segunda edición.]

27 En la primera edición: «que tan caras les suelen salir». [N. del E.]

tes han dado en no querer creer en el inmenso mérito que ellos en su modestia se atribuyen, ¡pobrecitos!

En esta suposición, veamos despacio qué dice Dios y qué dicen esos señores economistas, inmensamente sabios... a su juicio.

Dios dice que la limosna es buena.

Los economistas modernos dicen que la limosna es mala.

Dios dice que es mejor dar que recibir. *Beatius est dare quam accipere*²⁸. Los economistas están por el daca más que por el toma. Les gusta más la *demanda* que la *oferta*, generalmente hablando.

Veamos lo que dice Dios expresamente acerca de la limosna:

La limosna libra del pecado y de la condenación o muerte eterna. *Eleemosyna ab omni peccato et a morte liberat* (Tobías, cap. IV, v. 11).

En el libro de Tobías se encuentran, además, todavía cuatro recomendaciones más de la limosna: aquel libro tan dramático y tan interesante, parece escrito *ex profeso* para recomendar la limosna y las obras de misericordia. No se citan más pasajes de aquel libro, por considerar suficiente aquel texto.

El Eclesiástico dice: «*Eleemosyna viri quasi signaculum cum ipso, et gratiam hominis quasi pupillam conservabit*» (cap. XVII, v. 18).

Capítulos enteros tiene este libro acerca de la limosna y las reglas para hacerla bien, siendo notables entre ellos el III y IV; el XI y XII, y sobre todos el capítulo XXIX, que trata del préstamo, de la limosna, de la fianza y de los petardistas y vagos, que pasan su vida de casa en casa y de hospedaje en hospedaje. Es capítulo magnífico para nuestro asunto, pues habla también de la limosna que humilla, es decir, la que se da, no al necesitado, sino al holgazán.

Hay en el mismo libro no solamente elogios a la limosna, sino también amenazas para el que no la diere.

*Si beneficeris scito cui feceris... Non est enim ei bene qui assiduus est in malis, et eleemosynas non danti... Benefac humili et non dederis impio*²⁹.

.....
28 Hechos de los Apóstoles 20, 35: «Más dichoso es quien da, que quien recibe». [N. del E.]

29 Eclesiástico 12, 1 «Si haces el bien, fijate a quién»; 12, 3 «No hay bienes para quien es asiduo en el mal ni para quien no da limosna»; y 12, 6 «Beneficia al humilde y no des al impío». [N. del E.]

Son tres consejos magníficos los que se dan en el principio de este capítulo (el XII):

1.º La limosna se debe dar con discreción y se debe saber a quién se da.

2.º No lo pasará bien el que no dé limosna³⁰.

3.º Debe darse al humilde, no al impío y arrogante.

Aquí se ve cuán distinta es la teoría de Dios de la teoría de los economistas franceses y belgas no católicos. Si la limosna se da al humilde, ¿qué importa que le humille si ya está humillado? Y qué, ¿la humildad y la humillación son cosas malas? ¿no las recomienda, no las encomia el mismo Jesucristo?

Mas si se trata de un pobre orgulloso, arrogante, impío, que no se conforme con su desgraciada posición, que cree que la limosna le rebaja y humilla, la Escritura misma y el sentido común dictan lo que hay que hacer, esto es, no darle limosna. El dilema basado en las palabras de la Sagrada Escritura es bien sencillo: o es humilde o arrogante; o cree el que recibe la limosna que no le humilla, o por el contrario cree que le humilla y rebaja. Si lo primero, poco le importará la humillación, pues que es humilde; si lo segundo, todo se reduce a no darle limosna, o que él no la pida ni la tome. Lo peor será si él se la toma.

Todo ello es cuestión de apreciación, y para completarla basta con añadir que si el pobre se cree humillado por la limosna, es señal de que no se ve muy apurado y que predomina el orgullo sobre la necesidad. Si esos señores economistas modernos se vieran reducidos a pasar una canina de cuatro o cinco días, y verla pasar a sus mujeres e hijos, y que éstos pedían pan y no había quien se lo diera, de seguro que rectificarían sus teorías sobre la humillación consiguiente a la limosna y escribirían de otro modo que como escriben con la tripa llena.

Mas no es solamente el antiguo Testamento el que prescribe la limosna, sino también el Nuevo.

.....
30 Aquí se ve la necedad con que la revolución acusó a la Sociedad de San Vicente de Paúl porque no da limosna a todos los pobres indistintamente, y por eso trató de suplantarla con los «amigos de los pobres», que dan limosna al holgazán e impío. [Nota de la segunda edición.]

Quod superest date eleemosynam (San Lucas, XI, v. 41). Aquí tenemos ya el mandamiento de Jesucristo expreso: dad de limosna lo que os sobre. Esta fórmula es imperativa. Entre las diatribas de los economistas y las palabras de Jesucristo, la elección no es dudosa.

No habla aquí del *consejo* de vender la propiedad y darla a los pobres; porque esto no es precepto, sino consejo. Pero si fuera cosa mala, no la aconsejaría Jesucristo.

San Mateo habla hasta del modo de dar la limosna para que no humille al pobre, ni se ensoberbezca el que la diere. —*Te faciente eleemosynam nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua*³¹. Ahí está previsto el caso.

La limosna dada a son de trompeta, con orgullo y sin humildad por parte del que la da, humilla y rebaja al pobre. Pero esta no es la limosna de la caridad, sino de la filantropía. La limosna dada con trompetería, con charlatanismo, con insultos al Gobierno, a la Religión y a los hombres de bien, por espíritu de partido y de secta, por politicomanía, y dándola a los pobres de una comunión política y negándola a los de otra; la limosna llevada en coche, gastando dos pesetas para ir a llevar cuatro reales; la limosna dada al holgazán, al jornalero envenenado por el socialismo, al borracho, al que no tiene trabajo porque es vicioso, rebaja al que la da y al que la recibe; porque es la limosna del vicio, y si esa limosna se le da para que mañana se deje matar detrás de una barricada, ya no es solamente la limosna del vicio, sino la del crimen, limosna que infama al que la da, aún más que al que la recibe.

Alguno me dirá que en estos renglones hago quizá alusiones a cosas no muy remotas. No importa: si por el retrato se conoce al retratado, señal es de que está parecido. Yo no cito nombres ni sucesos³². Quien haga aplicaciones, con su pan se lo coma.

En resumen, la limosna dada sin caridad humilla al pobre y le rebaja; la limosna dada por la caridad cristiana, ni le humilla ni menos le rebaja, porque está dada con recato, discreción y cariño, por-

.....
31 Mateo 6, 3 *Te autem faciente eleemosynam...* «Tú, en cambio, cuando des limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha». [N. del E.]

32 Ahora que ya los revolucionarios hacen alarde de que la organización de los «amigos de los pobres» tuvo un fin político, se verá muy claro en este apunte. [Nota de la segunda edición.]

que es *la dádiva del humilde al humilde*. Si alguna vez por necesidad se descubre, como que el pobre verdadero es humilde, poco le importa aquella humillación inesperada, antes la ofrece a Dios, pues que Él es Religión de humildad³³.

Por eso la caridad cristiana, para no rebajar al pobre, principia por hacer que se rebaje el mismo que la da, yendo a la casa del pobre, poniéndose a su lado, sentándose junto a su lecho, lavándole, aseándole, llamándole hermano, hablándole con cariño, oyendo con paciencia sus cuitas, encargándose de sus negocios, de proporcionarle trabajo, obren dándole consejos *prácticos* que a él no se le ocurrían.

¿Quién ha dicho que esta limosna rebaja, cuando, por el contrario, consiste en principiar por humillarse y rebajarse el que la da? Jesús, el fundador de *nuestra escuela práctica*, enseña antes con el ejemplo que con la palabra (*coepit facere et docere*³⁴), y al concluir su enseñanza en la última noche de su vida mortal, se pone a sí mismo a los pies de sus discípulos, y se humilla, y se abate, y se rebaja a lavarles los pies; y un discípulo, el mayor entre ellos, le dice: —«¡Señor, tú me has de lavar los pies!» Y le amenaza, si no se los deja de lavar, y les manda que lo hagan ellos asimismo por ejemplo (*Exemplum dedi vobis*). ¿Quién queda aquí rebajado, el que da o el que recibe? ¿Quién es el humillado? ¿el pobre o el rico? ¿el maestro o el discípulo?

¡Ah, qué extraño es que quien no cree diga desatinos, cuando se mete a hablar de lo que no entiende, de lo que no siente, de lo que en la dureza de sus entrañas no puede sentir, cuando menos comprender!

La limosna católica, la limosna de la caridad, la limosna *española* se ha dado siempre de igual a igual, a veces de abajo arriba, nunca de arriba abajo. La limosna de arriba abajo es la filantropía. Pues qué, cuando la Reina de España el día de Jueves Santo se arrodilla a los pies de doce pobres y se los lava, ¿no se pone por debajo de doce pobres, súbditos suyos? Y cuando los pone luego a su mesa y les reparte la comida por su mano, ¿acaso no se constituye en criado de ellos? Y cuando al encontrar en la calle al Señor Sacramentado, llevado por el

.....
33 En la primera edición «...pues que el Cristianismo es Religión de humildad.» [N. del E.]

34 Hechos de los Apóstoles 1, 1 «comenzó a hacer y luego a enseñar.» [N. del E.]

pobre teniente de una parroquia, se apea de su coche, y se arrodilla en el polvo o en el lodo, y cede su coche al sacerdote, y tomando un farol acompaña al Viático, yendo al estribo del carruaje, y sube a la buhardilla y se postra en el suelo, y consuela al moribundo, y le deja debajo de la almohada la cantidad que lleva, si es indigente, y envía un médico de palacio que le asista, ¿humilla al pobre o se humilla a sí misma?

He aquí la limosna española, la limosna de abajo arriba, dada por el jefe del Estado, a pesar de su alta superioridad.

Y cuando un grande de España tiene que estrenar una carretela y avisa a la parroquia para que se use de antemano para llevar el Viático a un pobre, según piadosa costumbre de muchas casas nobles de Madrid, ¿se rebaja en ello al pobre?

Y cuando los títulos, señores y personas acaudaladas que pertenecen a la santa y piadosa hermandad del Refugio, tan popular, tan querida en Madrid, van a llevar el socorro a los moribundos y a las parturientas, o caminan a pie junto a la camilla de un enfermo, y van con él hasta el hospital, cuidando de que el paciente sea conducido con decoro y comodidad, ¿rebajan al pobre a quien acompañan?

¿Cómo se da la limosna en España, cómo la daban nuestros padres y cómo la dan los hombres de bien?

El pobre español, a quien los extranjeros pintan escuálido y famélico pero orgulloso y altanero, pidiendo limosna con una escopeta y un rosario, como lo pintó el francés Lesage en su plagiado Gil Blas de Santillana, cuando es verdadero pobre y verdadero español, y conoce que pide limosna a un *español*, verdadero *español*, no a un afrancesado, le dice siempre:

—Hermano, ¿me da Vd. una limosna por amor de Dios? Si el interpelado da limosna, el pobre la toma y aun la lleva a sus labios, como un favor que Dios le envía, y dice agradecido: —Dios se lo premie a usted: Dios le dé a Vd. lo que desea, Dios le libre a Vd. de todo mal.

Si no puede socorrerle en aquel momento, *costumbre es de España et dura todavía et debe durar*³⁵, que el interpelado diga modestamente: —¡Perdone usted por Dios, hermano!

.....
35 Palabras con que principia una célebre ley del Fuero Real y otra de las Partidas. [Nota de la primera edición.]

Es decir, que el que no da pide perdón por no cumplir el consejo y a veces precepto del Evangelio, y lejos de humillar al pobre, por el contrario, se pone al par de él y le da el título de hermano en muestra de santa y evangélica fraternidad.

El pobre entonces se consuela con estas palabras con que se despide de él: —*¡Otra vez será!* reconociendo con ellas que no es la voluntad la que falta al que no le dio, sino quizá la posibilidad, por falta de medios, por no llevar dinero, quizá por haberlo dado a otros, que antes le han pedido.

He aquí la fórmula de la limosna cristiana, de la limosna española. ¡Qué ejemplos tan hermosos de ella se podrían presentar sacados de nuestra historia!

—Pero estas son antiguallas. La civilización moderna mira esas cuestiones de otro modo.

—Ya lo sé: la civilización moderna está más por recibir que por dar. La civilización moderna en España consiste en dejar de ser españoles para ser *gabachos*; y cuenta que yo no llamo *gabacho* al francés. El francés es francés: el *gabacho* es el *español-francés* o afrancesado, mono nacido en España y aclimatado en Francia, anfibio estrafalario que ni es español ni francés. ¡Y si al fin remedaran lo mucho bueno que hay en Francia! Para mí el francés católico es sumamente simpático y por mil títulos aceptable. Hallo en él grandes atractivos, al paso que no he hallado cosa más petulante, fastidiosa y antipática que un francés sin religión.

Haciendo aplicación al caso presente y de lo dicho aquí en general acerca de la limosna, concretándolo al caso especial de la sopa de los conventos, que, según dicen, también rebaja al hombre, poco será lo que tendré ya que añadir.

Si la limosna está mandada por el mismo Dios, si la limosna caritativa no solamente no rebaja al que la recibe, sino que es un acto meritorio en el que la da y en el que la recibe, la sopa de los conventos, que no es sino una forma particular de limosna, tampoco rebajará a nadie. Es el socorro del humilde al humilde: el humilde no humilla, y al que está ya humillado no se le humilla con un acto de humildad.

Si el soberbio, si el orgulloso, si el impío se consideran humillados por la sopa del convento, que no vayan: ¿quién les obliga a ir? Si es altanero y tiene hambre puede elegir entre dos extremos, o bien reventar de hambre y quedarse con su orgullo, o satisfacer el hambre aceptando la caridad cristiana que es humilde y se complace en la humildad. Hay otro extremo que es el del pobre moderno, el pobre impío de que ya vamos teniendo cosecha en España. Este no espera a que le den, sino que se lo toma, pide con desvergüenza y amenazas, y al volver la espalda el que le dio, quizá por temor, le mira de reojo y dice entre dientes: —El día que estalle la *gorda*, ni me contentarás con esto, ni esperaré a que tú me des.

Este es el pobre moderno, criado a los pechos de la economía moderna; el pobre a quien humilla la limosna, el pobre que no se rebajará a tomar la sopa de un convento. Este pobre está destinado por la Providencia a morder a *la economía de tripa llena*, que le quiere amamantar a sus pechos³⁶. Se le conoce con el nombre de comunista y socialista. Escribe economía con *estilos romanos* y *puñalitos triangulares*, de los que reparten las sociedades secretas. La tinta que usan estas plumitas suele ser la roja. Hay poblaciones en España en donde antes de estallar una jarana se ven bandadas de estos *pobres que no se rebajan*, los cuales, con un saco al hombro, rodeados de su mujer y sus hijos, están, con otros tantos costales, esperando como buitres que principie el motín para lanzarse sobre las casas de los ricos, como el día 17 de julio de 1834 se lanzaban las harpías de Madrid sobre los religiosos y sus conventos, y no pasaban al robo sino después de profanar hasta los cadáveres de los mismos, que... quizá les habían dado de comer, sin que ellos y ellas se dieran entonces por humillados. El mismo día 22 de junio, en las primeras horas de la mañana, se vio a estas harpías rematar a palos y pedradas a los oficiales y soldados heridos por los sublevados, y excitar a estos a la matanza y al pillaje.

¿Queréis saber quiénes son *los del saco*? Preguntad a los comerciantes y fabricantes de los pueblos principales de Cataluña. Yo solo

.....

36 Traslado a los petroleros y petroleras de París. Se necesitaba estar ciego para no ver venir lo que ha venido. Cuando nos llegue el turno, que no tardará, habrá majaderos que digan: ¡Quién había de pensarlo! [Nota de la segunda edición.]

os diré que son pobres de los que no se humillan a pedir limosna, sino que prefieren tomarla.

Ahora, señores frailfobos, economistas de tripa llena, y además *caballeros de la Tenaza*, contemplad vuestra obra.

Esos socialistas, o sean economistas de tripa vacía, que desean llenarla a costa vuestra, esos son vuestra obra, vuestros hijos predilectos, los pobres que no se rebajan a comer la sopa de los conventos, los que llamáis con el fastuoso y falso nombre de *hijos del pueblo*, los que vosotros queréis adormecer con palabras, a los que creéis poder contentar con palabras bonitas, con discursos de relumbrón; como si con las palabras se comiera, como si las palabras mataran el hambre.

Vosotros los habéis metido en vuestro seno sin considerar que esos pobres soberbios e impíos, que tienen todos los vicios de los pobres y de los ricos, y aún más repugnantes, no son el pueblo, sino la hez de la sociedad. Pensasteis adormecerlos con palabras cabalísticas como los encantadores a las serpientes. Si no hubieran de morder sino a vosotros, os diríamos aquello de la Escritura: —¿Quién no se reirá del encantador a quien mordiere la serpiente?³⁷

Augusto La Serre, en su precioso libro titulado *Los sofistas y las culebras*, tiene una preciosa observación sobre esto. Dice «que Luis Felipe tenía afición a cebar estas culebras, y encantar a otras con la música celestial que les tocaban los economistas franceses; especie de organillos que él pagaba con este objeto; pero que llegó un día en que unas y otras culebras *le picaron*.»

.....
37 Eclesiastés 10, 11 «si muerde la serpiente antes de ser encantada, de nada sirve el encantador». Es una cita *sui generis* de La Fuente, identificada gracias a la ayuda de Guillermo Fatás. No hemos podido localizar la obra mencionada a continuación. [N. del E.]

CAPÍTULO III

La holgazanería de los frailes y aumento de ella por la sopa. —Recuerdos juveniles. —La sopa de los conventos fomentaba la holgazanería. —Los pueblos donde había frailes estaban plagados de holgazanes.

A cada momento estoy oyendo decir y aun leyendo las frases siguientes:

«Los frailes eran unos holgazanes.»

«No sólo eran holgazanes, sino que fomentaban la holgazanería, y contribuía a ello la sopa de un modo muy especial.»

«Los pueblos donde había muchos conventos estaban plagados de holgazanes.»

Antes de pasar a examinar lo que haya de cierto o de falso en estas tres proposiciones, no puedo resistir al deseo de narrar un recuerdo de mi juventud. Quizá es una impertinencia, lo conozco: tentado estoy por rasgarlo después de escrito. Pero en fin, seré breve.

Quiero referir la impresión que me hizo esta acusación de holgazanería la primera vez que la oí lanzar contra los frailes.

Era una noche de setiembre de 1836, cuando en pobre vehículo viajaba de Aragón a la Universidad de Alcalá de Henares: el estado de los caminos era inseguro, y las facciones, que cruzaban a veces aquella carretera, salteaban las diligencias y quizás perdonaban a los carruajes más modestos. Frente al parador donde posábamos los escasos y humildes viajeros, se levantaba un monasterio suntuoso de los más célebres y antiguos que la orden cisterciense tuvo en España.

Su severa fachada, semejante a los cíclopes de la fábula, solo tiene un ojo en la frente: es (porque todavía existe convertida en humilde parroquia) un gran rosetón, al que de noche servía como de pupila una lámpara que alumbraba al Santísimo. El viajero la veía de lejos y le servía de faro, mientras que ya más próximo oía la pausada salmodia que a media noche levantaba al cielo la plegaria del monje en medio de aquel desierto, apenas interrumpido por el murmullo de las aguas, escasas y lentas del Jalón, y el susurro del aire entre los álamos y cipreses que rodean el monasterio.

Allí el viajero halló gratuito hospedaje hasta que el mayor movimiento de nuestro siglo hizo abrir, en 1826, la carretera de Madrid a Zaragoza³⁸. Aquellos monjes, siguiendo el espíritu de la época, construyeron junto a esta carretera un magnífico parador bien distinto de las ventas que pintó Cervantes.

Tres jóvenes que viajábamos en la galera y deseábamos ver el monasterio, salimos de la venta y fuimos a visitarlo. Un anciano monje, que hacía de párroco, nos recibió con gran amabilidad, en compañía de otro ex-monje joven, que tenía a su cargo la botica. A la luz de dos faroles vimos los sepulcros de San Sacerdote y de nuestro primer historiador y cronista, el inolvidable D. Rodrigo Giménez de Rada; aún logramos ver el soberbio cuadro del martirio de San Esteban y otros de primer orden, tanto en la iglesia como en la sacristía.

Los dos monjes nos acompañaron a nuestro regreso hasta el parador; el anciano hablaba correctamente el francés con uno de los viajeros que había estado en Francia muchos años, y al describirnos la biblioteca, que constaba de 14.000 volúmenes, nos acreditó que la tenía bien conocida.

Durante la cena giró la conversación sobre lo que habíamos visto, y con juvenil franqueza, con la intimidad que produce un viaje pesado e incómodo, hablábamos de la cariñosa acogida que nos habían hecho aquellos dos pobres y solitarios monjes, cipreses humanos de aquel cementerio.

Un hombre que había allí cerca viéndonos cenar, nos interrumpió bruscamente diciéndonos: —¿Qué están Vds. hablando ahí? Esos monjes, como todos los frailes, son un par de holgazanes.

Era la primera vez de mi vida que oía esa frase, hoy tan oída y tan manoseada.

Los tres nos miramos en silencio. El haber abogado por un párroco y un farmacéutico acusados de holgazanería pudiera habernos comprometido. Los silogismos en *bárbara* estaban entonces a la orden del día. Aún humeaban en Zaragoza, Barcelona, Valencia y otros pueblos las ruinas de los conventos robados, y quemados en gran

.....
38 En la primera edición «...1826, aquella tan útil carretera de Madrid a Zaragoza.» [N. del E.]

parte para encubrir el robo; y el hermano del general O'Donnell acababa de ser arrojado casi vivo³⁹ a una hoguera en Barcelona, por los enemigos de Torquemada.

—¿Dónde está la biblioteca de Huerta?

Preguntádselo a los comerciantes de los pueblos inmediatos, que con ellos han envuelto especias.

—¿Dónde están los ricos cuadros?

El deshecho de ellos buscadlo en el Instituto de Soria.

—¿Dónde están los sepulcros de los ascendientes de Medinaceli y las bellezas del monasterio?

Se quemaron en un incendio *casual*.

Me preguntarán Vds., y con razón, ¿pero y a qué viene todo esto?

Voy a concluir evocando otro recuerdo.

Por el mes de marzo de 1867, al pasar el tren del ferrocarril a pocas leguas de aquel sitio, un hombre perseguido por numerosos acreedores y encausado en el juzgado de primera instancia, se tendió voluntariamente sobre los *râiles* (no quiero llamarlos *rails*, por la misma razón que no digo *fusils*), a fin de que le partiese la locomotora, a la cual no pudo detener a tiempo el maquinista.

Era el primer hombre a quien oí decir en mi juventud, por primera vez, *que todos los frailes eran holgazanes*.

—Pero, ¿y qué tenemos con eso? ¿acaso todos los que dicen lo mismo se han suicidado? ¿Acaso aquel infeliz se suicidó por eso?

—Es cierto que no, pero también es cierto que después he podido observar que aquel suicida era un santo con respecto a otros muchos a quienes he oído asegurar que todos los frailes eran holgazanes.

Como luego tiene que venir un capítulo acerca de la gran labiosidad de muchos de los que hoy tienen coche a costa de lo que fue de los conventos, y las grandes mortificaciones y austeridades que en el Teatro Real y Recoletos, en París y en Biarritz, en los casinos y otros parajes análogos practican ellos y sus familias, entonces volveremos a este punto.

Entremos ya en materia.

.....
39 En la primera edición «...acababa de ser arrojado vivo...» [N. del E.]

Consecuencias. —Luego donde no había conventos no había holgazanes.

Luego donde quiera que había holgazanes había conventos.

Luego así que se acabó con los conventos se acabó con la holgazanería en España.

Estas son tres aserciones que debían desprenderse de esa premisa si fuese cierta y exclusiva. Si había holgazanes en donde no había conventos, no eran los conventos la causa necesaria de los holgazanes. Eran muchos los pueblos donde no había convento alguno, y con todo, en ningún pueblo faltaban ni faltan holgazanes.

Había holgazanes de coche que no iban a la sopa, y esta holgazanería, la más cara de todas, no era fomentada por los conventos.

Los pueblos fabriles más laboriosos, las provincias más industriales (entre ellas Cataluña, reputada siempre como el país más trabajador de España) abundaban en conventos.

Desde que se suprimieron los conventos se han multiplicado en España los holgazanes, y la holgazanería, y los centros de holgazanería, que son los cafés, teatros, tabernas, casinos y aun las peluquerías. Cuéntense las tabernas que había entonces y las que hay ahora; las botillerías de entonces y los cafés de ahora.

Cuéntense las plazas de toros que había entonces y las que hay ahora, y cada plaza de toros es un foco de holgazanería, ferocidad, inmoralidad y desprestigio de la autoridad.

Vamos aquí a presentar varias observaciones económicas acerca de la holgazanería antigua y moderna en España, clasificando a esta en dos grupos distintos, a saber: 1.º holgazanería de levita y la consiguiente plaga de los mendigos de levita; 2.º holgazanería de chaqueta y mendicidad forzosa: pauperismo que trabaja y pauperismo hijo de la holgazanería.

Hecha esta clasificación precisa e indispensable y analizados sus elementos integrantes, voy a demostrar que la sopa de los conventos no solamente no era fomento de holgazanería, sino que antes ha crecido esta y se ha desarrollado desde la supresión de los conventos.

Por las consecuencias aducidas al principio queda demostrada la falsedad de la proposición que dice donde había conventos había holgazanes.

1.º Porque había pueblos donde no había conventos y había muchos holgazanes: en España habría apenas 500 pueblos donde hubiese conventos y estaban estos en la proporción de uno a diez o quizá más; luego en la inmensa mayoría de los pueblos los conventos no influían en que allí hubiese holgazanes.

2.º Había pueblos pequeños y territorios desiertos en donde daban trabajo los monjes que habían fundado y colonizado en ellos; luego allí no solamente no favorecían la holgazanería, sino que por el contrario sostenían el trabajo.

3.º Los monasterios de cistercienses fueron en general tantos orígenes de colonias como fueron sus monasterios, según puede demostrarse luego con documentos fehacientes e irrecusables.

4.º Hoy día los Trapenses, ramificación de aquel célebre instituto, son quizás los primeros y mejores colonizadores: su laboriosidad no ha sido puesta en duda, sus ventajas tampoco, y las noticias estadísticas, que daré luego acerca de ellos y sus colonias, sorprenderán no poco a los frailífobos y caballeros de la Tenaza.

Pero antes de entrar en estas pruebas históricas y estadísticas antiguas y modernas conviene deslindar la tercera consecuencia dilucidada antes, a fin de no dejar enemigos a la espalda.

5.º Si los frailes hubieran tenido la culpa de la holgazanería habitual de nuestro país, concluidos los frailes hubieran concluido los holgazanes y la holgazanería. *Sublata causa tollitur effectus*. Quitada la causa se quita el efecto. Es así que, quitados los frailes y la consabida sopa, la holgazanería no se ha disminuido y antes en varios conceptos ha hecho grandes y rápidos progresos. Luego la sopa no era la causa de la holgazanería.

Para demostrar esto, vamos a considerar las dos grandes ramas de la holgazanería en España: la holgazanería aristocrática y la holgazanería democrática; aquella representada por los mendigos de levita y guante, y esta por los mendigos de chaqueta y harapos.

Destinaremos a cada una de estas secciones su correspondiente párrafo, pues no es justo mezclar a los mendigos de levita con los de chaqueta... porque sería rebajar a estos con aquella compañía.

Mendigos de levita. —Cálculos sobre el progreso de esta gran rama de la holgazanería. —Contraposición de la sopa boba con la sopa de los conventos

Distingamos ante todo, pues el distinguir es analizar y el analizar da mucha claridad. No es lo mismo holgazán de levita que mendigo de levita. No es mendigo de levita el que pida limosna por las calles con una prenda de ropa que le dio la caridad, y que es o fue levita.

Es holgazán de levita todo aquel que, pudiendo trabajar en bien propio y del país, come sin trabajar, pasa la vida fumando, cazando, charlando de política, jugando y frecuentando garitos. Decimos de este holgazán de levita lo que del mendigo que lleva levita, que por llevar levita raída no deja de ser mendigo de chaqueta; así como este holgazán, aunque gasta chaqueta, hay que computarlo entre los holgazanes de levita. La oligarquía lugareña, o sea los *caciques de lugar*, como se dice comúnmente, suelen en muchas provincias de España vestir de chaqueta, mas no por eso dejarán de computarse sus individuos entre los holgazanes de levita, y de los más formidables por la tiranía y despotismo que suelen ejercer sobre los pobres y sobre pueblos enteros.

Hay señores de levita que trabajan mucho: creer que solo se trabaja con una azada o un martillo es una vulgaridad.

Por lo que hace a los mendigos de levita, sus variedades son tantas, que no es fácil computarlas. Pertenecen a esta clase aun muchos de los que no creerán pertenecer a ella. Por ejemplo, todos los que sacan pensiones del gobierno para hacer por cuenta del Estado viajes que deberían hacer por su cuenta para comisiones fantásticas e imaginarias, los que van a tomar baños de mar por cuenta del Estado, a pretexto de ver si las piedras de un muelle son blancas o verdes; los que escriben por cuenta del presupuesto artículos en obsequio y elogio del gobierno que paga; los que asedian continuamente a los ministros para sacar destinos, de los cuales cobran el barato, y otros muchos a este tenor, que sería largo y comprometido el expresar, todos pertenecen a la gran falange de los mendigos de levita.

Son los más funestos y perjudiciales entre ellos los que, dejando su industria, comercio o granjería, se meten a pretendientes, gerundios modernos, que si no dejan los estudios para meterse a predicadores dejan el trabajo para hacerse empleados. Aún más perjudicial que esta raza es la de los empleados llamados comúnmente *sietemesinos*, o sea *bebés de oficina*, nombres con que designan generalmente los empleados antiguos a esos niños mimados de la fortuna, que sacan destinitos de 12.000 reales apenas han llegado a la tierna edad de doce años; algunos de los cuales no estudian porque tienen oficina, ni van a la oficina porque tienen que estudiar. Todos estos, que no deben ser confundidos con los empleados probos, laboriosos y de escala, ni con los buenos servidores del Estado, a los cuales, por el contrario, afrentan y rebajan, pertenecen a los *mendigos de levita*.

Vamos, pues, a estudiar una de estas plagas que más han cundido desde la supresión de la decantada sopa.

Para cada destino hay cinco hombres en España. El escritor de costumbres, mi amigo D. Ramón Mesonero y Romanos, conocido por el seudónimo del *Curioso parlante*, notaba esto con mucha oportunidad en sus *Escenas matritenses*.

Estos cinco individuos son: 1.º, el empleado en activo servicio; 2.º, el pretendiente; 3.º, el meritorio o aspirante; 4.º, el cesante; 5.º, el jubilado. De todos estos el primero trabaja cuando trabaja, y si trabaja, pues el leer los periódicos, fumar, disputar de política, hablar de mujeres y murmurar de los jefes no es trabajar. Hay seguramente empleados probos y laboriosos, principalmente entre los de poco sueldo. El sueldo hoy día esta en proporción inversa del trabajo: cuanto menos se trabaja más sueldo se tiene. Destinados los grandes sueldos para premios políticos de notabilidades políticas, los que obtienen estos destinos políticos que ganaron hablando los desempeñan hablando, pues la política moderna más que *parlamentaria* es *charlamentaria*. Hay excepciones honrosas, es verdad, pero la excepción no es regla, por el contrario, afianza la regla. *Exceptio firmat regulam*⁴⁰.

Si esta es la condición de muchos de los empleados en activo servicio, ¿cuál es la de los otros cuatro? Ninguno de ellos trabaja, nin-

.....
40 «La excepción confirma la regla». [N. del E.]

guno de ellos aspira a trabajar, a lo que aspira es a cobrar: el trabajo en este concepto es un medio, no un fin.⁴¹

El meritorio —yo trabajaría.

El pretendiente —yo trabajaré.

El cesante —yo trabajaba.

El jubilado —yo trabajé.

El empleado en activo servicio —yo cobro.

¿Queréis saber lo que han aumentado la burocracia y la empleomanía en España desde que no hay conventos ni por consiguiente apenas existe la decantada sopa de los conventos? Mirad la *Guía de forasteros*. Pedid en una biblioteca la *Guía de forasteros* de 1830 y pedid la de 1867, y comparadlas. La *Guía* actual es diez veces más que la *Guía* de entonces. Los empleos se han quintuplicado y en proporción se han quintuplicado también los pretendientes y jubilados, que por regla general no hacen nada. Este solo renglón nos da diez veces más holgazanes de levita que los que había en tiempo de los frailes.

Pero resta otro capítulo mayor y más grave para el aumento de la holgazanería de levita, que es el de los cesantes. Cada partido político tiene su baraja de empleados, que sube y baja con aquel partido. Comparaba un escritor festivo este *juego de los partidos*, *al juego de los toros*; y decía con mucha gracia: —*Cada espada entra con su cuadrilla*.

El partido absolutista está *jubilado*.

El partido moderado histórico es el que ahora está en *activo servicio*.

El partido de la Unión liberal, con todas sus disidencias, está deseando trabajar, en bien de la patria, por supuesto, o lo que es lo mismo está *de pretendiente*.

El partido progresista se retrajo de trabajar para trabajar antes y más. Los retraimientos políticos son como los saltos de los gerbos, los cuales se doblégan hacia atrás para saltar más hacia adelante: el retraimiento probó mal y el partido está *cesante*.

.....
41 Aquí termina la página 80 de la segunda edición, que va seguida de las páginas 89 a 96 en sustitución de las páginas 81 a 88. A continuación, dispuestas en el lugar que les corresponde, la segunda edición repite las páginas 89 a 96. [N. del E.]

El partido demócrata principió a organizar la cuadrilla, y la noche que en la calle de T.... se reunieron los jefes a repartirse los destinos gordos, para cuando cayese la breve, hubo toros y cañas, y por poco andan los espadas a capazos y se pasan de muleta unos a otros. Este partido aun no ha logrado *actuar*. Está a la expectativa, como si dijéramos de *meritorio*, o aprendiz de empleo.

Cinco por cinco veinticinco: cuenta redonda.

Cada destino produce aproximadamente en España, según este cálculo, veinticinco empleados. Rebájense de aquí la mitad y el pico y quedan doce. Quítense todavía dos más para evitar exageraciones y quedan diez.

Pues ahora bien, pregunten Vds. a los aspirantes, cesantes aspirantes y jubilados si es la sopa de los conventos la causa de la holgazanería en que vegetan.

Dejemos ya a un lado la plaga social de los holgazanes de levita, que no iban ni irían a la sopa de los conventos, pero que están a la *sopa boba*. Esta es una materia que apenas se ha principiado a tocar, y que dejamos casi intacta, por razones de delicadeza que no se ocultarán a nuestros lectores. Nada se ha dicho de los antiguos mayorazgos, que no tenían fama de laboriosos, y con todo no iban a la sopa; nada de los que eran algo más que mayorazgos, y que se morían y aun se mueren sin saber en toda su vida lo que es trabajar. Nada se ha dicho de los que hoy pasan su vida en los casinos, fundados en casi todos los pueblos de España, y que son otros tantos focos de holgazanería, hasta el punto de que ya en varias provincias las autoridades civiles hayan tenido que tomar y estén tomando medidas enérgicas para su disminución, por ser focos de holgazanería, político-manía, charlatanismo y tafurería⁴² más o menos encubierta. Es verdad que no todos los casinos adolecen de estos vicios, ni todos los que concurren a ellos son holgazanes, y a veces son reuniones inocentes e inofensi-

.....
42 Una *tafurería* era la «casa de juego controlada oficialmente por la Corona navarra en la Baja Edad Media y donde se cobraba el consiguiente impuesto; fuera de ella estaban prohibidas las apuestas de dinero. Cabe suponer que en estos establecimientos oficiales se tenía al menos la garantía de que los dados y tablas no estaban trucados.» (<http://www.enciclopedianavarra.biz/navarra/tafureria/17192>). [N. del E.]

vas de personas de buen tono, que después de trabajar durante el día buscan en estas reuniones un rato de solaz entre los amigos. Pero no es así en todas partes, ni son de esta especie todos los concurrentes, y las quejas de mujeres honradas, de las autoridades y de las personas laboriosas en general han hecho mirar ya como focos de holgazanería estas reuniones desconocidas de vuestros abuelos, y de cuyos vicios no tiene culpa la sopa de los conventos.

Es bien seguro que ninguno de ellos la ha probado, y en tal caso, si esta les ha inculcado la holgazanería en que vejetan la mayor parte de ellos, debe tener aquella la portentosa eficacia de la célebre *purga de Benito*, que le hacía efecto desde la botica y sin tomarla.

Recuerdo en este momento un suceso que se refiere en el año Teresiano. Sabido es que Santa Teresa ni fue holgazana ni quiso la holgazanería, ni la consintió a sus hijos ni a sus hijas. Ella hilaba y trabajaba, y hacía trabajar a sus monjas para ganar su sustento. Los frailes descalzos, además de la oración, tenían trabajo manual. Al revés que otros mendicantes, llevaban y llevan una contabilidad muy rígida y exacta.

Tratóse a principios del siglo XVII de fundar un convento en Valencia; y con arreglo a las disposiciones municipales era preciso discutir aquel asunto públicamente. Había oposición contra la creación de aquel nuevo convento, aunque debía ser de pocos frailes, pues no le gustaban a Santa Teresa las grandes aglomeraciones, siempre difíciles de manejar. Entre las razones que se alegaban en contra, era una de ellas que aquellos frailes nuevos nada harían, y se disminuirían las limosnas para otros pobres. Presentose entonces en medio de la reunión uno a quien nadie conocía, y encarándose con los más opuestos a la nueva fundación les dijo: —¿Cuántos holgazanes hay en Valencia?

Nadie se atrevió a responder. El desconocido continuó: —Tenéis en Valencia más de 500 holgazanes, que ni se acuerdan de Dios ni de trabajar, y echáis en cara a doce pobres frailes que van a trabajar en su santificación, y en la vuestra, el que son holgazanes. Todos callaron, y el convento se fundó.

Resulta, pues, que desde la supresión de los conventos, y por consiguiente de la calumniada sopa, no solamente no ha disminuido en España la holgazanería, sino que, por el contrario, se ha aumen-

tado, ha tomado mayores proporciones, y se ha hecho de peor calidad, pues existen hoy más holgazanes que antes y de más cara y peor holgazanería.

Luego, en buena lógica, la sopa de los conventos no era la única y exclusiva causa, ni menos la principal, de la holgazanería en España, puesto que con la extinción de los conventos y la disminución de la sopa no solo no se ha extinguido la holgazanería, sino que ha ido en aumento y ha empeorado en su calidad⁴³.

Dejemos, pues, casi intacto el capítulo de la holgazanería de levita, y vamos al otro capítulo de la holgazanería de chaqueta y de harapos.

.....

43 En palabras de un *estudiante* treintañero, que en 1838 seguía dedicándose a la tuna: «se acabaron los tiempos en que se servían dos o tres mil escudillas de sopa a la puerta de tal o cual convento de Salamanca, Valencia o Valladolid. Aquéllos sí que eran tiempos felices para el estudiante. Entonces se podía uno jugar, sin preocuparse por nada, hasta el último carolus; o gastarse la pensión en mantillas y en naranjas para las muchachas de la capital, pues se estaba seguro de hallar la pitanza a la hora deseada.» (en G. d'Alaux, *Aragón visto por un francés durante la primera Guerra carlista*, ed. J. R. Giménez Corbatón, Zaragoza, 1985, p. 19). [N. del E.]

Observaciones sobre la holgazanería de chaqueta. — Pauperismo en España. — Pobres laboriosos. — Pobres hijos de la holgazanería. — Otra mendicidad de chaqueta. — Pobres inválidos. — La sopa del Estado. — Pobres válidos. — Derecho al trabajo. — Desarrollo del pauperismo. — Causas de la falta de trabajo.

¿Todos los pobres que son verdaderos pobres, son mendigos?

¿Todos los pobres y todos los mendigos, pueden trabajar?

He aquí dos preguntas a las cuales hay que responder previamente para proceder con claridad en este importante capítulo.

Hay indigentes, hay pobres y hay mendigos.

La indigencia acosa a muchos que no pasan por pobres, y a veces aun a los ricos.

Hay pobres laboriosísimos y que trabajan extraordinariamente sin que el producto de su trabajo alcance a cubrir sus más urgentes necesidades. Un jornalero que gana dos pesetas y tiene mujer y seis hijos, es pobre, pobrísimo, cien veces más pobre que el mendigo. Con ocho reales tienen que mantenerse ocho personas: tocan a real cada una. Con ocho cuartos se ha de mantener una persona, desayunarse, comer y cenar, pagar habitación, ropa y calzado⁴⁴. Hay un día en la semana en que no puede ni debe trabajar: el trabajador no es de hierro y las máquinas mismas de acero se gastan.

¿Cómo atiende la mujer de un jornalero con dos pesetas a todo lo que hay que atender? ¿Pero tiene acaso seguras esas dos pesetas? ¿Pero tiene segura su salud, la de sus hijos y la suya propia? ¿Y cuando falta trabajo, como está sucediendo ahora en todas las provincias de España y fuera de España? ¿Y cuando enferma el jornalero, y no solamente no gana, sino que hay que gastar en medicinas lo que no se tiene? ¿Y cuando se halla de parto o tiene que lactar a su hijo?

.....

44 En 1868 se utilizaban monedas de *peseta* y *real* acuñadas en plata, cada peseta valía cuatro reales. Se utilizaban también monedas de *cuarto* acuñadas en bronce, cada real equivalía a ocho cuartos. [N. del E.]

Este cuadro es horrible, es desgarrador. Es preciso verlo para comprenderlo.

Se dice —¡los pobres no ahorran, los trabajadores⁴⁵ no tienen previsión, no piensan en mañana!

¡Oh!, esto se dice fácilmente; pero sería bueno reducir a esos economistas teóricos, siquiera por un mes, a esa situación, con sus mujeres y sus hijos, para que viesen lo que era bueno, y ejecutasen los primores de sus teorías.

Respetemos a esos mártires del trabajo ya que no podemos aliviarlos. Respetemos su silencio, su resignación, su religiosidad, su probidad, sus lágrimas, sus harapos, y respecto a estos besemos los jirones de su blusa como el hábito de un misionero. Ya que no podemos aliviarlos, siquiera respetémoslos. Yo me honro con estrechar su callosa mano, más que en tocar las de un excelentísimo holgazán.

¡Ay de los malvados que explotan estas clases desvalidas para hacerlas aún más desvalidas; que sustituyen su religión con máximas impías, que abren sus ojos para hacerles ver que están desnudos, sin ofrecerles ropa con que cubrir su desnudez, que vierten su baba ponzoñosa en las úlceras de su corazón en vez de proporcionarles el bálsamo de los consuelos religiosos, que emponzoñan su conciencia en vez de curarla, que las empujan a la taberna, a la politicomanía, al garito, a la logia y de allí a una barricada, para que muera en ella el desdichado desesperado, rabioso como un perro, y dejando perdida a una viuda con seis hijos huérfanos: dos para el presidio, dos para la prostitución, dos para el Hospicio.

No es que yo haga un cuadro de imaginación, nada invento, estoy pintando, y al pie de este cuadro podía poner los nombres de los retratados.

¿Será extraño que la mujer de ese jornalero, que esa viuda desamparada, que esos huérfanos vayan a la puerta de un convento a pedir un poco de sopa... si hallan quién se la dé? Pues bien, preguntad a los Padres de la Escuela Pía, a las hermanas de la Caridad, en Ma-

.....
45 Aquí comienza la página 89 de la segunda edición y termina la laguna correspondiente. [N. del E.]

drid y fuera de Madrid, las lúgubres historias de las infelices que hoy acuden a sus puertas.

En este horrible y crudo invierno que estamos pasando, y cuando se escriben estas líneas, el hambre aflige a España; en Portugal hay que contener a balazos a los pobres campesinos que quieren arrancar de manos de la tropa el maíz que se lleva a Oporto; en los Estados-Unidos hay tres millones de hombres que no encuentran dónde trabajar y se aprestan al fenianismo⁴⁶, al filibusterismo, y se venden por un pedazo de pan. Nuestra guarnición de Melilla tiene que dar rancho algunos días a los moros famélicos que se agolpan debajo de la estacada a morirse de hambre y buscan como los perros las migajas que caen por el suelo.

Estos hombres no son holgazanes, son trabajadores que perecen de hambre, de esa enfermedad horrible llamada *el tifus del hambre*. ¿Brindarles con la sopa de un convento? ¿Llamarlos holgazanes si la comen?

Dirán a esto los caballeros de la Tenaza con su acostumbrado aplomo, hijo de una buena digestión, que siente verse interrumpida con extemporáneos clamores. —Pero vosotros todo lo queréis remediar con la sopa de los conventos. A todo sacáis a lucir vuestros conventos. ¿Acaso habría hoy menos hambre porque en la puerta de seis o diez conventos se diera de comer a cien mendigos? Vosotros todo lo queréis remediar con la caridad. La acción de la caridad es insuficiente. El Gobierno tiene sus deberes de beneficencia, y los cumple y debe cumplirlos.

Dejemos para más adelante lo relativo a la *sopa oficial* o del Estado, que no es por cierto la *sopa boba*, sino la sopa de otros *conventos* dada por el Gobierno. Pero, ¿de dónde sale ese argumento ridículo de que nosotros, los partidarios de la caridad y del catolicismo, queramos remediarlo todo con la sopa, y no hallemos más remedio a los males públicos que la sopa de los conventos?

Es falso: ningún católico ha dicho ese desatino, y por consiguiente, el que ha formulado ese argumento que lo responda. Noso-

.....
46 Nacionalistas irlandeses opuestos a la dominación inglesa, en auge en los Estados Unidos durante la década de 1860. [N. del E.]

tros no debemos responder a desatinos que no hemos dicho. Nosotros dejamos a la Beneficencia expeditos sus derechos, la auxiliamos, y en algunos casos la reclamamos que cumpla sus *deberes*, pues deberes y obligaciones tiene; pero pedimos al mismo tiempo que se deje libre y expedita la acción de la caridad religiosa y de la caridad privada, y sobre todo que no se incurra en la brutalidad feroz e inhumana de insultar, de escarnecer esta acción santa y sublime de enjugar las lágrimas del que llora, de dar de comer al hambriento y dar de beber al sediento, que Jesucristo puso entre las Bienaventuranzas.

Nosotros no decimos que la sopa de los conventos remediaba ni remediaría el hambre de todos los pobres y necesitados que no hallan donde trabajar. Para eso hubiera sido preciso que en cada pueblo hubiese existido un convento. Imposible. Lo que decimos es que no seáis egoístas y feroces, y, porque tenéis repleto vuestro estómago, vengáis a burlaros de los que alimentaban o siguen alimentando algunos pobres, haciendo obras de misericordia, que vosotros no hacéis, ¡egoístas! ¡¡tacaños!!, ni sois capaces de hacer, ni aun de comprender, porque si tuviérais entrañas y os apiadarais de los pobres, no haríais la bajeza de burlaros del que da de comer al hambriento, ya que vosotros no le dais.

Si hay mil pobres en una población y la *Caridad* socorre a cien de ellos, a esos menos tendrá que atender la Beneficencia, y vivirán novecientos del presupuesto, en vez de ser mil, como lo serían sin la *Caridad*⁴⁷.

No todos los pobres son válidos, esto es, aptos para el trabajo. Los pobres son válidos e inválidos: en esta segunda clase entran aquellos que no pueden trabajar ni sirven para alguna industria. En realidad este punto está a medio estudiar. Los ciegos, mancos, tullidos, cojos, ancianos o ya muy débiles, enfermos habituales, raquíuticos, etc., etc., son pobres inválidos, y han existido siempre como existen ahora y existirán, pues no se hallará el medio de que el hombre no se invalide. Muchos de ellos son inválidos del trabajo, en toda la extensión de la palabra. También la industria tiene sus campañas y sus inválidos; no los llamaré mártires porque no conviene abusar de las

.....
47 Párrafo añadido en la segunda edición. [N. del E.]

palabras altísimas y consagradas por la religión para usos determinados. Yo he oído llamar sacerdotes de la ley a los magistrados, sacerdotes de la humanidad o de no sé qué a los médicos, y aun recuerdo haber oído llamar a los militares *sacerdotes del orden público*.

Yo creo que no hay más sacerdocio que el sacerdocio, ni más mártires que los de la religión católica. Si esos señores son sacerdotes serán, cuando más, parecidos a los de *la ley antigua*, que usaban cuchillo⁴⁸.

La cuestión de los pobres inválidos digo que está a medio tratar.

En efecto, en diciendo *pobre inválido*, se cree que aquel pobre ya no puede trabajar, y que la sociedad tiene la obligación de recogerlo y mantenerlo, aunque no haga cosa alguna. En tal concepto, pasa a ser pensionista del Estado, y su desgracia trasciende a este en dos conceptos, pues no trabaja ya ni produce en bien de la sociedad, y carga esta con la obligación de mantenerle. En tal concepto se le envía a un asilo, a un hospicio o un hospital, a que se muera como un caballo viejo en el rincón de una cuadra, o se le abandona por las calles a merced de la caridad privada.

No pensaba así el venerable doctor fray Hernando de Talavera, confesor de doña Isabel la Católica, monje jerónimo y primer Arzobispo de Granada, hombre de gran virtud y talento, y, en mi juicio, superior a Cisneros, aunque de menos brillo.

Dejaronle los Reyes Católicos plenos poderes para gobernar a Granada en unión con el conde de Tendilla, con quien vivió en completa armonía. El Arzobispo era muy caritativo y limosnero, pero también muy laborioso. Tenía prohibido que pidiera limosna ninguno que pudiera trabajar, y hacía que los facultativos reconociesen a los mendigos: si estaban enfermos los hacía acogerse al Hospital, y si no les obligaba a trabajar, so pena de ser los haraganes castigados y expulsados de Granada. Su biógrafo Alonso Fernández de Madrid, testigo presencial de sus virtudes, consigna el pasaje siguiente muy a propósito de lo que se va diciendo: «Decía muchas veces (el Arzobispo Talavera) que le daba gran pena ver que los ciegos no podían trabajar, y que era forzoso dejarlos andar pidiendo por las puertas, cuya

.....
48 «que usaban cuchillo.», añadido en la segunda edición. [N. del E.]

holganza aborrecía mucho. Tratando de esto, dijo un día con tanto placer como si hubiera hallado un tesoro. —En verdad que estoy el más contento del mundo, pues pensando esta noche en qué se pueden ocupar los ciegos para que no se anden de aquí para allí, me ha ocurrido que pueden muy bien soplar los fuelles de los herreros, pues para esto no son menester ojos sino manos. Publicó luego un bando diciendo que cualquier ciego, sano de los demás miembros, que anduviese pidiendo por la calles, fuese llevado a casa de un herrero, calderero u otro oficial que tuviese fragua donde trabajase, y que el que no quisiese hacerlo, saliese de la ciudad so pena de ser castigado. Así se cumplió y no se volvió a ver un ciego por las calles⁴⁹.»

Se ve, pues, que aquel fraile, mejor dicho, monje jerónimo, entendía algo de *economía*, y de la *práctica*, que es la mejor, pues la economía que habla del trabajo y no trabaja, y las economías que tienen⁵⁰ por objeto sostener despilfarros propios y ahorrar ochavos en cosas de necesidad, utilidad y decoro, son más bien *econotuyas* que *economías*. En este caso sucede con la economía lo que con la justicia, y en España tenemos una frase muy gráfica para expresarlo: —*tirar la harina y ahorrar en el salvado*.

La mayor parte de los pobres que se reputan por inválidos, pudieran trabajar si se les diera en qué, pues los trabajos de voltear una rueda, sacar agua con una bomba y otros muchos por el estilo, pueden hacerse por ciegos, cojos o mancos de un brazo.

Con toda la bulla, ni la economía ni la administración moderna han llegado, ni tienen trazas de llegar en mucho tiempo, a donde llegó en esto fray Hernando Talavera, haciendo trabajar y producir a pobres reputados por inválidos, y que él hizo ver que eran válidos.

.....

49 No quiero omitir la cláusula siguiente que prueba cómo aquel monje fomentaba la holgazanería. «Tanto aborrecía la ociosidad, que a nadie podía ver holgar. Cuando venían moriscos a negociar con él, porque mientras esperaban audiencia estaban sentados en el suelo, como acostumbran, mandaba darles esparto para que hiciesen allí tomiza [cuerda] y no estuviesen ociosos, y si no que volviesen otro día. A las mujeres daba ruecas y lino para que estuvieran ocupadas mientras esperasen, y lo que hilaban llevábenselo a sus casas, y para los clérigos tenía libros en la sala.» [Nota de la primera edición].

50 Aquí termina la página 96 de la segunda edición, impresa por duplicado; a continuación se omiten las páginas 97 a 104. [N. del E.]

¿Quién duda que muchos de ellos pudieran ser utilizados? ¿Qué han hecho la ciencia moderna, la centralización, la desamortización, la economía política, la administración civil, por los pobres ciegos de Madrid, ni de ningún otro punto de España? Señalarles un rincón en una calle o a la puerta de un templo, donde puedan mendigar su alimento de la caridad privada.

¡Cosa rara!, un mendigo italiano con buenos brazos y mejores piernas, con buena salud, pero con malas ganas de trabajar, se dedica a ser holgazán de por vida, o bien cantando canciones equívocas u obscenas, himnos a Garibaldi y vituperios a Pío IX; y ese hombre no es un holgazán. Con un mono montado sobre un perro entretiene por la calles a otros tan vagos y haraganes como él. Nadie puede asomarse al balcón sin hallarse con la fea catadura de una mona que rechina los dientes, o dos granujas que tocan el arpa, o mejor dicho, un armatoste con alambres que obliga a taparse los oídos⁵¹, o un *purgatorio de música* que llaman organillo. Y ese holgazán extranjero, y esos chicuelos vagamundos, no se rebajan, y a pesar de sus contorsiones y sombreradas y muecas no se humillan.

Según los economistas modernos, esos holgazanes no son holgazanes, son *industriales que hacen música*. Reniego de esa industria que me hace sangre en las orejas.

Digo lo mismo de los pobres franceses que piden limosna con clarinete: hay que darles, siquiera por que callen. Pobres ciegos españoles que solo piden en España y con una guitarra, que apenas se oye ni molesta, y piden cuando no pueden absolutamente trabajar; y aun así, ¡infelices!, apenas hallan quien les dé sino otros casi tan pobres como ellos, o personas de la clase media; mientras que al holgazán extranjero se le echa dinero a puñados desde los balcones de los palacios, por los hijos de los magnates que entretienen su fastidio en ver la mona o los grotescos saltos y contorsiones del rapaz extranjero.

¿Qué es lo que ha hecho la ciencia en obsequio de esos pobres españoles más o menos inválidos?

.....
51 Rossini suele decir que, en materia de instrumentos, no conoce cosa peor que un arpa, y que solo halla peor dos arpas. [Nota de la primera edición.]

—Ensanchar los hospicios, crear algún asilo que otro, y no pocas veces entorpecer la acción de la caridad.

¿Pero qué hace de ellos en el hospicio o el asilo?

—Dejarlos que se aburran, que a la holgazanería privada se sustituya la holgazanería pensionada, y a la vagancia licenciosa que repugnaba al público sustituya la reclusión forzosa. Antes tenía la sopa del convento, si se la daban, y ahora tiene la *sopa oficial*.

¿Qué cosa es la *sopa oficial*?

—El gobierno tiene para los mendigos de levita la *sopa boba* y para los mendigos de chaqueta, cuando son inválidos, y en otros casos, tiene la sopa que se da en los *conventos civiles* llamados hospicios, asilos, casas de locos⁵² u orates, casas de maternidad y demás establecimientos de beneficencia.

Los acogidos en los hospicios y demás establecimientos de beneficencia, por lo común, no comen tan bien como los ministros, senadores y diputados. Del pavo trufado que se sirve en la mesa de estos, a la comida del hospiciario, reducida a las habichuelas con patatas, hay mucha diferencia; pero, en cambio, de la sopa del convento a la sopa del hospicio no hay ninguna. ¿A qué, pues, tanta burla y tanta chacota contra la sopa del convento, cuando vosotros no dais al hospiciario sino lo mismo que le daba el fraile? ¿Acaso vuestra sopa oficial es mejor que la sopa conventual? Y para disfrutar aquella, ¿no necesita el pobre principiar por despojarse de su libertad y reducirse a reclusión y un régimen severo?

Necesario es que existan vuestras sopas, tanto la *sopa boba* como la *sopa oficial*, sin ellas no cumpliría la burocracia con sus deberes; pero tened siquiera presente aquel refrán español que dice: *El que tiene tejado de vidrio no debe apedrear al del vecino*.

Al hablar más adelante acerca de las hermanitas de los pobres, veréis lo que la Religión contrapone a vuestra beneficencia y cómo aquella organiza hoy día la *sopa particular* en obsequio del pobre inválido, mejor que vuestra *sopa pública oficial*.

.....
52 No quiero usar la ridícula palabra *manicomios* que los médicos —que hablan en griego *para la mayor inteligencia*, como decía D. Hermógenes—, han pegado a nuestros economistas. Amante de la claridad, no quiero decir en griego ni en *gringo* lo que puedo decir claro en castellano. [Nota de la primera edición.]

Son pobres válidos aquellos que pueden producir y trabajar, ser útiles a sí mismos y al Estado. Si pudiendo trabajar no quieren trabajar, son holgazanes. Nuestras leyes de vagos antiguas y modernas tienen un inconveniente grave, y es que llevan equivocado hasta el título. El derecho canónico no confunde al vago con el holgazán⁵³. Llama vago al que no tiene domicilio fijo, trabaje o no trabaje, y holgazán al que no quiere trabajar aunque esté fijo y domiciliado en un punto. Un comisionsita de una casa de comercio que va de un punto a otro con el muestrario de una casa de comercio sin fijar su residencia en un punto, pues ni tiene familia ni le conviene tener casa que no ha de habitar, canónicamente es un vago, y si quiere casarse el ordinario formará expediente al tenor de lo que dice el Concilio de Trento para acreditar su soltería. Así que en Derecho canónico puede uno ser vago y con todo ser persona muy útil, laboriosa y honrada. Pero en Derecho civil, confundida por nuestras leyes la vagancia con la holgazanería, la vagancia es afrentosa y criminal.

La ley declara obligatoria la instrucción primaria en España, pero no tiene valor para sacar sus consecuencias, ni para cumplir lo mandado en 1812, pues no se atreve a quitar los derechos electorales *activos* (no los pasivos) al que no sepa leer y escribir, consecuencia natural y lógica de aquella premisa. Pero en cambio el legislador no se ha atrevido, por miedo a las preocupaciones modernas, a declarar el trabajo obligatorio, o lo que es lo mismo, el *deber del trabajo*, y deja preconizar el *derecho al trabajo*. Con todo, el deber del trabajo es obligatorio por Derecho divino, y lo era antes del pecado, pero con placer y gusto, y después del pecado a veces con dolor⁵⁴, al paso que el saber leer y escribir no es obligatorio por derecho divino; y en el resto de la instrucción primaria solo es necesaria por Derecho divino, y para el cristiano, la parte de la doctrina cristiana necesaria para salvarse y precisa *necesitate medii ad salutem*, como

.....
53 Cap. VII de la *sessio* XXIV [del Concilio de Trento] *De Reformatione matrimonii*. — *Vagi matrimonio caute coniungendi*. Aunque este capítulo da mala idea de ellos no los condena por serlo. *Multi sunt qui vagantur et incertas habent sedes*. [Nota de la primera edición.]

54 *Et posuit eum in horto voluptatis ut operaretur et custodiret illum* (Génesis, cap. II). [Nota de la primera edición.]. *Tulit ergo Dominus Deus hominem, et posuit eum in paradiso voluptatis, ut operaretur, et custodiret illum*, Gén. II, 15. [N. del E.]

dicen los teólogos, pero esta no es tanto del maestro como del párroco.

El derecho al trabajo es una ridiculez, así como, por el contrario, es un atentado contra el derecho a trabajar el sacar a un comerciante de su almacén, a un artesano de su taller, y a un abogado de su bufete para que, vestidos de colorines, se pasen horas enteras jugando a los soldados, en una edad a que ya los hombres no suelen jugar al toro y a los soldados, como jugaron cuando eran chicos. Solo una necesidad imperiosa podrá obligar, en bien del estado, a limitar o coartar este derecho, como todos los demás derechos legítimos que el hombre tiene.

Sentados, pues, los preliminares acerca del derecho del hombre a trabajar, y este correlativo, como siempre, al deber de trabajar, el pobre válido que pudiendo y debiendo trabajar falta a su deber, el que se inutiliza directa o indirectamente para trabajar, falta a su deber; el que pudiendo trabajar en su pueblo se va a buscar trabajo a una capital donde no hay trabajo, falta a su deber; el que deja su oficio por otro más cómodo en que quiere se le dé un trabajo que no es posible darle, falta a su deber; el que por su embriaguez, insolencia o inmoralidad hace que se le despida de todos los talleres, y por eso no halla trabajo, falta a su deber; el que rehuyendo el trabajo pretende entrar en un convento, no por amor a Dios y por salvar⁵⁵ su alma, sino porque se figura que allí no ha de trabajar, falta a su deber.

Digo esto último a todo intento, para que no se me eche en cara que lo callo. Alguno que otro de esta clase que haya entrado y deshonrado su hábito, no hace regla, es excepción. No se diga que han sido *muchos*, más bien ha sido mucho el ruido que con pretexto de ellos se ha metido y el empeño de generalizar estos casos excepcionales y particulares.

Viniendo ahora a la cuestión, los pobres válidos que no encuentran trabajo y que están ociosos contra su voluntad, ¿se han aumentado o se han disminuido? Todos los economistas y estadistas concuerdan en que el pauperismo se ha aumentado mucho en todos los

55 Aquí comienza la página 105 de la segunda edición y termina la laguna correspondiente. [N. del E.]

países de Europa y América, y sobre todo, y lo que es peor, que tiende a propagarse y aumentarse de una manera espantosa.

Los cálculos actuales en esta materia son horribles. Oigamos algunos, copiados en todos los periódicos de Madrid en enero de este año, 1868, concretándonos a Francia y los Estados-Unidos en uno y otro hemisferio:

«Dedica *Las Novedades*⁵⁶ el artículo de fondo de su número de ayer a examinar la situación desconsoladora de los Estados-Unidos, víctimas, como la mayor parte de Europa, de lo que se ha dado en llamar el *tifus del hambre*.

»Los datos que presenta *Las Novedades* dan una idea terrible de lo que pasa en la *gran* república, y una idea tristísima de los modernos [...]»⁵⁷

»TRES MILLONES de hombres en el Sur están a punto de morir de hambre. *Trescientos mil* trabajadores carecen de ocupación en los Estados del Norte. Los negros se matan unos a otros por un pedazo de pan; caen sobre los campos como langostas, y roban todo lo que pueden.

»Lo peor del caso es que el Gobierno no sabe qué providencias tomar, ni todos los esfuerzos de los fabricantes e industriales son parte para atajar un mal tan grave. *Las Novedades* cree, sin embargo, que una nación tan llena de vida no dejará de hallar pronto el remedio de esta calamidad.»

El periódico de donde copiamos estos datos, que es *El Pensamiento Español*⁵⁸, responde oportunamente:

«Nosotros creemos, a nuestra vez, que la exuberancia de vida mata en ocasiones, que la vida, comunicada por la riqueza, no es una vida inmortal, ni mucho menos; creemos que cuando no marchan unidas la vida del alma y la del cuerpo, este, tarde o temprano, su-

56 *Las Novedades*, diario progresista español de tendencia republicana (1850-1872), fundado por Ángel Fernández de Los Ríos. [N. del E.]

57 La frase parece incompleta. La segunda edición da el mismo texto. [N. del E.]

58 *El Pensamiento español*, diario católico español de tendencia carlista (1860-1868) fundado por Francisco Navarro Villoslada. [N. del E.]

cumbe bajo el peso de su propia fortaleza. Por eso la vida de las naciones puramente industriales nos parece efímera y peligrosa si no está sustentada por el calor fecundo del sentimiento y de la fe.

»Desengáñese *Las Novedades*: para atajar esos males públicos que de vez en cuando azotan a las sociedades modernas no basta la acción del Gobierno, aunque a ella se una la acción de los particulares. Ambas acciones son cuasi ineficaces si están movidas por el egoísmo de los más, que no quieren ser molestados con los lamentos de los menos. Pero ambas acciones son extraordinariamente fecundas si están informadas del espíritu de caridad. Mas, ¿cómo puede ser general este espíritu vivificador en una sociedad que no es esencialmente católica? He aquí la primera condición, el medio más eficaz y seguro para evitar a los pueblos esas terribles calamidades que de vez en cuando los afligen.»

Con respecto a Francia, leíamos el día 25 de enero en este mismo periódico lo siguiente:

«Al principiar el año de 1852, los establecimientos públicos de beneficencia disponían en Francia de 80 millones de francos. El 1.º de enero de 1867 su capital ascendía a 83 millones. El *Monitor* ⁵⁹ no dice cuántos eran los pobres socorridos por la beneficencia pública el año 1852; el 1867 eran 1.700.000. A esto hay que agregar la cooperación que, para remediar algún tanto la miseria que existe en el vecino imperio, presta a la beneficencia pública, a esa filantropía administrativa, reglamentaria, glacial, la caridad privada, centella que abraza en santo amor los corazones de los afortunados y los impele a satisfacer las necesidades y a consolar las aflicciones todas de sus semejantes por la naturaleza, y de sus hermanos en Jesucristo, de los pobres.

»A principios del año 1852 las asociaciones caritativas llegaban a 1.327, sus recursos a 10 millones de francos, y los pobres por ellas socorridos a 393.339. El 1.º de enero de 1867 ascendían estas asociaciones a 2.736, sus recursos a 16.073.322 francos, y los indigentes por ellas asistidos 637.000. Preciso es confesar, sin embargo, por lo que

59 *Le Moniteur universel* diario parisino (1789-1901), desde 1848 diario oficial del gobierno francés. [N. del E.]

hace a la caridad privada de Francia, que a pesar de haber aumentado considerablemente las asociaciones y sus recursos, y a pesar de que los pobres que socorren reciben por término medio un auxilio de 25 francos y 19 céntimos por individuo, en vez de los 23 francos 65 céntimos que el año 1852 recibían, es más triste la situación de los indigentes a consecuencia de la gran depreciación que ha sufrido el numerario.

»Ahora bien, si a los 1.700.000 pobres socorridos por los establecimientos públicos de beneficencia agregamos los 637.000 asistidos por los establecimientos particulares de caridad, resulta que en Francia hay un total de 2.337.000 indigentes, que con relación a los 36 millones de almas que tiene el vecino imperio, deducido el departamento del Sena, el cual no entra para nada en la cuenta, están en proporción de un indigente por cada 17 almas. Y téngase presente que en este cálculo no figuran ni los pobres socorridos por las conferencias de San Vicente de Paúl, ni otros muchos que no han podido obtener asistencia de ningún género; ni los que viven alimentándose malamente con el exiguo salario que los jornaleros perciben por su trabajo, cuando tienen trabajo, a consecuencia de la larga crisis por que están pasando las industrias, y principalmente la fabril y mercantil, y por la escasa demanda de trabajo que ella produce; y téngase presente, sobre todo, que los datos del *Monitor* se refieren al 1.º de enero de 1867, época en que el hambre no se hizo sentir tanto como algunos meses después.

»El departamento del Sena, que, como hemos dicho, no está comprendido en la estadística anterior, gasta anualmente en⁶⁰ socorrer indigentes más de 35 millones de francos, 12 de los cuales son suministrados por los particulares, 9 por la municipalidad de París y 14 por el presupuesto departamental.

»Pasando de la contemplación de lo que sucede en todo el Imperio a lo que acontece en París solamente, resulta, según datos oficiales, que el número de indigentes socorridos por los establecimientos públicos de beneficencia el año 1866 subía a 105.119, o sea uno por cada 17 habitantes; porque, según el censo de población, París tenía ese año

.....
60 Aquí finaliza la página 109 de la segunda edición, que en las páginas 110 y 111 vuelve a insertar un fragmento de novela romántica, como en las páginas 46 y 47. [N. del E.]

1.799.980 almas. Los indigentes socorridos por el Estado en la capital de Francia constituyen 40.644 familias, cada una de las cuales recibe por término medio 48 francos y 65 céntimos por año; mezquino socorro material que a los pobres sirve de muy poco, que solo lo impetran los que están sumidos en la más extremada miseria, y que, a pesar de todo, no es posible conceder a cuantos lo piden. Si a esto se añade la indigencia socorrida por la caridad privada, ya por medio de instituciones formadas al efecto, ya particularmente, y la paralización de la industria y del comercio con la falta de trabajo que a esa paralización es consiguiente, resultará, aunque se resientan de alguna estrechez o mezquindad nuestros cálculos, que el cuadro económico-social que actualmente nos ofrece París no puede ser más horroroso.

»Es verdad que a estos socorros ordinarios hay que agregar otros extraordinarios, que el Gobierno y los súbditos conceden a los pobres de cuando en cuando; pero nada es bastante para extinguir la miseria que corroe las entrañas de la población que predica y ha esparcido por el mundo los *regeneradores principios* de 1789, y que periódicamente rinde culto a los progresos de la materia en esas fiestas que se apellidan exposiciones universales.»

A *última hora* nos avisa el telégrafo, al publicar estas líneas, que en Argel se come carne humana⁶¹. ¡Están medrados!

Los cálculos sobre el pauperismo de Inglaterra son horriblos y bien conocidos. En proporción que crece su riqueza en manos de los ricos, crece horriblemente el malestar y la inmoralidad en las clases pobres. Si se viera la progresión del pauperismo en España, Italia, Prusia y otros países, horrorizaría.

El⁶² conde Armand de Villeneuve presentaba hacia el año 1830 la estadística siguiente del pauperismo europeo, es decir, cuando en España había conventos y no los había apenas en Bélgica, Francia y Europa.

.....

61 Partes telegráficas de París del 11 de marzo dirigidos por la Agencia Havas a varios periódicos de Madrid. «Las cartas de Argel vienen llenas de detalles espantosos sobre el hambre. Ha habido *bastantes casos de antropofagia*, en que entienden los tribunales.» [Nota de la primera edición.]

62 Aquí comienza la página 112 de la segunda edición, que vuelve al texto de La Fuente. [N. del E.]

Naciones	Habitantes agrícolas	Industriales	Pobres relativamente a la población
1. Rusia	48.850.000	3.850.000	1 a 100
2. Turquía	8.312.500	1.187.500	1 a 40
3. España	14.183.333	2.316.667	1 a 30
4. Prusia	10.648.915	2.129.085	1 a 30
5. Portugal	2.941.665	588.335	1 a 25
6. Italia	15.870.000	3.174.000	1 a 25
7. Austria	25.600.000	6.400.000	1 a 25
8. Dinamarca	2.000.000	500.000	1 a 25
9. Suecia	3.092.800	773.200	1 a 25
10. Francia	25.600.000	6.490.000	1 a 20
11. Suiza	1.142.666	571.334	1 a 10
12. Países-Bajos	2.451.000	3.692.000	1 a 7
13. Inglaterra	2.360.000	14.040.000	1 a 6

Resulta, pues, que hace unos 40 años España, en la época funesta de la sopa, tenía un pobre por cada 30 habitantes, al paso que Francia tenía uno por cada 20, y la rica, la opulenta, la sabia Inglaterra, tenía uno por cada seis habitantes, esto es, *¡veinticuatro veces más pobres proporcionalmente que España!*⁶³

Bien veo que se me dirá: —Pues qué, ¿cuándo había frailes y había conventos trabajaban todos los obreros? ¿Acaso entonces no había hambres y epidemias? ¿Si hubiera hoy frailes habría mejores cosechas, tendrían trabajo todos nuestros pobres válidos? ¿Alcanzaría hoy la sopa conventual a todos los pobres que en España, en

63 Se debe entender *cinco veces más pobres que España*. [N. del E.]

Bélgica, en Francia y otros puntos parecen de hambre y no encuentran trabajo?

Yo creo que la acción moralizadora de los frailes sosteniendo la moral cristiana y la pureza del catolicismo harían a los pobres y los trabajadores más religiosos y más morigerados, y que si no remedaban estos males, los atenuarían por lo menos.

Es probable que el catolicismo no disminuyera el hambre directamente, pero sí indirectamente, haciendo a los pobres válidos, y a los trabajadores en general, más resignados, más laboriosos, más honrados, más económicos, más sobrios y más duros para la fatiga y el trabajo. El trabajador, sobre todo en España, según que va perdiendo su catolicismo se va inutilizando para el trabajo. Se hace fumador, borracho, blasfemo, insolente, procaz, grosero, politicomaníaco, pendenciero, fullero y trapalón. Se las apuesta al amo y al maestro, golpea a los aprendices, cree saberlo todo y olvida lo poco que sabe, no se sujeta a medidas, quiere hacerlo todo a ojo, echa a perder cuanto coge en sus manos. Su afán es concluir pronto, aunque lo haga mal, estropea las herramientas, charla más que trabaja, y cuanto menos y peor trabaja pide más jornal. Su pobre padre se honra con llamarse *artesano*, y ser carpintero, albañil, zapatero o cerrajero, él se apellida *artista*. Cuando iba aquel a trabajar a casa de un título, este le alargaba un cigarro; el hijo, si no se lo dan lo pide. Crece su orgullo en proporción de su ineptitud. Su jornal no le alcanza para sus vicios: el vino de casa no le gusta; pasa la noche en la taberna; después juega; después, en vez de llevar el jornal a su mujer, entrega una gran parte a la arpía enemiga de su mujer y de sus hijos; y, por fin, el sábado por la noche, en vez de volver a casa con dinero, vuelve medio ebrio, disgustado, estafado y sin un cuarto, a llevar golpes a su mujer, lágrimas a sus hijos. Despedido hoy de su taller, mañana de otro, entrampado, mal vestido, peor alimentado, quiere hablar del *derecho al trabajo*, politiqua, maldice al gobierno, a los ricos, a los que trabajan, al mundo, a sus hijos, a Dios mismo... Políticos modernos, economistas del día, ese *artista* es vuestra obra: su padre, carpintero del convento A, cerrajero del convento B, era un artesano que comía poco, pero limpio y con cuchara de plata. Un *artista* de los vuestros lo primero que compra es un reloj para llegar siempre tarde a todas partes. El artesano antiguo lo primero que procuraba tener era una capa, lo

segundo cuchara de plata; en materia de reloj le bastaba con el de la torre de la iglesia.

En cuanto a sobriedad y economía habría mucho que hablar. No me atreveré a decir que haya países en España en donde los trabajadores comen mucho. Sería inhumano que dijéramos esto a clases que se dan por contentas cuando tienen el cocido español, con el cual no se contenta ya la clase media en España. Pero citemos las provincias, y en esto no se ofende a nadie, en que los trabajadores son sumamente sobrios, como sucede en las del Norte, Galicia, Asturias y Vizcaya, en que los trabajadores se mantienen con maíz y leche. Pero es lo cierto que el trabajador jornalero y obrero era antes mucho más sobrio y parco que ahora, y que en proporción que la aristocracia y la clase media han ensanchado el círculo de sus goces materiales los ha ensanchado también la clase obrera. Así que ninguno puede vivir hoy con lo que vivían su padre y su abuelo. El grande que antes vivía espléndidamente con 12.000 duros de renta, hoy necesita medio millón y se come en un año las rentas de dos. El jornalero que antes vivía con seis reales, necesita ocho o diez, y aun así no alcanza a cubrir sus necesidades, parte porque quiere más goces, parte porque todo se ha encarecido.

¿Ha ganado, pues, o ha perdido el jornalero? ¿Ha ganado o ha perdido el pobre de chaqueta, que no siempre halla trabajo y cuando lo halla no le alcanza su producto para atender a sus necesidades, ni satisfacer goces que antes no codiciaba?

Pero dejando a un lado al pobre que puede trabajar y no quiere trabajar, y al que trabaja poco y mal, y al que trabaja bien, pero que tiene vicios y adolece de politicomanía, entremos a decir algo acerca del pobre que puede y quiere trabajar y no halla dónde trabajar, que es el más digno de lástima y aprecio. Los otros tres tienen culpa y en la culpa llevan la penitencia, este no tiene culpa alguna y con todo eso padece y sufre.

Al decir que no tiene culpa, claro está que se habla en general, pues, ¿quién podrá decir que no tiene culpa? Pero este al fin no es holgazán, ni tiene los vicios ostensibles que en el otro hemos hallado, y que dan lugar a que se le cierren los talleres, aunque haya trabajo que poder darle.

Esta especie de pobres abunda hoy mucho en España, y no solamente en España, sino en Francia, Bélgica, Prusia, Italia, y aun más en los países fabriles que en los industriales. ¡Quién había de decir que había de llegar el caso de que los hubiera en los Estados- Unidos, y con todo, las noticias que llegan de aquel país, y que acabamos de consignar, nos manifiestan que también allí se ven acometidos de esta desgracia, y que falta el trabajo durante este pavoroso invierno. A pesar de eso, mientras millares de nuestros semejantes perecen de hambre en este momento, y en ambos hemisferios, el caballero de la tenaza y el economista de tripallena, que no tienen entrañas para socorrer a un infeliz, que perece de hambre y no halla trabajo, se burlan de la sopa de los conventos y de la *gandinga*⁶⁴ del Obispo.

Detengámonos un momento aquí, y apartemos la vista con horror y desprecio de este sibarita egoísta, y fijémosla en el pobre sin trabajo, para examinar alguna de las causas de esta situación, y conociendo el mal, procurar el remedio con respecto a España, que es lo que nos importa.

Al regresar uno a España desde Francia, y sobre todo en los meses de julio, agosto y setiembre, desde que pone los pies en Bayona cree estar en España. Oye hablar en español casi más que en francés. Allí y en Biarritz, en Aguasbuenas y en otros varios puntos fronterizos encuentra centenares de españoles, que viven con la mayor opulencia, con más lujo y prodigalidad que en España; por mejor decir, al revés que en España, pues economizan aquí para derrochar allá. Según cálculos formados allí por persona imparcial y de toda mi confianza, no bajan de *treinta los millones* que nuestras aristocracias (no culpemos solo a la de nacimiento) disipan todos los veranos en aquella tierra; esto, además del contrabando inmenso que introducen y del surtido de ropas para todo el año. Si calculamos en cuarenta millones el derroche que allí se hace por todos conceptos, no solamente no se hallará exagerado, sino que antes bien lo hallarán corto los que lo conocen a fondo. El dicho vulgar de «que las calles de Biarritz se podrían empedrar con plata de España» es una verdad. Estos cuarenta millones son robados anualmente al comercio, a la agricultura y a

64 En Cuba y Puerto Rico, guiso especiado con despojos de cerdo, patatas y tomate. [N. del E.]

la industria española. No hablo aquí de esa zona de Aragón, tierra en otro tiempo de honradez, probidad y virtud convertidos hoy en tierra de maldición y de latrocinio; de latrocinio, sí, pues entre el ladrón y el contrabandista no hay apenas diferencia, diga lo que quiera la moral relajada y casuística que se va introduciendo. Esto no lo había antes, esto hay que registrarlo como especialidad de nuestra época y en este capítulo. Preciso ha sido declarar ese país en estado de sitio, como ahora lo está.

Pues bien, todos estos millones que el lujo estúpido, el sensualismo, la falta de patriotismo verdadero y el contrabando, su auxiliar infame, arrebatan a nuestros campos, a nuestros talleres y a nuestro comercio, son una de las causas más poderosas de nuestro actual malestar, de la falta de trabajo, de la ociosidad forzada a que hoy se ven condenados muchos millares de españoles. Para mí y para toda persona cristiana y sensata, el que fomenta el contrabando es más criminal que el contrabandista: es el verdadero contrabandista. Entre un diez veces excelentísimo señor y treinta veces ilustrísimo, etc., etc., que se deja todos los años en Francia diez o doce mil duros, sacados o ganados en España, Dios sabe cómo, y que además entra todas sus compras de ropas, muebles y otros objetos de contrabando, defraudando al Estado diez o doce mil reales, y el contrabandista que los introduce, estoy por el contrabandista. Este quizá no existiría sin aquel, este arriesga su vida o su libertad para ganarse unos reales, el otro sibarita, lleno de dinero, roba por robar, mata la prosperidad del país por capricho, y es traidor a la patria sin necesidad, por vicio y sensualismo.

De entre estos sibaritas, ladrones del Tesoro, traidores a la patria, verdugos de nuestro comercio y nuestra industria por varios conceptos, salen no pocos detractores de la sopa de los conventos, al paso que con sus vicios empujan a nuestros obreros a la sopa del hospicio.

En el momento en que el español regresa a su patria y cruza el Bidasoa, principia a ver ya desde el primer kilómetro tierras incultas y eriales aun en las provincias Vascongadas, a las que no se puede culpar de desidiosas; y mientras uno a vista de nuestros páramos y vastas llanuras incultas recuerda que las landas de Francia están ya utilizadas y se ha hecho productivo un terreno al parecer improductivo, ve rodeadas las estaciones de mendigos, de jornaleros sin trabajo y de

hombres que le alargan la mano, diciendo que no tienen trabajo, pidiendo una limosna para *un pobre que no halla donde trabajar*. ¡Que no se halla en España donde trabajar!, cuando aquí casi todo está por hacer, cuando la mitad de nuestro suelo se halla inculto y espera que venga la mano del hombre a sacarle de la inercia en que yace desde principios del siglo V, es decir, hace catorce siglos y medio.

—Pero nuestro país carece de aguas. Claro está, y carecerá más de cada día, según vamos talando nuestros montes y nuestros bosques seculares⁶⁵. Por otra parte, por medio de los pozos artesianos se hace brotar manantiales en medio de los arenales de África. Con lo que se gasta en Biarritz durante un verano por nuestras aristocracias y por muchos que no son de ninguna aristocracia, pero que tienen más vanidad y sensualismo que los individuos de aquellas, se podían abrir muchos pozos artesianos, y reducir a cultivo millares de hectáreas hoy eriales e incultas.

En ellas se ocuparían millares de brazos, y se evitaría la aglomeración de esas falanges de mendigos válidos que infestan nuestras capitales, demandando un trabajo que allí no encuentran, y siendo un peligro continuo para la propiedad y el orden público.

—Pero esos males vienen de muy atrás, este es el funesto legado que nos queda del tiempo de la sopa.

La contestación a este cargo merece ya capítulo aparte. Pero antes de pasar a examinar la desamortización y sus resultados hasta ahora, quede consignado:

1.º Que desde la supresión de los conventos acá se ha desarrollado el pauperismo horrorosamente.

2.º Que el número de acogidos en nuestros establecimientos de beneficencia es diez veces mayor que lo era hace cuarenta años y, por tanto, que al suprimir la sopa de los conventos el Estado ha tenido que aumentar la suya en los hospicios.

3.º Que el lujo y el sensualismo han aumentado en proporciones horribles, haciéndonos tributarios del extranjero, sacando multitud

65 La revolución de setiembre está concluyendo y los robos escandalosos de varios progresistas y «puntos negros» son de lo más indecente que en España se ha visto. [Nota de la segunda edición.]

de millones de nuestra patria en perjuicio de la agricultura, la industria y el comercio, y aumentando el fraude y el contrabando, y matando el verdadero patriotismo.

4.º Que hoy día se van despoblando los campos, y llenando de mendigos y pobres jornaleros sin trabajo los grandes centros de población.

5.º Que esto no sucedía en los tiempos anteriores y, por tanto, no hay razón para que los culpemos de lo que no hicieron ellos, sino que reconozcamos nuestras culpas económicas y procuremos enmendarlas, guardándonos de *tirar piedras al tejado vecino*.

*Consecuencias de la desamortización. —
Aumento ficticio de riquezas. — Despoblación de los campos
y aglomeración de los pobres en las capitales.*

Al hablar de la desamortización eclesiástica en el siglo pasado y en el presente, se nos demostraba, casi matemáticamente, que con la desamortización iban a correr por nuestra patria las aguas del Pactolo⁶⁶ y raudales de oro en polvo, de modo que no habría más que llegar y cogerlo. La desamortización en España cuenta cien años de antigüedad, la preparó Campomanes. Principió la desamortización por los Jesuitas, y desde su expulsión en 1767. Los bienes de estos fueron desamortizados, aunque, por el bien parecer, los edificios se destinaron al culto, instrucción o beneficencia. Tocó luego a los colegios mayores, los de hospitales y capellanías; luego los de los frailes, las monjas, los patronatos y memorias pías; después a los del Clero secular, y por último a los de propios y municipios, y por fin a los del Real Patrimonio.

Todavía no han llegado las aguas del Pactolo hasta nosotros. Todos claman por *economías* y buscan *econotuyas*; y un día y otro día se rasca y se rasca el presupuesto, a la manera que el judío va limando un poquito las pesetillas y escudos que pasan por su mano, a fin de obtener unas particulitas casi imperceptibles de plata. De esto a los auríferos raudales de la tierra prometida hay mucha distancia.

Aún queda mucho por hacer, dicen los partidos que se dicen progresistas.

Todavía, nosotros en el poder, hallaríamos medio de hacer dinero, porque, sobre no pagar al Clero, en lo cual nos ahorraríamos más de cien millones, venderíamos los edificios religiosos que aún quedan, los cuadros y objetos de valor, los conventos de monjas, y al último todo cuanto oliera a piedad y religión⁶⁷.

.....
66 El río Pactolo, en Lidia, cuyas aguas volvían de oro todo lo que tocaban, según una leyenda de la Antigüedad, posiblemente originada por la explotación de un primitivo yacimiento de oro en su cauce. [N. del E.]

67 Esto se escribía en 1867 y se imprimía en 1868; entonces me llamaron «visionario». [Nota de la segunda edición.]

Dejemos por ahora de responder a esto, que más bien que desamortización se llama demolición. De esto hablaremos luego.

—Esta política casera de esos buenos señores, que hablan de progreso cuando retroceden hasta 1789, es harto añeja y prosaica; harto vulgar y conocida. Es una cosa tan original y nueva, que la ensayan cada día el chispero y la cigarrera en los barrios bajos de Madrid, en sus frecuentes crisis financieras. Esta alta política de progreso no es más que la economía de nuestras difuntas manolas (que en paz descansen) resucitada por el progreso indefinido y elevada al poder y a la gestión de la cosa pública.

Al llegar los días de San Eugenio, Noche-Buena, el entierro de la sardina, San Isidro y las ruidosas y *navajíferas* verbenas, por penuria que haya para comer, no falta para bureo, vino y estimulantes al vino. Se principia por no pagar al casero, el cual hace a las mil maravillas el papel del Clero. Al casero se le maldice, se le culpa de todo, pero no se le paga. Si un chico rueda por la escalera, si el farol del portal está apagado, si hay dentro de la casa sustracciones, adiciones o *anexiones*, el casero tiene la culpa, porque la escalera está desgastada, porque tiene portera, si la tiene, y, si no la tiene, porque no la tiene, el casero es el fantasma, el bú, el coco de la vecindad. ¡*El casero!* es la voz de alarma en ciertas casas como ¡la Inquisición! entre ciertas gentes.

Cuando ya se han agotado los recursos se venden las sillas, la mesa, la cama, después la capa, por último el colchón. Nosotros hemos vendido ya en España cuadros, camisas, vestidos, sillas; ahora la política chisperil anda ya por los extremos y grita: —no hay que apurarse, todavía puedo remediar a España, vamos a empeñar o vender la capa, el colchón y el candil, últimos objetos venales que en la casa quedan. Para dormir no se necesita luz, a buen sueño no hay cama dura, y la capa no hará falta en verano. Esta política se llama —*pan para hoy y hambre para mañana*.

Al desamortizar no se cuenta con las indemnizaciones. Se calculan los ingresos y no el gravamen de estos. Así hemos venido a echar sobre nosotros un pasivo que absorbe el presupuesto y nos abruma.

Yo veo otras muchas desamortizaciones que vienen después, y en las cuales todavía no se ha pensado por esos señores, o, por mejor decir, en las que no quieren pensar. Por ejemplo, se ha hablado

ya por tierras de Andalucía de desamortizar los cortijos y las grandes propiedades; en Aragón, en 1854, se gritaba *mueran los censos* y se quemaban los archivos, para hacer que desaparecieran aquellos. Hubo pueblo donde fusilaron el código penal debajo de la lápida de la Constitución, en otros quemaron hasta los libros parroquiales. Los administradores del conde de Parsent en Aragón y los de los duques de Medinaceli y Osuna en Andalucía podrían poner comentarios a estas noticias. En Arahal debe haber algunas sobre asuntos análogos⁶⁸.

Además de toda esta riqueza desamortizable, sobre la que ya han hecho curiosas indicaciones los socialistas, siguiendo esta política chisperil, y para cuando sea preciso llevar a la prendería el colchón y el candil, hallamos todavía en el terreno de la desamortización, los intereses de la deuda, por el sencillísimo procedimiento de la bancarrota, o la quema del *gran libro*, y la desamortización⁶⁹ de la plata y alhajas de los particulares. De esta desamortización se hizo un ensayo, con buen éxito, en la casa del Sr. Salamanca el año 1854, pues echando al fuego los estuches de las alhajas que tenía aquel banquero y gritando ¡nadie los toque! ¡pena de la vida al que los saque de la hoguera!!, los que habían echado al fuego los estuches, al regresar a su casa, ¡oh milagro, de que no hay ejemplar ni aun en la vida del gran taumaturgo San Antonio de Padua!, se hallaban en los bolsillos las alhajas de los estuches, que estaban ardiendo en la hoguera. Si el Sr. Sartorius conserva alguna reminiscencia de cosas pasadas, podría hacer también análogos indicaciones.

Las compañías de ferro-carriles, las grandes empresas mercantiles y fabriles, tienen todavía mucho que desamortizar, y les llegaría su turno. Todos sus intereses llegarían a ser desamortizados en la gran prendería o almoneda pública.

.....

68 El archivo de Arahal, provincia de Sevilla, fue incendiado en 1857; el de Huesca en 1854: «En Huesca se quemaron, en julio de 1854, los archivos riquísimos allí depositados, y con ellos los documentos relativos a la restauración pirenaica. Encendiéndose una hoguera en la plaza a las nueve de la noche, y a las cinco de la mañana siguiente subía más de dos varas en alto la llama de los legajos de papeles que allí se quemaban. Aquella quema, lo mismo que la de los archivos del Arahal, tenía un carácter socialista. Se quería quemar todos los títulos de propiedad, y sobre todo las escrituras censales.», en *Altar y trono*, 27 (20 de noviembre de 1869), p. 41. [N. del E.]

69 Aquí finaliza la página 128 de la segunda edición. A continuación, desde la página 129 hasta la 144 inclusive están impresas en blanco. [N. del E.]

Por supuesto estas desamortizaciones no entran en los cálculos de los desamortizadores; tampoco los que escribían acerca de la desamortización hace cien años, calculaban que esta había de llegar adonde ha llegado y tiene trazas de llegar; pero, en fin, parodiando un refrán vulgar podemos decir:

El comer y el *desamortizar*
todo es hasta principiar.

Quevedo escribió *El Alguacil alguacilado*, ¿quién sabe si antes de concluir este siglo escribirá algún socialista un opúsculo titulado «*El desamortizador desamortizado*, obra económico-filosófico-político-moral, ilustrada con fotografías sociales y políticas tomadas al vuelo en los teatros, paseos y casinos de provincia y de la corte.» La propiedad es una cosa muy delicada y ocasionada a muchos roces: semejantes a las calcetas, en soltándose un punto por allí se va toda.

Siguiendo en la pendiente de las desamortizaciones, llegarán los desamortizadores a desamortizar las Antillas. Alguno que otro ha dicho ya algo, aunque a media voz, y como con timidez y en tono hipotético, pero los grandes alborotos principian siempre por rumores sordos y casi imperceptibles.

En estas observaciones ha sido preciso invertir el orden cronológico. Hemos principiado este párrafo hablando del porvenir. Así era preciso. Echemos ahora una mirada a lo pasado, y veamos cómo se formó esa gran masa de riqueza, y estudiemos las consecuencias de la desarmortización, puesto que las aguas del Pactolo no han llegado todavía a España, ni llegarán por ese medio, según lo que acabamos de ver.

*Adquisición de la riqueza acumulada por el clero. —
Resultado de la enajenación de esta.*

¿Cómo se formaron esas grandes y decantadas riquezas con que nuestros monjes y frailes daban la tan calumniada y detestada sopa conventual?

Dejemos a un lado los conventos que eran pobres y pobrÍsimos. Todos los bienes raíces de los Padres Escolapios de España se capitalizaron el año 1855 en un millón escaso. Los franciscanos, capuchinos y otros no tenían bienes.

Llevaban fama de ricos los benedictinos, cistercienses, cartujos y jerónimos. Los dominicos tenían algunos, aunque pocos conventos ricos. Al desamortizar los bienes decantados de los Jesuitas, se vio que no eran tan ricos como se decía: la nación no salió de apuros. Vamos a estudiar cómo se formaron esas acumulaciones de riqueza, y los medios que para ello hubo, en la Edad media y posteriormente.

Si vamos a creer a Van Espen, Caballaris o Caballario y otros *ejusdum furfuris, seu farinae*, estos bienes se adquirieron por medios poco evangélicos, por donaciones arrancadas a los moribundos a fuerza de supersticiones, indulgencias e intimidaciones, por la predicción terrorífica de la proximidad del juicio final, por las precarias y otros medios análogos. Se citan los monjes *hæredipetas* o embestidores de herencias, de que habló San Jerónimo, los *gyrovagos* y otras cosas de este tenor, mil veces respondidas y mil veces vueltas a citar.

Hay escritores tan mal intencionados, que hasta de las obras de los Santos sacan motivo para insultar todo lo que aquellos quisieron enaltecer: lo que se dijo con santo celo para el bien de la Iglesia, denunciando abusos en los Prelados, en los monasterios, en el Clero secular y regular y aun en todos los cristianos, ellos lo aprovechan para insultar y escarnecer a los reprendidos, no para que esto sirva de ejemplo y corrección, sino por el villano placer de insultar lo que debe ser objeto de respeto. De donde sacan miel las abejas sacan las avispas su veneno. De las obras de los Santos Padres, doctores de la Iglesia y escritores piadosos, sacan noticias con que atacar a la Igle-

sia: las obras de San Cipriano, San Pedro Damiano y las cartas de San Bernardo a su discípulo Eugenio III y otros escritos de este género, llenos de Santo y evangélico celo, son manoseados por ellos, no para bien, sino para dañar (*non ad œdificationem sed ad destructionem*)⁷⁰.

Conocí años pasados a un corredor de cuadros viejos y malas copias, que ideaba mil medios para dar salida a su difícil mercancía. De un cuadro viejo y destrozado de San Miguel hizo cuatro. Recortó un ángel que tocaba la trompeta, y le llamaba el ángel del Apocalipsis; a otro que tenía una espada de fuego le apellidaba el ángel exterminador; el San Miguel estaba tan mal parado, que lo convirtió en un San Jorge de medio cuerpo. El que mejor librado salió fue el diablo, y tanto, que le aplicó un marco viejo: —«Quién sabe si alguno le tendrá devoción! decía el pobre *orbanejero!*» Él, por de pronto, con codiciosa impiedad, llamaba San Miguel a la *peana* del Arcángel.

—Pero hombre, ¿no ve Vd. que eso es una barbaridad y una burla impía?

—¡Qué quiere Vd., señorito, *eso* lo saqué yo de un cuadro de San Miguel.

A las mientes se me viene esta ocurrencia, sin poderlo remediar, siempre que veo a ciertos orbanejas literarios citar a tuertas y a derechas y con maligna o indigesta crítica, pasajes tomados de libros santos y piadosos para fines muy distintos y aun contrarios de aquellos para los cuales se escribieron, torciendo su sentido, mutilando las frases y haciendo con los libros lo que el pobre orbanejero con sus cuadros viejos. Al ver sus diabólicas y mal traídas citas les oigo decir como a este: *Eso* lo saqué yo de un San Jerónimo; *eso* lo saqué de un San Bernardo⁷¹.

¿Por qué se han de citar contra los monjes, contra los frailes, contra los Jesuitas las censuras que algunos compañeros suyos celosos lanzaban contra algunos pocos tibios y flacos, contra otros que cometían abusos que era necesario remediar? ¿Por qué se ha de juz-

.....
70 Bernardo de Claraval, *Tractatus de interiori domo*, XVII. 28: «Ibi locutus sum non ad aedificationem, sed ad destructionem». [N. del E.]

71 Con mi historia eclesiástica de España me ha sucedido ya algo de esto, rebuscando en ella lo que se dijo con muy distinta intención y para otros más nobles fines. [Nota de la primera edición.]

gar a los muchos por los defectos de alguno que otro? ¿Por qué se citan esas frases de San Jerónimo y no se hace caso de la *Escala* de San Juan Clímaco, en que se describen las virtudes de los monjes orientales? ¿Por qué se juzga a la compañía por el libro de las *Enfermedades* atribuido al Padre Mariana, y no por esa pléyade asombrosa de Santos y sabios, que describió con elegante pluma su compañero y amigo Pedro de Rivadeneira⁷²?

En el colegio apostólico entre doce escogidos por el mismo Jesús, salió un Judas. ¿Habría alguno tan necio, tan osado, tan impío que juzgue al colegio apostólico por la conducta de Judas? Con todo, ese es el criterio de los jansenistas del siglo pasado, y las de sus discípulos en este, los cuales, por no saber nada, ni aun saben ser jansenistas.

¿Quiénes son ellos, llenos de defectos y quizá de vicios, para denunciar de ese modo las ajenas faltas? Ellos, los adúlteros, ¿con qué derecho van a tirar la primera piedra? Ellos, los sibaritas, los glotonos, los comilones, quizá borrachos, aunque se disfracen con el pesado, exótico y ridículo nombre de *gastrónomos*, ¿quiénes son para poner en caricatura los excesos de algún monje que, quizá después de largas privaciones, se permitió un acto de intemperancia? Ellos, los hombres de las siete fortunas, los agiotistas, los tahures, ¿con qué derecho van a censurar las adquisiciones hechas por los monjes, y que ellos han destrozado más bien que explotado? Ellos, que se juegan las rentas de un monasterio a la vuelta de una carta, o para arruinar una inocencia derrochan en un día lo que fue el dote de cien vírgenes consagradas al Señor, ¿con qué razón, con qué derecho censuran los medios con que se adquirieron aquellos bienes?

Yo he podido estudiar una a una las adquisiciones hechas por varios monasterios de los más opulentos de España, los primeros monasterios cistercienses, y no he hallado semejantes abusos. Para escribir el tomo 50 de la España Sagrada, he visto uno a uno los tumbo y cabreos de los célebres monasterios de Fitero, Veruela y Piedra, he visto los orígenes y adquisiciones de los monasterios de Huerta y de Poblet, y de otros varios célebres en la Rioja, Castilla, Navarra,

.....
72 Del mismo Rivadeneira he publicado una carta en que denuncia al general algunos abusos que se iban introduciendo, esto lejos de rebajar enaltece el Instituto por el celo del denunciador. [Nota de la primera edición.]

Galicia y Cataluña, y no he hallado ni aun vestigios de semejantes fraudes y de esos medios de adquisición que se describen. Si algún documento apócrifo se encuentra hacia el siglo XII y en otros monasterios, es para asegurar lo adquirido, no para adquisición nueva, cuando quemados los archivos o perdidos los documentos, se reemplazaban con otros, en que se expresaba candorosamente lo que la tradición decía acerca de ellos.

He tenido la cachaza, que cachaza más que paciencia se necesita, de leer más de doscientas escrituras del monasterio de Fitero⁷³, solo para ver cuándo San Raimundo principió a llamarse Abad de Fitero, en lugar de Abad de Castellón, y cuándo vino desde el monte Yerga a Castellón y Fitero, y protesto ante Dios y ante los hombres que no he hallado ni aun vestigios de semejantes cosas en aquel rico monasterio, dueño del pueblo de Fitero en lo espiritual y en lo temporal por sentencia de la Diputación de Navarra y su Cámara de Compts.

Las donaciones hechas a San Raimundo son casi todas insignificantes y de predios de valor escaso; pero los monjes truecan, venden, traspasan y trabajan con sus propios brazos. Había dos razones poderosas para que los monasterios se hicieran ricos en poco tiempo y sin ninguna villanía; era la una filosófica, la otra económica. La primera la expuso Balmes, la otra es casi matemática.

Balmes presentó la primera con su acostumbrada maestría. Es ley de la filosofía de la Historia, o como decimos en castellano y decían nuestros padres, es una *cosa providencial*, que donde quiera que se encuentren el saber y la ignorancia, el vicio y la virtud, aun cuando estos logren triunfar momentánea y parcialmente, el vicio y la ignorancia tienen por fin que rendir parias al saber y la virtud. En la Edad media el Clero regular era más sabio y más ilustrado que el Clero secular: por ese motivo aquel se sobrepuso a este, y, por la fuerza de las circunstancias, se hizo más rico, influyente y poderoso, logró privilegios y exenciones, y se propagó en beneficio de la Iglesia y del Estado.

Esta ley de la filosofía es en el terreno de la moral la misma a que obedecen las naciones en el terreno de la política, y la cual se con-

.....
73 El cabreo o copiador de escrituras llamado por su color el *libro anaranjado*, se conserva en la Real Academia de la Historia. Los años son de 1140 a 1153. [Nota de la primera edición.]

densa en esta fórmula: cuando quiera que un pueblo rudo y atrasado logra imponerse por la fuerza a otro país más ilustrado, civilizado y culto, el pueblo vencido impone al cabo su civilización y cultura al pueblo vencedor.

Como se ve, esta regla providencial es una misma, con distintas aplicaciones a la moral y a la política.

La razón económica a favor del rápido enriquecimiento de los conventos por la fuerza de las cosas no es menos obvia y exacta.

El trabajo del monje es mas barato que el de cualquier jornalero, pues trabaja solamente por la comida y no lleva salario alguno. Así que no consume el capital, antes bien lo acrecienta mucho y rápidamente. Buscad por ahí braceros que trabajen por la comida solamente, y por una comida parca, y con frecuencia ayunos. Tal era la condición del benedictino, del cisterciense y del cartujo en la Edad Media. Tal el origen de sus monasterios y de la acumulación de sus riquezas.

¿Qué dio el rey D. Alfonso VII a los cistercienses de Fitero? Nada apenas, una ermita en el monte Yerga. De allí bajan a Castellón y principian a colonizar y poblar. Los monjes trabajan con sus propios⁷⁴ brazos. Los vecinos de los pueblos inmediatos de Turungen y otros hallan más cómodo el ser colonos o braceros auxiliares de los monjes, que no de los otros señores comarcanos, y crece la colonia monástica en proporción que decrecen los pueblos inmediatos. ¿Qué prueba esto?

Que el servicio de los monjes era más suave que el de los otros señores. Que los pecheros preferían depender de esos y trabajar con ellos.

Poco después, San Raimundo arma a sus monjes jóvenes y los colonos, y se marcha a defender a Calatrava, que los templarios no se atrevían a sostener, como tampoco ningún magnate de Castilla. Ved si se había hecho pujante la pequeña colonia que diez años antes se albergaba en la pobre ermita de *Yerga*.

¿Qué dio D. Alonso VII a los monjes de Huerta?

Un cazadero suyo que solo le servía para matar ciervos y jabailes; lugar erial y pantanoso lleno de malezas y jarales. Los monjes

74
Aquí comienza la página 145 de la segunda edición y terminan las páginas impresas en blanco. [N. del E.]

encauzaron el Jalón, y obtuvieron pingües cosechas en donde antes apenas se podía habitar. El monasterio en breve fue rico, y los colonos que vinieron para ayudar a los monjes formaron un pueblo al lado del monasterio.

Los monasterios de Veruela y de Piedra tienen también origen análogo. Este segundo era solamente un castillejo sobre un cerro y en medio de un desierto. Hoy estaría todo aquel terreno inculto, erial y pedregoso si los monjes no hubieran hecho allí una posesión magnífica.

San Juan de Ortega funda una colonia en un paraje lleno de hortigas y frecuentado de malhechores. Ni aun sabemos el nombre de aquel piadoso monje. Por las malezas que había en el paraje donde fundó el pueblo, se le llamó de Ortega o de los Ortigas. ¿Cuánto le costó al Estado la fundación de aquel pueblo?

—Nada, ni un maravedí. Y con todo, ¡cuántos millones costaron en el siglo pasado las colonias de la Carolina en Sierra Morena!

Al ver los grandes predios que los monjes allegaron, y sus ricas abadías y sus claustros bellos y suntuosos, las generaciones descreídas les echaron en cara sus riquezas, sus vastas posesiones y las bellezas artísticas de que se habían rodeado. Pero esas riquezas artísticas, por nosotros destruidas o malbaratadas, databan por lo común del siglo XV, pues en el siglo XIII todavía la mayor parte de nuestros monasterios eran pobres. Si cuando fueron ricos gastaron sus riquezas en fomentar las artes, y con sus tesoros comieron el obrero, el escultor, el arquitecto, el cantero y el pintor, ¿debemos acaso quejarnos de ello? ¿Era fomentar la holgazanería el dar de comer a todos esos artistas y artesanos, que sin ellos hubieran perecido de hambre? ¿No era mejor dar cien escudos a un pintor por su trabajo, que dejarlo morir de hambre y que sus hijos vinieran a mendigar a la puerta del monasterio?

Uno de nuestros más célebres artistas, no logrando que le pagasen por un cuadro el precio en que lo tasaba, lo lleva al guardián de un convento de mendicantes. El guardián, hombre de genio, se extasia ante el cuadro, y siente que su comunidad no pueda comprarlo. — Os lo doy por un plato de potaje o de chanfaina, dice el artista, y deja el cuadro en el convento, por un triste plato parecido al precio en que

Esau vendió su primogenitura. Aquel magnífico cuadro se llama todavía entre los artistas españoles *El cuadro de la Chanfaina*⁷⁵.

Inicuo es el criterio de los modernos para con los monjes, si criterio puede llamarse ese cúmulo de acusaciones hijas del odio y de la codicia.

Si los monjes tienen opulentos monasterios se dice con Judas Iscariote: *Ut quid perditio haec*⁷⁶. ¿Por qué habían de tener estos palacios? ¿Por qué habían de tener estas magníficas pinturas? ¿Qué buenas carreteras se podrían hacer con estas piedras⁷⁷! ¡Cuánto mejor hubiera sido socorrer a los pobres con esos dineros!

Si daban a los pobres se les acusa de fomentar la holgazanería. Si los conventos eran pobres y mezquinos se les acusa de gente soez, de poco gusto y de estrechas miras. ¿Cómo se podrá dar gusto a críticos tan descontentadizos e indigestos, por no decir tan inicuos?

Si quisiera añadir pruebas de la verdad económica arriba consignada, necesitaría solamente para ella un tomo en folio. Citaré solamente tres o cuatro de varias épocas y escogidas al azar.

El monasterio de Silos estaba empeñado. Sus monjes eran poco fervorosos. Viene el Santo Domingo llamado de Silos a restaurar su disciplina, y el monasterio es en breve opulento y se cuentan los años por las donaciones. La virtud trae la economía, y con la virtud y la economía, el monasterio empeñado, en breve se hace rico y opulento.

Cuando el inolvidable Fr. Hernando de Talavera fue nombrado Prior de Nuestra Señora del Prado en Valladolid, halló el monasterio empeñado. Despachó a todos los mozos de la casa y se sujetó él con los monjes a todas las obras manuales de la casa, incluso las de carpintería y albañilería. Todas las noches, después de maitines, se iba

75 La chanfaina, o revoltijo, es un guisado hecho de asaduras o de morcilla. *El cuadro de la chanfaina* es *La Trinidad* de Alonso Cano, quien, enfadado por haber regateado el precio el padre guardián de la Cartuja de Granada, a quien iba destinado, regaló el cuadro a un fraile del convento de San Diego. [N. del E.]

76 Mateo 26. 8: «¿Para qué este derroche?» [N. del E.]

77 Estando yo en Salamanca, y hacia el año 1856, se empleaban las piedras del grandioso y artístico monasterio de San Vicente para la carretera de Valladolid, como se emplearon las del de Valparaíso en la de Zamora. Esto es público y sabido. [Nota de la primera edición.]

a la panadería con los monjes más fervorosos, y ellos cernían y amasaban el pan por sí mismos, cuidando el mismo Prior del horno. Por este procedimiento tan sencillo la casa se desempeñó en breve tiempo, y aun principió a estar sobrada y abastecida.

En nuestros días, el célebre cura de Ars logró ejecutar un prodigio semejante, gracias a sus austeras virtudes. El pequeño pueblo de Ars, donde fue cura por espacio de 41 años el Presbítero Mr. Viannay, contaba al tiempo de su muerte, en 6 de agosto de 1859, un vecindario diez veces mayor, que había acudido a vivir alrededor de aquel pobre Sacerdote. Los expedientes previos, para entablar a su tiempo la causa de su beatificación, están terminados, y en agosto del año pasado, 1867, se colocó sobre su pobre sepultura una magnífica estatua de mármol⁷⁸.

Ved ahí la influencia de la virtud en la economía, y de la virtud y de la economía en el aumento de los pueblos y en la mejora de la condición social de los pobres y de las clases desvalidas, o como dicen ahora *desheredadas*. Ved cómo se formaron las riquezas de los monasterios, y cómo de los jarales y pantanos sabe el monje formar oasis y magníficos predios. Veamos ahora las consecuencias que la llamada desamortización de estos codiciados bienes ha tenido para esos mismos pobres, cuyo bienestar dicen que se busca.

La desamortización solo ha servido para hacer pasar los bienes de los monasterios a unas cuantas manos, que con ellos se han enriquecido. Los arriendos se han subido de una manera exorbitante: los colonos apenas pueden soportar el peso de tan gravosos arriendos. De ahí el que en muchas partes se nieguen a continuar con ellos, que huyan de los campos hacia los grandes centros de población, o emigren para ser *esclavos blancos*. De ahí la falta de brazos que se advierte en algunas partes y la consiguiente carestía de productos, pues los precios de estos son exorbitantes y no pueden sostener la competencia con los mercados extranjeros.

Lo mismo sucedió con la abolición del diezmo: los arrendadores subieron a los colonos la renta un diez por ciento alegando que

.....
78 Juan María Vianney, cura de Ars-sur-Formans, cerca de Lyon, patrono de los párrocos. Fue canonizado en 1925. [N. del E.]

el diezmo lo pagaba el dueño, lo cual es falso, pues la renta era fija y el diezmo eventual. El labrador que pagaba diez fanegas de diezmo eventual y veinte de renta fija al dueño, tiene hoy que pagar treinta fanegas de renta fija aunque no coja cosecha, siendo así que antes, si no cogía, tampoco diezmo. Luego el labrador colono nada ganó con la supresión del diezmo y antes bien ha perdido⁷⁹.

La Iglesia, por el contrario, y los monasterios arrendaban a precios módicos y por grandes plazos. Preciso fue prohibir los arriendos largos llamados *locationes ad firmam*, pues los arrendadores a largos plazos se llegaban a considerar como dueños de los predios, y disputaban la propiedad a las Iglesias y monasterios.

Mackeldey⁸⁰ y otros escritores modernos reconocen cuán benéfica fue esta moderación cristiana para la agricultura y la riqueza pública, llegándose a formar así los pequeños propietarios y la clase media.

Compárense estos resultados con los que está dando el excesivo recargo de los arriendos. Los antiguos colonos huyen de los campos, y en los grandes centros de población sobran los brazos. Hay que intentar obras públicas que no hacen falta, o demoliciones feroces y vandálicas de que hablaremos luego. El obrero no quiere ya trabajar en el campo. Nuestras capitales se ven invadidas de falanges de trabajadores que no hallan trabajo, en un país donde apenas se labra la mitad de lo que se había de labrar. No hablo aquí del pobre que exige trabajo donde él quiere, como quiere, cuando quiere y por lo que quiere, y sobre todo cerca de la taberna. Hablo solo del pobre expulsado de los campos que cultivaron sus padres, abrumado de exorbitantes arriendos, y que al marchar para la ciudad dice como el poeta Virgilio a vista de sus campos:

«*Nos patriae exules et dulcia linquimus arva...*
*Inserte nunc Melibee piros, pone ordine vites.*⁸¹»

79 Este párrafo falta en la primera edición. [N. del E.]

80 Ferdinand Mackeldey (1784-1834), profesor alemán de Derecho romano. Su *Manual de Derecho romano* fue traducido al castellano en 1844. [N. del E.]

81 Los dos versos son de Virgilio, *Bucólicas* (Égloga I). El primero dice *Nos patriae fines et dulcia linquimus arva*, «nosotros, de la patria en sus linderos, adiós decimos a sus dulces campos», La Fuente cambia *fines* por *exules*, 'exiliados'. El segun-

No entro aquí en otra serie de observaciones morales sumamente importantes, pero muy delicadas. Casi todas, o por lo menos muchas de las familias enriquecidas a costa de la Iglesia están abrumadas de desgracias. La mano de Dios pesa sobre ellas, y a cada desgracia nueva el pueblo católico exclama: *¡castigo de Dios*⁸²!

do verso, *Inserere nunc, Meliboeae, pios, pone ordine vites*, «injerta tus perales ahora, Melibeo, alinea tus cepas». [N. del E.]

- 82 En una obra publicada recientemente en Inglaterra se hace observar que han desaparecido casi todas las familias que se enriquecieron con los robos de Enrique VIII y su hija Isabel, pasando los bienes y títulos a otras ramas, al paso que se conservan casi todas las familias católicas a pesar de los muchos trabajos que han sufrido, y de ser en mucho menor número. No he visto este libro; pero me habló de él un inglés instruido. [El párrafo y esta nota son añadidos de la segunda edición.]

Los pícaros y los holgazanes no eran los que frecuentaban la sopa de los conventos. —Esta se daba con discernimiento.

No es de extrañar que haya actualmente ideas equivocadas acerca de la limosna dada por los regulares. Había preocupaciones sobre esta materia, aun en la época misma de los conventos. En prueba de ello, referiré más adelante un lance gracioso ocurrido entre varios estudiantes de Alcalá, cuando yo cursaba en aquella Universidad, y poco tiempo antes del degüello de los frailes y la exclaustración que vino en pos de este.

Creen los detractores de la limosna conventual, que esta se daba a todos indistintamente y que no había más que llegar y tomarla. Esto sería suponer que la comida sobrante en aquellas casas era tanta y tan abundante que había, como suele decirse, *para todo el mundo*. Pero esto es un error grosero. Había algún convento que otro rico y aun opulento, pero estos estaban en la proporción de uno a veinte. Había conventos de comunidad numerosa, pero estos eran los menos. Cuando se trató de reducir los conventos por medios indirectos, se mandó suprimir todos los que no tuviesen más de doce individuos, pretextando que sin este número apenas se podían seguir bien las reglas, ni ser útiles a la Iglesia y al Estado. Calculóse entonces que con aquella medida se hacía desaparecer más de la mitad de los conventos de España, quizá las tres quintas partes. Calcúlese si con el sobrante de esos conventos se mantendrían muchos holgazanes.

Los pobres a quienes se repartían las limosnas y aun la sopa, eran casi siempre pobres conocidos y elegidos, y acerca de ellos se tomaban informes si no había en la comunidad quien los conociese. Eran por lo común ciegos, cojos, mancos, tullidos, ancianos imposibilitados de trabajar, epilépticos, jornaleros sin trabajo, jornaleros de poco jornal y cargados de familia, viudas de trabajadores, a veces de criados y jornaleros de la casa, viudas cargadas de hijos, con niños de pecho. Si estos eran holgazanes, también lo son ahora cuando no hay conventos y donde no hay conventos.

Varios escritores del siglo XVI fueron muy notables en el género picaño, o picaresco. No fue el que menos escribió en este concepto nuestro célebre Quevedo, el inolvidable autor de nuestras inolvidables cartas del *Caballero de la Tenaza*, legítimo ascendiente de nuestros modernos frailifobos que no desmienten su preciada alcurnia. *El Gran Tacaño*, *Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache*, *Gil Blas de Santillana*, *Marcos Obregón* y otros varios que citarse pudieran, describen la vida de los mendigos vagabundos, caballeros de industria, buscones, hidalgos de gotera y demás holgazanes de profesión que poblaban por entonces nuestras principales ciudades, y no solamente la corte, sino también Toledo, Sevilla, Salamanca, Alcalá, Valladolid y otros pueblos importantes. Apenas en ninguno de ellos se ve aludida la sopa de los conventos. Aquellos buscones y holgazanes petardeaban por todas partes y raras veces iban a la sopa de los conventos.

Quevedo en la *Vida del Gran Tacaño*⁸³ presenta uno de estos pícaros y holgazanes que viene a la reunión de los petardistas con una sarta de búcaros que ha robado en varios tornos de monjas, donde había pedido agua para beber, robando la jarra en que la daban las religiosas. Otro de los buscones, acosado del hambre, llega un día a la puerta del convento de la Vitoria y pide ración doble para una familia vergonzante: le dan ración doble; métese en un rincón a comerla; los otros pobres lo advierten y le insultan y maltratan, sobre todo por el fraude y por tenerse como afrentado de comerla. Allí mismo dice que los buscones solo acudían a la sopa en caso extremo, y aun eso fingiendo que lo hacían por devoción y procurando no ser vistos.

No era, pues, la sopa el recurso usual de los pícaros, holgazanes y petardistas de aquel tiempo, cuyas malas mañas describían aquellos autores en estilo festivo. Y no se diga que eran estos partidarios de los frailes, que temían a la Inquisición y otras vulgaridades por el estilo. Los frailes son a veces presentados en ellas en caricatura, y la cínica inmoralidad que revelan algunas de esas novelas da a entender bien a las claras que los autores no pensaban pasarlas por el tamiz de la censura eclesiástica.

83 *Historia y vida del Gran Tacaño* es otra denominación del *Buscón* de Quevedo, utilizada en ediciones como la de Bergnes, en Barcelona, de 1833. [N. del E.]

Pero dejando esto a un lado, lo cierto es que la limosna de los conventos tal cual se daba en ellos durante este siglo, y tal cual la alcanzamos a conocer en los últimos años de su existencia, de 1824 a 1834 inclusive, no era dada indiscriminadamente, ni menos a pícaros y holgazanes. Los frailes sabían muy bien a quién la daban, como lo saben ahora en los conventos y seminarios, y demás casas en que aún existe. A los pobres notoriamente inmorales no se les daba ni se les da⁸⁴.

Hablo de ello como testigo de vista. Más de una vez vi repartir esa limosna en el convento de San Diego y en el colegio de la Compañía de Jesús en Alcalá de Henares. ¡Podrán decir otro tanto los destructores, que hablan de oídas, al capricho, o por relación de personas mal intencionadas!

¡San Diego de Alcalá...!

¡Qué recuerdos despierta este nombre y el convento donde yacían los benditos restos del pobre lego andaluz, que lo santificó con sus virtudes y lo honró con sus milagros!

Allí estaba sepultado el Arzobispo Carrillo. Allí vivió Cisneros. De allí salió la procesión que presidía este, vestido de pontifical, para poner la primera piedra de la Universidad y del *nuevo pueblo* que iba a fundar, pues aquel varón eminente no hacía las cosas a medias, y construía más que una Universidad todo un pueblo nuevo para albergar a sus alumnos.

Pero ninguno de ellos logró dar su nombre al convento. Un pobre lego franciscano vivía en aquel siglo XV, antes de los tiempos del Cardenal Cisneros. Aquel lego, a quien profesaban ya en vida singular respeto el Clero secular y regular de Alcalá de Henares, repartía la sopa a los pobres, y más que la sopa cuanto hallaba a mano. El guardián hubo de poner tasa a su caridad; excedió el lego llevando a los pobres el pan de la comunidad, y sorprendido por aquel, hubo de advertir el superior, con no pequeña sorpresa, que los trozos de pan se habían convertido en rosas y flores en el halda del hábito donde los llevaba el bendito lego.

Veo asomar la risa en los labios del escéptico y del impío, veo al crítico indigesto fruncir el ceño. El primero me dice con tono burlón:

84 «A los pobres... ni se les da», añadido en la segunda edición. [N. del E.]

—¿Cree Vd. esa leyenda?

El segundo, con aire magistral y mirándome por encima de sus anteojos, me dice:

—Eso es legendario: ni aun es original. Data esa leyenda del siglo XII, y se dice lo mismo de una doncella musulmana, llamada Casilda, hija de un rey moro de Toledo, a quien su padre había prohibido socorrer a los cristianos que tenía cautivos.

No contestaré al primero. Después de disputar cuatro horas, ni se dará por convencido, ni mucho menos me convencerá a mí. Al segundo le responderé sencillamente.

¡Sea enhorabuena por la lección de crítica histórica! Yo creo que Dios puede hacer eso y mucho más. Quien puede hacer que de un grano de mostaza salga un árbol corpulento, bien podrá hacer que de un mendrugo de pan se haga una rosa; y si pudo hacerlo con Santa Casilda en Toledo en el siglo XI, bien pudo volverlo a hacer en Alcalá de Henares en el siglo XV, puesto que después de criar el mundo *le quedó el brazo sano para criar otros mayores y mejores*, como dice nuestro clásico Granada.

Vosotros lo llamáis leyenda: yo lo llamo verdad, y fuente de bellísima poesía. ¿No lo queréis creer?, peor para vosotros. ¿No le halláis belleza? Yo le hallo la hermosura de la religión, la hermosura de la sencillez, la hermosura de la tradición, la hermosura que supo darle Murillo a este suceso en uno de sus mejores cuadros, la hermosura que le hallaron nuestros padres. Vosotros os extasiáis con los cuentos fantásticos de Hoffman ¡Cosa rara! Si escribe un alemán y cuenta necedades de escenas de artistas de la Ópera, encontráis belleza y sublimidad. Allí hay estética. Si lo escribe un español y tiene sabor religioso, ya perdió para vosotros toda su belleza. ¿Dónde está el criterio imparcial?

Oíd un cuento fantástico español, superior a todos los cuentos fantásticos de Hoffman. Un pobre anciano lisiado llega a la puerta del convento franciscano de Alcalá de Henares. Viene con hambre y desea un pedazo de pan para sí y para su familia. Espera que salga Fr. Diego, el lego andaluz que suele socorrerle con la conventual limosna. ¡Ay, el lego no volverá a salir a la portería! Ha muerto, aquella mañana le han enterrado. Llorando se arrastra el mendigo hasta

la huesa del lego su favorecedor. La tierra está removida: arrodíllase junto a ella el hambriento, y pegando sus labios contra el polvo, grita: —«¡Ah, Fr. Diego, Fr. Diego! ¿Por qué te has muerto? ¿Quién me dará pan? ¿Quién aliviará mi hambre?»

La tierra, apenas apisonada, se remueve suavemente. Sale de ella un brazo humano, vestido con el sayal franciscano, teniendo en la mano una rosca de pan. Fr. Diego desde su tumba ha oído el clamor del pobre, y le da todavía el último y milagroso socorro.

Sobre la tumba de mármol donde se guardaba el cuerpo incorrupto del bendito lego se veía un brazo vestido del sayal franciscano, teniendo en la mano una rosca de pan, cual monumento perenne de aquel milagro y del favor divino en obsequio de la limosna de aquel célebre y monumental convento.

¡Convento histórico, célebre y monumenal! Los detractores de la sopa, ¿qué habéis hecho de él⁸⁵?

.....
85 San Diego nació en Sevilla en 1400 y murió en Alcalá en 1463. Fue canonizado en 1588, a instancias de Felipe II. En 1859 se derribó el convento y la magnífica capilla que albergaba el sepulcro del santo, para construir en su solar el cuartel del Príncipe. Los restos de San Diego fueron trasladados a la catedral de Alcalá [N. del E.]

*Las demoliciones modernas en sustitución de la sopa
y como medio de dar de comer al hambriento.*

La pregunta consignada al fin del párrafo anterior al narrar la poética y caritativa tradición histórica vinculada al sepulcro de San Diego de Alcalá, me lleva como por la mano a otra serie de observaciones comparativas muy notables. Nuestros antepasados, en los tiempos de la sopa conventual, daban de comer al hambriento edificando; nosotros damos de beber al sediento demoliendo, y este sediento suele ser uno que no tiene hambre, sino más bien ganas de beber vino, o quizá rom y ginebra y otros licores extranjeros.

En las ruinas del célebre, grandioso e histórico de convento de San Diego de Alcalá de Henares, simbolizo yo las de más de mil conventos y monasterios en España, menores algunos pero mayores otros.

¿Qué habéis hecho, repito a los detractores de la limosna de los conventos, qué habéis hecho de aquel histórico y célebre convento?

Vosotros los inventores de la peregrina idea del derecho al trabajo, que en vez de pensar en el *deber de trabajar*, habéis creado un foco de revolución permanente con vuestra anti-económica idea *del derecho al trabajo*, ¿qué habéis hecho de aquel convento donde ya en el siglo XV se hermanaban la caridad y las letras?

—Primero hicimos del convento un cuartel, luego lo demolimos y en su área construimos otro nuevecito y de planta, que nos ha costado unos 32 millones, o según otros algo más.

A bien que para maldita de Dios la cosa nos hacían falta esos treinta a cuarenta millones. Teniendo, como tenemos, la tesorería apuntalada, hay que dar salida a todo ese excedente de millones que tenemos, y con los cuales no sabemos qué hacer. El dinero se fabrica redondito a fin de que corra.

Demolemos un convento y edificamos un cuartel: no hay de qué quejarse. El convento significaba piedad, caridad y estudio; el cuartel significa el orden sostenido por la fuerza. Los escolásticos decían

*introductio unius expulsio alterius*⁸⁶, nosotros lo decimos al revés *expulsio unius introductio alterius*. Donde se arranca una cruz se planta una bayoneta.

Además, no vayan Vds. a creer que nosotros seamos unos vándalos. ¡Bonitos somos nosotros para atropellar recuerdos históricos, ni demoler monumentos artísticos o de recuerdos gratos! Todo lo histórico del convento que no hemos destruido, lo hemos conservado. Los cuadros del altar mayor los enviamos al Museo. A Santa María de Jesús la llevamos a la parroquia de Santa María, donde está como pobre en puerta ajena. A San Diego lo llevamos una noche sin luz y sin moscas a la iglesia magistral de San Justo, y tuvimos la atención de dejarle la cajita de plata sobredorada que le regaló Felipe II, porque nos enteramos de que la hoja de plata es delgadita. Aun así y todo poco faltó para que se la regaláramos al piadoso ministro D. Juanito, el célebre campanólogo de 1836. Al Beato Julián lo trasegamos también con San Diego a la misma iglesia de San Justo. Allí trasladamos también el sepulcro del Arzobispo Carrillo; el de su hijo D. Troilo, que era igual al de su padre, no sabemos lo que se ha hecho, quizá se haya perdido. Pero en cambio lo mismo les sucede a otros muchos de personajes muy notables, que había repartidos por la Iglesia, poniéndolos en el *Diario de avisos* quizá den razón de su paradero.

El bastón de Cisneros, después que lo dejamos robar, lo tuvimos que rescatar a precio de oro. El sepulcro de San Diego lo trasladamos a la iglesia de Jesuitas y allí se está⁸⁷.

¿Qué más pueden Vds. pedir?

Hubo además tal conformidad en aquella demolición, que no hubo un alma caritativa que se atreviera a protestar contra aquel

.....

86 En cambio: «Tenemos, pues, que la introducción del Carnaval coincidió con la expulsión (*sic*) de los jesuitas: *introductio unius expulsio alterius*, como decían los peripatéticos.» (V. de La Fuente, *Colección de los artículos sobre la expulsión de los jesuitas de España*, vol. 1, Madrid, 1867, p. 42). [N. del E.]

87 En obsequio de los amantes de nuestras antigüedades históricas y de las personas piadosas, y también para que no se pierda la memoria del sitio donde estuvo enterrado San Diego de Alcalá, y donde tuvo lugar el milagroso, caritativo y poético suceso que se ha narrado, quiero dejar consignado que el sepulcro estaba en el paraje que hoy ocupa el cuarto del oficial de guardia, a la izquierda de la puerta principal de entrada en dicho cuartel. [Nota de la primera edición.]

acto de vandalismo, siquiera por el buen parecer y fuera de la autoridad eclesiástica, cuya voz fue completamente desatendida; nadie chistó.

Con lo que costó la demolición, se pudiera haber comprado terreno en donde construir el cuartel, y se pudiera haber hecho el nuevo sin demoler aquel antiguo edificio. Muy bien podría haberse destinado aquel convento para la colocación del archivo nacional, que hoy está de prestado en el palacio arzobispal. En otros tiempos de ignorancia y de sopa quizá se hubieran gastado 30 millones en un archivo mejor que en un cuartel. Si el cuartel se hubiera hecho de planta en otro paraje de las vastas llanuras que rodean a la célebre Compluto, entonces no hubiera habido demolición ni las gangas consiguientes a las demoliciones: al menos tendríamos dos establecimientos más y una mancha histórica de menos. Cada demolición de convento es la historia de un bolsillo⁸⁸. No me refiero a ninguno determinadamente, pero, si tuviera tiempo para ello, narraría a mis lectores las historias secretas de un centenar de demoliciones de conventos, que yo sé, en las cuales podría referir cosas *edificantes*, de puro *demolientes*⁸⁹. ¡Qué cosas tan buenas de los conventos de Aragón y Navarra, de los de Madrid, Alcalá, Ávila, Zamora y Salamanca!

En ellos, por lo común, los arquitectos, albañiles, maestros de obras, contratistas, sobrestantes y otra gente ordinaria, han puesto dinero de su bolsillo; y al compás de la piqueta han gritado —¡Estos frailes eran unos haraganes! ¡estos frailes fomentaban la holgazanería! ¡La sopa de los conventos era solo un medio de fomentar la holgazanería!

.....
88 En las demoliciones brutales que se acaban de hacer de resultas de la revolución de 1868, se ha visto esto aún más claro, y todo el mundo señala en Madrid con el dedo a los «consecuentes», cuyos bolsillos padecen ahora «hinchazón» con tal motivo. [Nota de la segunda edición.]

89 No quiero dejar de referir una de las más graciosas. Cuando se estaba haciendo la obra de la actual Universidad Central, entré un día en la que fue sacristía del Noviciado, y ahora salón de Claustro, al lado del llamado *Paraninfo*, a tiempo que estaban picando cuatro magníficos frescos que había en la bóveda de cañón, que aún existe, y que se cubrió con papel figurando casetones. Lamentando yo aquella profanación, me dijo el aparejador, que era algo gangoso, estas tres estupendas palabras: —*Juelen a Iglesia*. Quería decir, en cuanto se lo permitían sus narices: *¡Huelen a Iglesia!* [Nota de la primera edición.]

¡Quitemos los nidos y no volverán los pájaros!⁹⁰

—¡Ah, majaderos!... ¿Han dejado de venir ningún año las golondrinas aunque les hayan quitado sus nidos? ¿Acaso las golondrinas cuando vienen a nuestras tierras vienen por los nidos?

Hoy la gente de España se ha engolosinado de tal manera con las demoliciones, que en habiendo hambre o carestía, en vez de pensar en cocinas económicas, obras de utilidad pública verdadera, u otras cosas análogas, idean una demolición civil, ya que no hay conventos que demoler. En Salamanca se demolió la puerta de Zamora para dar de comer a los obreros que no tenían qué hacer en el invierno de 1856, y se proyectó meter la carretera por dentro de la población para demoler varios edificios, y entre ellos la célebre casa de la Salina, idea feroz y estúpida que no se le ocurriría a un arriero maragato. Para dar de comer a los braceros de Toledo en este riguroso invierno, hemos volado con pólvora los restos del artificio de Juanelo. Por análogas razones estamos proyectando en Zaragoza la demolición de la torre Nueva, cuyas grietas dicen que quitan el sol y las vistas a varias casas inmediatas de vecinos ricos. En Tarifa se demuelen las murallas desde las cuales tiró su espada Guzmán el Bueno.

En los parajes de estas y otras demoliciones, el buen gusto moderno exige hacer jardinitos ingleses de yerbas forrajeras, que hacemos crecer a jeringazos, y producen para los médicos abundante cosecha de tercianas. Con esto, y con la plantación de algunos chopos y acacias, tenemos ante nosotros el aspecto de todo nuestro progreso indefinido o no definido: forraje por ahora y zoquetes para más adelante.

.....
90 Aquí termina la página 168 de la segunda edición; a continuación vienen 17 páginas impresas en blanco. [N. del E.]

*Preocupaciones contra la limosna de los conventos aun
en los tiempos mismos llamados de la sopa.*

He dicho que la preocupación contra la sopa conventual no era moderna, que la generación actual, que habla contra ella sin haberla alcanzado, no es tan criminal en esta parte como la que la precedió, y desde la época de la invasión francesa principió ya a zaherirla calumniosa e injustamente, y dijo una mentira cuando podía convencerse de lo contrario con abrir los ojos.

No quiero salir todavía de Alcalá, puesto que acabo de hablar del convento de San Diego. Aunque sea de poca importancia lo que voy a decir, y aun algo grotesco y estudiantil, al lado de otras observaciones más serias y más graves, servirá con todo para lo que se llama dar al cuadro algo de colorido, y recordar escenas y cosas de tiempos que pasaron y de los últimos años de los conventos próximos a ser extinguidos.

Érase que se era el mal que se vaya y el bien que se venga...⁹¹. Érase que se era hacia el año 1834, cuando todavía los estudiantes gastaban manteos y los frailes andaban por el mundo, es decir, cuando aún no había principiado la degollina.

Ocurrió, pues, en una reunión de estudiantes de leyes, que así se llamaba entonces a lo que ahora llamamos facultad de derecho, que después de desollar unas cuantas reputaciones femeninas y algunas de catedráticos y doctores, charlando mucho y estudiando poco, se vino a parar a la cuestión de los frailes, y de una en otra cayeron los interlocutores en la sopa, sin ser moscas. Ninguno había asistido a ella, pero todos hablaron de ella y la execraron, como si la hubieran visto.

—¡Qué desgracia sería tener que comer eso!

—Yo primero reventaría, decía otro, que comerlo.

—¡Oh! Debe ser una cosa nausebunda: no habría hambre que me hiciera arrimar a ese pote, ni a la portería de un convento.

91 Así principiaban los cuentos antiguos y solían añadir: —*el mal para los moros y el bien para nosotros*. [Nota de la primera edición.]

—Pues yo, dijo un estudiante manchego, no tendría reparo en echarme al cuerpo un plato de ese bodrio, si tenía buen hambre y me dejaban elegir convento.

Esta salida fue acogida con general desagrado, y casi con estupor.

—Eso lo dices tú, replicó otro, pero no lo harías.

—¿A que sí?

—¿A que no?

—¿Apuestas algo?

—Apuesto.

—¿Cuánto?

—Tanto.

Se apostó media onza de oro. El manchego hizo que se depositara la media onza tangible y visible. ¡No que no! En las reglas de juego que pasaban por tradición de una generación de estudiantes a otra generación de *crasos*⁹², y que se consignaban en latín macarrónico, había una que decía: *Inter scolasticos quod non ponitur non solvitur*. No servía apuntar una peseta al as deoros, si la peseta buena y corriente no era depositada sobre la carta. El manchego tenía esta regla presente al hacer que saliera la media onza a ser vista.

Pusiéronse condiciones, plazos, testigos, etc. Era una cosa muy formal, demasiado formal, el comer un plato de sopa en la portería de un convento, para que dejaran de tomarse precauciones. El manchego se consideraba poco menos que como el araucano Caupolicán, cuando iba a cargar el roble sobre sus hombros. Se purgó, se previno con dieta, eligió día, y por teatro de su hazaña la portería del Colegio de Jesuitas.

Seguido de los compañeros en disputa, que iban a cierta distancia, avanzó por la calle de Libreros, y, con gran desenfado, entró en la portería. ¡Mal pecado! Lo primero que se echó a la cara fue a otros dos estudiantes de la tuna juntamente con ocho o diez pobres lisiados, o mujeres escuálidas con sus niños de pecho. El un estudiante

92 Nombre que se daba en Alcalá a los estudiantes noveles. [Nota de la primera edición.]

era teólogo y de las montañas de Aragón; el otro, era cursante de todas las facultades: se matriculaba todos los años, pero, o no se examinaba o perdía curso.

Debía tener ya unos 50 años, edad poco a propósito para el estudio; pero él, en rigor, no era estudiante, era cursante de oficio, un verdadero sopista o estudiante de la tuna. Acuérdome de su nombre como se acordarán muchos de los que por entonces cursaban en Alcalá. Había algo de misterioso en la vida de aquel sopista. Poco después de principiar la guerra civil, desapareció de la Universidad, y vagos rumores aseguraron que había sido pasado por las armas.

Acercóse el sopista al manchego (que así los llamaremos) y le manifestó su extrañeza de verle allí.

—¡Qué quiere Vd.!... Una desgracia... No ha venido el arriero de mi pueblo... me veo mal... El interpelado no tenía preparada ninguna mentira para este caso y dijo las primeras que se le ocurrieron.

—No importa, le contestó el sopista, yo no puedo consentir que venga Vd. a la sopa. Aquí tengo yo media onza de oro para sacar de apuros a un discípulo, y diciendo y haciendo, le alargó media *pelucona*, prima hermana de la depositada en apuesta.

—Gracias, mil gracias... yo no tomo dinero... no puedo consentir... no faltaría más...

El pobre manchego no sabía qué responder: el sopista instaba, los compañeros atisbaban desde una casa de enfrente y otros pasaban y repasaban desde la puerta de Mártires hasta el Colegio del Rey, pues querían cerciorarse de que se había comido el execrable plato de la tan formidable y temida sopa.

Al fin manifestó el manchego que a todo trance quería comer la sopa, por lo menos aquel día, ya que había venido.

¡Oh! Se puede comer muy bien, dijo el sopista, guardando su media onza de oro, y mirando de reojo al nuevo comensal, pues a su astucia no se podía ocultar fácilmente que en aquello había algún misterio.

—No crea Vd., añadió, que va a comer mal aquí, o una comida cualquiera. Yo la prefiero a la del figón por mil razones y, entre otras, porque aquella es peor y cuesta dinero.

El manchego respiró: abrióse la puerta interior. Salió el portero con la marmita, rezó las oraciones de costumbre y, llamando a los tres estudiantes, les hizo seña para que entraran en el claustro⁹³. Nuevo apuro: la apuesta era que la sopa se había de comer en la portería, y de modo que pudieran presenciar aquel acto los testigos. Entraron los dos sopistas; negábase el manchego, pero el portero le instaba a entrar. Este caso tampoco estaba previsto.

—Adentro, zeñó estudiante, dijo con acento andaluz el portero, que tenía toda la pinta del beato Rodríguez, y *había zido alguasil mayó en Baesa*. Según él, San Ignacio de Loyola, hijo de nobles padres, había estudiado en Alcalá, y comido la sopa en el hospital de Antezana y en otros puntos por el estilo, y había tenido siempre mucho cariño a los estudiantes. ¿Había de consentir él que un estudiante de Alcalá se quedase a la puerta del colegio de la Compañía?

—¡Adiós mi apuesta! dijo en sus adentros el manchego, aturullado por la erudición del portero ex-alguacil mayor, y siguió los pasos de los otros dos estudiantes. En un cuarto decente y aseado, con buena mesa y mantel limpio, con servilletas, vasos y cubiertos decentes, se les sirvió a los tres una buena, limpia y sazónada comida, que a su vista se vertió del puchero, preparado ex profeso para los estudiantes. El manchego, gracias a su dieta, y gracias a la realidad, lo comió con apetito, y halló la sopa, el cocido y los postres superiores a los que diariamente le servía la patrona por su dinero.

¡Amarga decepción! Venía por bazofia y le habían servido una comida limpia, abundante y sazónada.

—¡Pero esa no era la sopa del convento! Además, los jesuitas no tienen conventos.

Esta solución me recuerda la burla de aquel titiritero, que enseñaba un gato en una jaula, en la cual había un rótulo que decía: *este gato no es gato*. Averiguada la verdad, en efecto, no era gato, sino una gata.

Entre los estudiantes de la apuesta se dijo lo mismo, y la disputa quedó sin decidir. El manchego porfiaba que él había ganado la apuesta, pues había puesto todos los medios de su parte para comer

93 Aquí comienza la página 177 de la segunda edición y terminan las páginas en blanco. [N. del E.]

la sopa, y al fin había comido sopa, y sopa en un convento, luego había comido sopa de convento.

Los contrarios decían que aquella sopa no era la verdadera sopa, sino una sopa apócrifa, que no la había comido en público, y que debía repetir la tentativa en otro convento.

La cosa llevó ruido por la universidad; el manchego se quedó sin la media onza de oro, y los frailífobos no se apearon de su asno, a pesar de la relación de su condiscípulo.

La sopa conventual en sus relaciones con los tesoros de Indias. —Un sopista que valía un mundo.

De Alcalá pasemos a Salamanca, aunque en ello no sigamos orden cronológico ni jerárquico: al fin esto no es un compendio de historia. Quiero tomar de algo lejos el asunto de este capítulo.

Había a fines del siglo XIII en Mallorca un hombre noble y rico que había dejado su casa, bienes y familia para vestir el humilde sayal de San Francisco. Llamábase Raimundo Lulio, y se empeñó en predicar y convertir a los musulmanes. Los alemanes le tienen por un gran filósofo y hombre profundo; los franceses por un hombre extravagante y perdulario. Los españoles, claro está, nos hemos decidido por lo segundo: no habíamos de ir a desairar a nuestros caros y amables vecinos; y enseñamos a nuestra juventud lo que dice M. Bouvier en menosprecio de nuestro compatriota. Fue a Túnez, predicó, lo derrengaron a palos; hizo una correría por Europa a fin de propagar la enseñanza del árabe; logró plantear escuelas y colegios, y, a la edad de ochenta años, aquel ignorante, que tanto había escrito y fundado enseñanzas, aquel holgazán, que aun entonces no quería poner término a sus importantes empresas, volvió al África a predicar; los moritos le suministraron ración doble de palos y pedradas, de modo que lo dejaron por muerto. A duras penas lo recogió en su buque un comerciante genovés, y aquel hombre extraordinario expiró en el buque adonde había sido trasladado.

El genovés que lo recogió y condujo el cadáver a Mallorca se llamaba Colón.

Dos siglos habían pasado cuando otro marino, que también se llamaba Colón y también era genovés, llegaba con un niño extenuado de hambre y de fatiga a la puerta del pobre convento franciscano de La Rábida, a pedir un pedazo de pan. Algo más que pan y sopa le dio al abatido marino el guardián del convento, Fr. Juan Pérez Marchena. Gracias a su protección halló recomendación en la corte de España el marino desvalido, desechado en su patria y en algunas cortes de Europa.

La sopa del convento de La Rábida valió en España más oro y plata que cabía en el convento. Si Cristóbal Colón era descendiente del piadoso genovés que recogió al moribundo Lulio, Fr. J. Pérez de Marchena pagó la deuda de la orden para con la familia genovesa; pero el pago de aquel sopista genovés en verdad que también fue muy espléndido.

Cuando Colón pasó a Salamanca, halló igualmente acogida en el convento Dominicano de San Esteban de Salamanca, célebre no solo por sus grandes hombres, sino también por los muchos pobres que a sus puertas mantenía. De la sopa de San Francisco pasaba Colón a la sopa de Santo Domingo: no se sabe de ningún título, ni militar, ni comerciante, ni filósofo que le ofreciera habitación y mesa; pero constan los conventos donde comió la sopa.

Se ha tratado y aun quizá se trata de rebajar el mérito que los frailes españoles tuvieron en el auxilio prestado a Colón para el descubrimiento del Nuevo Mundo. Se habla de los desfavores que le hizo Fr. Hernando de Talavera, confesor de doña Isabel la Católica; se habla también de ultrajes que le hicieron sufrir los frailes de San Esteban de Salamanca.

Con respecto a D. Fray Hernando de Talavera, consta de las cuentas de los Reyes Católicos que la reina Doña Isabel comisionó a este para atender al equipo de la flotilla con que fue Colón al descubrimiento del Nuevo Mundo. Si fray Hernando era desfavorecedor y adversario de Colón, no se comprende cómo la Reina se valió de un enemigo de Colón para favorecer a Colón. Sería esto un logogrifo y un contrasentido. Era entonces fray Hernando Obispo de Ávila, y la partida de finiquito dado a los tesoreros Luis Sant Ángel y Francisco Pinelo de sus cuentas de 1491 a 93 contiene, al número 134, la partida siguiente publicada por Clemencín en sus documentos relativos al reinado de Doña Isabel: «*Vos fueron recibidos e pasados en cuentas un cuento e ciento cuarenta mil maravedís, que disteis por nuestro mandado al Obispo de Ávila, que agora es Arzobispo de Granada, para el despacho del almirante Don Cristóbal Colón.*»

Aunque al liquidar las cuentas se daba a Colón el título de Almirante, los dineros dados a Fr. Hernando, siendo Obispo de Ávila, eran para su primera expedición, pues esto se hizo cuando era Obispo de

Ávila; pues al regresar Colón de su viaje ya era Arzobispo de Granada. En la *Historia del Almirante*, escrita por su hijo D. Fernando Colón, cap. XI, dice así hablando de Colón: «Vino a Castilla dejando a su hijo en Palos en un convento llamado La Rábida (es decir que dejó su hijo a la sopa de un convento); pasó a Córdoba, donde estaba la corte, y con su afabilidad y dulzura trabó amistad con las personas que gustaban de su proposición, entre los cuales Luis de Sant Ángel, caballero aragonés, escribano de la Razón de la Casa Real, sujeto de gran prudencia y capacidad, entró muy bien en ella.»

Este Sant Ángel, favorecedor de Colón, es el mismo a quien se abona la partida arriba citada y entregada a Fr. Hernando. Continúa diciendo de Sant Ángel: «Habló al rey sobre que el almirante mostraría por razón la posibilidad de su empresa. El Rey lo cometió al Prior del Prado, que *después fue Arzobispo de Granada*, para que con los más hábiles cosmógrafos confriese con Colón... Obedeció el Prior del Prado; pero como los que había juntado eran ignorantes, no pudieron comprender nada de los discursos del almirante, *que tampoco quería explicarse mucho, temiendo no le pasase lo que en Portugal*. Los cosmógrafos dijeron al Rey que el intento de Colón era imposible.»

Aquí se habla de los cosmógrafos, no del Prior del Prado, que no era cosmógrafo, aunque es verdad que había enseñado filosofía en Salamanca.

El Cura de los Palacios, amigo y hospedador de Colón, difiere de la relación de D. Fernando, y se la tiene por más verídica, y dice de los cosmógrafos llamados por los Reyes: «e la opinión de los más de ellos, oída la plática de Cristóbal Colón, fue que decía verdad, de manera que el Rey y la Reina se afirmaron a él, e le mandaron dar tres navíos.»

Este es el hecho y esta es la verdad. Si los cosmógrafos y el Prior del Prado hubiesen insistido en tener a Colón por loco, no nos parece probable le hubiesen dado los navíos y los recursos que tanta falta les hacían para otras atenciones. Se los dieron: luego es de suponer que si en un principio hubo dudas (y ¿podía no haberlas?), estas desaparecieron luego. Por otra parte, si Colón *no quería explicarse mucho*, no es extraño que le entendiesen poco.

Los enemigos de nuestra patria han acogido la patraña de que la universidad de Salamanca le tuvo por loco. Por autor de esta pa-

traña se tiene al americano Washington Irving⁹⁴. La universidad de Salamanca ha vuelto por su honra⁹⁵, ha depurado los hechos y ha logrado reaccionar la opinión pública contra una calumnia hija de la ligereza de escribir y copiada también ligeramente por historiadores modernos. Poco me importa de lo que digan estos, llámense Prescott o Cantú, llámense Lamartine⁹⁶, y aunque tengan apellidos españoles. Hasta las citas falsas han atrapado los salamanquinos citados al escritor norte-americano, y una de ellas es donde habla del dictamen desfavorable que transmitió Talavera a los Reyes católicos, pues en el capítulo por él citado resulta que no se dice semejante cosa.

Lo cierto, lo indudable es que Colón fue albergado en el celebérrimo convento de San Esteban de Salamanca, uno de los primeros monumentos históricos y artísticos de España, y que, aun cuando no tuviera otros mil méritos, bastaría este para ponerle entre los primeros no solo de España, sino de todo el mundo. Mientras el hijo de Colón comía la sopa de San Francisco en el convento de la Rábida, su padre comía la sopa de Santo Domingo en San Esteban de Salamanca. Si tuvo por primer protector al pobre franciscano Fr. Juan Pérez de Marchena, tuvo por último y decidido protector a todo trance, a Fr. Diego Deza, catedrático de teología de Salamanca y maestro del malogrado príncipe D. Juan; y tan decidida fue la protección de este, que Fr. Bartolomé de las Casas, el célebre Obispo de Chiapa, escritor contemporáneo de aquellos sucesos, afirma haber visto una carta original de Colón a los Reyes católicos, en que dice «*que deben las Indias al maestro Fr. Diego Deza y al convento de San Esteban de Salamanca.*»

¡En verdad que fue una sopa bien pagada!

No quiero concluir sin prevenir al público contra otra calumnia más reciente. Hace pocos años se dijo, con cierto aire de importancia y misterio, que se había hallado en el archivo de Simancas una carta

.....
94 La Fuente escribe Hirvyng; como en otras ocasiones, el autor cita de memoria. Washington Irving fue autor de una biografía de Colón que se publicó en Madrid en 1833-1834, en traducción de J. García de Villalta: *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, en 4 volúmenes. [N. del E.]

95 *La universidad de Salamanca en el tribunal de la Historia*, por D. Domingo Doncel y Ordaz, Salamanca, 1858. [Nota de la primera edición.]

96 *Historia general de las Indias*, libro 1º, cap. 29. [Nota de la primera edición.]

del almirante Enríquez al Rey católico en que este le hablaba no solamente contra la universidad de Salamanca sino contra el convento de San Esteban; diciendo que los frailes le habían tenido por loco, y que le habían llevado a su granja de Valcuevo para divertirse a costa de él, haciéndole objeto de malignas burlas⁹⁷. Con motivo del informe elevado por la Real Academia de la Historia acerca de la cesión del monumento erigido en Valcuevo, se pidieron noticias acerca de esto a Simancas, de donde se respondió por el jefe del archivo que ni existía semejante carta ni había noticia de semejante cosa. Conste así, y sépase por todos, por si acaso alguno de esos *andrajeros de la Historia*, que rebuscan en los basureros calumnias y miserias con que manchar todo lo más noble, benéfico y sublime, quisiera más adelante darse aires de erudición misteriosa y recóndita con esta otra mentira moderna.

.....
 97 Hay que desconfiar también un poco de las relaciones del Almirante, a quien la Reina Católica tuvo que dar en cierta ocasión una lección de cortesía para que no se propasara otra vez con el rey D. Fernando el Católico, su marido. [Nota de la segunda edición.]

CAPÍTULO XII

La sopa conventual en grandes apuros y momentos críticos.

Lo que se acaba de aducir acerca de la limosna del convento de San Esteban de Salamanca, me recuerda otro hecho, si no tan ruidoso aún más caritativo de los frailes de aquel convento. Era este uno de los más ricos de España, pero también de los que gastaban sus rentas con más caridad y esplendidez. Su fábrica es grandiosa, y estas fábricas traen consigo siempre grandes gastos y reparos. Tenía una comunidad muy numerosa, y de la que salían muchos misioneros para diferentes puntos de Indias. Además de la comida sobrante daba grandes limosnas a pobres vergonzantes, labradores y artesanos, y diariamente repartía una gran proporción de pan, además de alimentar a varios estudiantes pobres.

Pero hay un hecho en su historia que dice por sí solo más que cuanto yo pudiera alegar aquí, y que quiero insertar tal cual le copié de un documento que había entre los papeles de la comisión de monumentos históricos de aquella provincia, cuando era yo secretario de ella. Dice así:

«PARA MEMORIA EN LOS SIGLOS FUTUROS
SE HACE AQUÍ DE ALGUNOS SUCECOS DE LOS PASADOS.

»El año de 1626 fueron tantas las lluvias y aires que, aquellas por sí, y estos por las muchas nieves que derribaron de los montes y sierras, dieron tan grandes fuerzas al río Tormes que se animó a entrar-se por la puerta de San Polo⁹⁸, y llegar tan cerca de la puerta de los Carros de este convento, que con una pica se tocaba el agua desde el umbral de la dicha puerta. Fue así que por la causa dicha comenzó el río, a 26 de enero a las cinco de la tarde, a crecer de tal modo, que a las ocho de la noche por la otra parte de la puente se llegaron a juntar él y el arroyo que llaman Zurguen, y cogiendo en medio las casas, parroquia de la Trinidad y convento de San Lázaro de Agustinos descalzos, solas las dos iglesias dejó en pie, llenando del convento la ha-

.....
98 Se deja con su peculiar ortografía. [Nota de la primera edición.]

bitación toda de los religiosos, que se fueron luego que llegó el río a su casa al pozo de la nieve, donde estuvieron toda la noche, y en una guerta, y de todas las demás casas, no dejando cosa en pie. Llenando entonces la media puente nueva, por estotra parte del río, se llevó muchas casas, derribó y dejó inhabitables del lado de los conventos de Trinitarios descalzos, Agustinas descalzas. Y hizo mucho daño a los premostratenses en la habitación de su convento, y a los canónigos de la Vega, en el suyo, asólo totalmente el colegio de las niñas huérfanas que estaba junto al convento de San Andrés, a quien hizo también daño en la iglesia y cuartos bajos. Entróse en la parroquia de Santiago, San Lorenzo y la Veracruz, y en el hospital de Santa María la Blanca, a quienes también hizo destrozo en altares, etcétera. Fue el ímpetu desta creciente a las diez de la noche, por cuya causa cogió de improviso todos los vecinos a su corriente, y así, a unos por cuidar de sus haciendas y salvarlas, a otros porque no les daba lugar la mucha agua que los cercaba, quitaron la vida las casas, que por no tener muy fuertes los cimientos se caían, y cogiendo a los que las habitaban les daban sepultura en tierra y agua. Acudió la justicia y caballeros deste lugar a la hora dicha a favorecer los atribulados y sacar en caballos los que podían; y para ver algo, que la oscuridad era mucha, hicieron grandes hogueras en el Rastro, puerta del Río y los demás puntos donde había casas. A la misma hora este convento acudió, y por la cerca del monte echaban leña para que los Religiosos de San Andrés se calentasen, y también los socorrieron con comida. El día siguiente, luego que amaneció, el P. Maestro fray Bernardino de Ayala, que Dios aia, Prior que entonces era de este convento, imbió más de cincuenta religiosos de los más alentados a ayudar a desenterrar los que habían perecido, y sacar de la tierra las alhajas destes, y los que escaparon las vidas, en cuió ministerio se ocuparon todo el día entero. Por haberse llevado el río las aceñas faltó el pan de tal suerte, que personas muy ricas passaban calamidad en la materia, y los pobres mucho en todas. Visto esto, el Padre Prior, *con sumo gusto de todos los Religiosos*, a quien primero lo propuso en capítulo, y vinieron en ello con gran voluntad, hizo que a cada Religioso se le diesen para su comida *la mitad que antes*, de modo que a nadie se daba más de medio panecillo y una ración, y de los demás se daba todo a los pobres y demás; a más ponía el convento para dar de comer a todos los pobres. De suerte que

se puso mesa franca en la portería para todas las personas que quisiesen venir, y a cada uno se les daba pan suficientísimo y una escudilla de garbanzos y una ración. Porque venía mucha gente honrada y de muy buen hábito se puso una mesa dentro de la portería y allí se les daba de comer. Y para que esto se hiciese con más abundancia y a nadie faltase de cuantos venían, despachó el convento un religioso a todos los lugares donde tiene renta de trigo para sacase a los renteros harina, la cual enviaba, y porque de pan moreno dan más libras las panaderas para que se diese más a los pobres se acomodó el convento a comer pan baço. Duró esta liberalidad seis días; y estaban ya tan habituados y con tanto gusto lo hacía la comunidad, que aunque durara más lo llevara muy bien. Cuando se daba la comida a los pobres, asistían de ordinario los padres lectores y las más veces el Padre prior y catedráticos, y los religiosos ministraban a las mesas, cosa de que se edificó mucho la ciudad toda, y el Obispo de ella vino en persona a verlo, gozoso de la generosidad caritativa deste convento.

»No cesando el rigor del tiempo creció el río en febrero adelante a los 12 del mes más que la vez pasada; pero como no había casas ni puente en qué detenerse, no se extendió tanto ni hizo daño por no haber dejado en qué, más que dos ojos de la puente nueva, que, por no dejarlos, los derribó esta segunda creciente.

»El año de 1624, por el mes de mayo, se comenzaron las obras del capítulo y sacristía, y al poner las primeras piedras se halló presente el scriptor de esta relación y el que ordenó se escribiese. Y dos años después, por el mes de setiembre, se hizo el oratorio de casa de novicios.»

Cuando el incendio de la plaza Mayor de Madrid, a fines del siglo pasado, los roperos de la plaza Mayor hallaron franca acogida en la casa contigua de San Felipe Neri: allí depositaron casi todo lo que pudieron salvar, y por espacio de muchos días ellos y sus familias fueron alimentados y algunos albergados en el edificio mismo. Así me lo refirió un testigo ocular; pero ¿a qué citar hechos de este género, si de ellos pudiera citar más de uno la crónica de cualquier convento?

*Las Hermanitas de los pobres. —Mendicidad de estas para evitar la mendicidad del pobre. —Su propaganda por Francia. —Fundación en París. —Venida a España. — La sopa económica*⁹⁹.

—¿Qué son *las Hermanitas de los pobres*?

—Son los instrumentos de la caridad cristiana para la organización de la sopa doméstica al estilo moderno.

En el capítulo primero de este libro se probó que nadie tiene derecho a destruir lo que le sobra cuando sus hermanos hambrientos carecen hasta de lo más preciso. Que en este concepto, el que da a la puerta de su casa lo que sobra en su mesa o en su cocina cumple con un deber de derecho natural, o por lo menos derivado de la equidad natural, y hace en pequeño a la puerta de su casa lo que el fraile a la puerta de su convento; no siendo, por tanto, justo el quitar a los frailes el hacer a la puerta de su convento lo que hace cualquiera a la puerta de su casa.

Pero la sopa doméstica repartida de este modo por los particulares tenía inconvenientes. A veces uno recoge el sobrante de tres o cuatro casas, y otro no encuentra un bocado de pan. No siempre sobra comida, y el pobre no tiene seguridad de encontrarla. Tiene por lo común que comerla fría. Hay pobres verdaderos que se hallan imposibilitados de ir a buscarla. Pues bien, las Hermanitas de los pobres se encargan de remediar todos estos inconvenientes. Recogen por las casas, por las fondas y establecimientos públicos la comida sobrante, la separan con esmero y con grande aliño, la calientan, la reparten a los ancianos acogidos, a la hora conveniente y en la cantidad suficiente, y luego que han comido los pobres, comen ellas de lo que ha sobrado... y si ha sobrado. Es hasta donde puede llegar la abnegación.

.....
99 Epígrafe de la segunda edición. En la primera dice: «Las hermanitas de los pobres. —Organización de la sopa al estilo moderno.» [N. del E.]

Oíd ahora el origen de esta institución tal cual se narra en el cuadernito recientemente impreso en Madrid¹⁰⁰. Leedlo a vuestras familias; no les proporcionaréis un folletín más ameno, útil y edificante.

«La obra¹⁰¹ de las Hermanitas de los pobres comenzó en San Servando. Es esta una reducida población de Bretaña situada en la orilla del océano y separada de San Malo por un brazo de agua que se seca dos veces al día. Los habitantes de las costas ejercen su industria en el mar, a cuyos furores se atribuye el gran número de ancianas viudas y desvalidas que se encuentran en la Bretaña, y que, sin otro recurso que la mendicidad, participan de todos los vicios que la acompañan.

»Muchas de ellas recuerdan los pobres de que hablaba ya a San Francisco de Sales la buena Ana Jaquelina Costa: «Reciben limosna sin saber que se la da Dios, viven en una deplorable vagancia y frecuentan las puertas de las iglesias sin entrar jamás en ellas y sin conocer los misterios que dentro se celebran; se entregan a todos los vicios, y viven y mueren en una inaudita ignorancia de las cosas relativas a la salvación.» El cuidado de estas pobres almas, que decidía a la buena tornera del primer monasterio de la Visitación de Annecy a dirigir dichas palabras al bienaventurado Obispo de Ginebra, y a indicarle las medidas que debía tomar para el bien de esta numerosa porción de su rebaño; el cuidado de estas pobres almas abandonadas, ciegas, alejadas de Dios y en un estado de miseria religiosa cien veces más lamentable que la miseria física, que alivian a lo menos las limosnas; este cuidado aquejaba, hace unos doce años, a un Vicario de la parroquia de San Servando.

100 *Historia de las hermanitas de los pobres*, Madrid: imprenta de Tejado, 1867. [Nota de la primera edición.]. Hemos consultado la primera edición de esta obra, impresa en Barcelona, 1863, traducción de un texto de Léon Aubineau, que incluye un breve apéndice redactado por autor español acerca de la fundación de la casa barcelonesa. La Fuente copia el texto de esa publicación casi en su totalidad. No hay datos para proponer que la traducción española, anónima, correspondiera a La Fuente. En francés, Léon Aubineau había publicado en París, 1852, la *Histoire des Petites Soeurs des Pauvres*. [N. del E.]

101 Comienza aquí el pasaje transcrito de la *Historia de las hermanitas de los pobres*. Corresponde fielmente a las páginas 4 a 29 de la edición de Barcelona, 1863. [N. del E.]

»No nos es permitido penetrar en el interior de la vida de este eclesiástico; pero nos bastará decir que era ya una vida dedicada a Dios y a los santos ejercicios de la caridad, una vida de abnegación, cuyo celo no se enfriaba por obstáculo alguno. El abandono de las almas que movían su compasión era completo, pues San Servando no poseía hospicios tales como existen en otras poblaciones, gobernados por nuestras administraciones civiles, donde los ancianos reciben un asilo y donde se debe creer que reciben también los auxilios espirituales de que necesitan.

»El pobre Vicario no disponía de ninguno de los medios indispensables para levantar semejante establecimiento; mas podía comunicar a ciertas almas la compasión de que estaba poseído.

»La Providencia se encargó de designarle aquellas a las cuales debía dirigirse. Una joven de la parroquia, que no solía hablarle, se halló un día al pie de su confesonario, sin que haya jamás podido explicar por qué y cómo había llegado allí. El eclesiástico reconoció inmediatamente un alma propia para la empresa que meditaba. Por su parte, oyendo los consejos del sacerdote, al cual había sido conducida como sin querer, la joven sintió aquel estado de paz y de consuelo que Dios da a las almas sometidas a la dirección que les impone. Abrigaba desde mucho tiempo el deseo de ser religiosa; siendo una pobre jornalera, no contaba con otros medios de existencia que el trabajo de sus manos. El eclesiástico la confirmó en sus intenciones, vislumbrando ya el día en que podría realizar su deseo de aliviar a los pobres viejos.

»No tardó en notar, entre las almas que dirigía, otra joven, huérfana y de la misma condición que la primera. Las incitó a que se uniesen, y sin comunicarles todavía su proyecto, les aseguró que Dios las quería entrambas enteramente para sí y que debían servirle en la vocación religiosa. Las alentó a que se preparasen para semejante honor, y que tratasen de vencer en sí mismas todas las inclinaciones de la naturaleza. Las dos niñas (bien se las puede dar este nombre, pues la mayor no tenía diez y ocho años y la segunda apenas llegaba a los diez y seis) pusieron generosamente manos a la obra. El Vicario les había dicho que servirían a Dios en la misma comunidad, y ellas sin inquirir más, lo creían. Había también dicho a la más joven que mi-

rase a la mayor como superior y madre. Trabajaban cada una por su lado durante toda la semana, y se reunían el domingo.

»Antes que el eclesiástico les hubiese encargado que se hiciesen amigas, ni siquiera se conocían; pero desde aquel momento se hallaron ligadas por un vínculo poderoso y amable, tal como la Providencia los crea entre las almas que le pertenecen, y de cuya dulzura y fuerza no bastan a dar idea las frívolas amistades de los mundanos.

»Cada domingo después de la misa parroquial, evitando las distracciones y la compañía de otras personas, iban las dos niñas a la orilla del mar. Habían escogido el hueco de una roca, donde se abrigan y pasaban las primeras horas de la tarde en conversar de Dios, y de las infracciones que podían haber cometido contra un pequeño reglamento de vida que les había dado el Vicario, acostumbrándose de esta suerte y con toda sencillez al ejercicio de la vida religiosa, que se llama conferencia espiritual.

»Ocupábanse en su regla y trataban de penetrar su espíritu; mas había una frase que les estorbaba: «Nos complaceremos especialmente, decía el reglamento; en portarnos bondadosamente con los pobres ancianos achacosos y débiles, a los cuales no negaremos nuestros cuidados; se entiende cuando se presente ocasión oportuna, pues de ninguna manera debemos meternos en lo que no nos atañe. Pesaban todas estas palabras sin que nada les diese a comprender el proyecto del que podían ya llamar su Padre. Portábase este con ellas como San Francisco de Sales con Santa Chantal, hablándoles de su vocación, prohibiéndoles ciertas comunidades, cambiando luego de parecer, incitándolas a dar pasos donde sabía que hallarían negativas, y ejercitando por fin su paciencia y doblegando su espíritu por todos los medios posibles casi durante dos años.

»Hacia los últimos meses de este tiempo de prueba, se había franqueado un poco más con ellas y las había recomendado que cuidasen de una vecina suya, vieja y ciega. Las jóvenes obedecieron y emplearon todos los ratos de que podían disponer a favor de esta pobre enferma; la aliviaban según sus escasos medios, disponiendo en favor de ella de sus economías, arreglando su casa, acompañándola el domingo a la misa, dispensándole en fin todos los oficios que podía inspirar la caridad. Entre tanto la Providencia dispuso las cosas de

suerte que se pudiese proceder a un comienzo de la obra de que no se tenía hasta entonces más que un tan débil bosquejo, poniendo en el camino de las dos jóvenes una mujer que había servido de criada, cuyo nombre conoce hoy toda la Francia.

»Juana Jugan, que adoptó ardientemente los proyectos que le comunicaron, tenía cuarenta y ocho años; poseía como unos seiscientos francos, y por medio del trabajo se proporcionaba lo que le faltaba para atender a sus necesidades, que aligeraba viviendo con otra piadosa doncella mucho más entrada en años. En los designios de la Providencia parece que Fanchon¹⁰² Aubert estaba destinada a representar el papel de primera bienhechora de la Congregación, pero como todo era humilde en estos comienzos, la bienhechora no era rica. Contaba cerca de sesenta años, tenía algunos fondos, un pequeño mueblaje adecuado a la más modesta condición, y abundante avío; lo dio todo, y se puede decir que se dio a sí misma. Se sujetó a los trabajos y a las privaciones de las Hermanas, vivió con ellas, no las abandonó jamás y murió en sus brazos.

»Se le había propuesto que se ligase con votos a sus compañeras, pero se creyó demasiado vieja, y quiso continuar siendo con ellas lo que había sido desde los primeros días. En la buhardilla que ocupaba con Juana había recibido gustosa a María Teresa, que era huérfana, y que por razón de sus circunstancias debía buscar un asilo. María Agustina iba a pasar al lado de su amiga todo el tiempo que le era posible.

»No se habían manifestado a Fanchon los proyectos que se meditaban, ni tampoco se quería publicar que iba a fundarse un nuevo Instituto, lo que casi ignoraban también las mismas tres Hermanas.

»Su padre les había encargado que se abandonasen completamente a la Providencia, que todo lo pusiesen en su manos y que se esforzasen únicamente en amar a Dios, en servirle con toda su alma y en consagrarse a la salvación y al alivio del prójimo, y en especial de los ancianos. Las Hermanas cumplían alegremente lo que se les mandaba, después de haber suplicado a Dios que bendijese su empresa y

.....
102 Diminutivo familiar del nombre François, que corresponde a nuestra Frasquita o Paca. [Nota de la primera edición.]

mirase con misericordia su ensayo de vida común. Además, María Teresa no se había establecido en el chiribitil sin compañía, pues había llevado consigo a Nuestro Señor, presente y vivo en la persona de sus pobres. Fanchon, prudente y reservada hasta un grado maravilloso, y que sin querer penetrar los designios de sus compañeras, se hacía partícipe de su generosidad, Fanchon, que era una viejecita limpia y arreglada y hasta entonces muy apegada a sus hábitos, consintió en hospedar a la pobre ciega de ochenta años, que algunos meses había estado cuidando.

»El día de Santa Teresa de 1840 María Agustina y María Teresa condujeron en sus brazos a esta querida enferma, con la cual entró en su nueva habitación la bendición de Dios. Dado el primer paso y quedando todavía un rincón en la vivienda, introdujeron muy pronto a una nueva anciana. Quedó entonces completada la familia, sin que por esto se hubiesen modificado las costumbres de los que la componían y que seguía presidiendo Fanchon.

»Juana hilaba; María Agustina y María Teresa cosían y planchaban, interrumpiendo sus trabajos para cuidar de las dos ancianas y cumplir con ellas todos los deberes de piadosas hijas para con su madres, aliviando sus padecimientos, ilustrando su fe, animando, sosteniendo e inflamando su piedad.

»El vicario, que ya podemos llamar Fundador y Padre, auxiliaba en cuanto podía a la pequeña comunidad, y con el auxilio de Dios no les faltaba lo necesario. Mas esto no bastaba y era necesario ensancharse. Se había unido a las tres primeras una nueva servidora de los pobres, María José, que enferma y casi a punto de morir quiso, a la manera de los antiguos tiempos, morir consagrada a Dios y entre los criados de los pobres. Se hizo trasladar a la buhardilla y curó. Entregó a Dios aquella vida que le había ofrecido y le había sido devuelta, y se consagró al servicio de los enfermos y de los ancianos.

»No podía, sin embargo, reducirse al alivio de dos viejos todo el fruto que para la gloria de Dios debía sacar la Iglesia de la abnegación de aquellas generosas doncellas.

»Permanecieron en la buhardilla diez meses, que vino a ser su tiempo de prueba y, por decirlo así, su noviciado. Tal vez se había aguardado que esta abnegación excitase luego un generoso concurso

y atrajese socorros bastantes para extender la Obra y abrir un asilo a mayor número de ancianos, o acaso no se había pensado en llevar más adelante los comienzos que acabamos de reseñar. Lo cierto es que si se había esperado un auxilio humano, se resolvió prescindir de él, y que si los primeros deseos se habían limitado al bello y consolador espectáculo de lo que su vivienda ofrecía, se aspiró luego a más.

»Quien se da a Dios, es necesario que se dé por entero. El sacrificio tiene atractivos a que no pueden sustraerse las almas que ya los han gustado; sino que procuran llegar hasta el término, haciendo cuanto bien depende de ellas, y dejando que los demás contribuyan, si les parece bien, a las obras que Dios les ha indicado una vez.

»En el consejo de la pobre vivienda se resolvió, pues, el procurar mayor extensión y encaminar al provecho de mayor número de ancianos los beneficios que se trataba de dispensarles. Mas cuando hablamos de consejos, debemos explicarnos, pues no se ha de creer que fuesen muy frecuentes en aquella morada las deliberaciones. El padre encargaba a sus hijas que orasen, oraba él también, y cuando creía haber reconocido la voluntad de Dios, la indicaba a sus hijas dejándoles el mérito de la obediencia: la obediencia, virtud de maravilloso precio, de incalculable empuje, que brilla en las obras de la Iglesia, las sostiene y las anima y las da fuerza y victoria. Se persuadió a Fanchon, única persona de la pequeña comunidad de algún crédito en la población, que sacrificase el aposentito a que acaso tenía bastante afición, para alquilar un piso bajo, húmedo e incómodo, que había servido mucho tiempo de taberna. Cabían en él doce camas, que no tardaron en ser colocadas y ocupadas. Las cuatro sirvientas de los pobres, a pesar del auxilio de su buena amiga la vieja Fanchon, no tenían poco que hacer con sus pensionistas. No era ya posible el ganarse trabajando su propia subsistencia y la de sus huéspedes, pues bastante ocupación les daba el servir a sus muy queridos pobres, como exigían su edad y sus enfermedades.

»Cuidaban de sus llagas, limpiaban las inmundicias, hacían levantar y volver a la cama a sus viejas, instruyéndolas además y consolándolas, con lo cual les era imposible acudir a sus demás atenciones. La administración de beneficencia continuaba pasando a las viejas, que la caridad había reunido, los mismos auxilios que antes, es decir, que les daba pan y les prestaba ropa, y para satisfacer las demás ne-

cesidades (que en verdad no faltaban) las mujeres que podían andar continuaban su antigua industria, saliendo todos los días para mendigar. Las Hermanas preparaban la comida y comían también de este pan de la mendicidad, y de esta manera con los auxilios imprevistos e imposibles de prever, que de cuando en cuando allegaban, se llegó por fin a reunir lo más indispensable.

»No bastaba, sin embargo, vivir de este pan mendigado, pues Dios exigía un nuevo sacrificio y una última humillación; la mendiguez de las mujeres viejas tenía el inconveniente de ponerlas siempre de nuevo en el peligro de renovar sus malas costumbres y de ofrecerles la ocasión de emborracharse, que era en realidad el vicio dominante de estas desgraciadas. Las Hermanas, que atendían sobre todo a la salvación de sus pobres, quisieron alejarlas de esta tentación y ahorrarles la humillación de la mendiguez, a pesar de que la mayor parte habían envejecido en ella y no les pareciese ignominiosa. El padre propuso a sus hijas que no fuesen tan solo las servidoras de los pobres, sino que se convirtiesen también en mendigas por amor suyo, y para la mayor gloria de Dios. Apenas se indicó el sacrificio fue aceptado, y, sin escrúpulo ni vacilación, las Hermanas se hicieron mendigas. Juana fue la primera que tomó una cesta y salió inmediatamente, y con el corazón inflamado por el amor de Dios y del prójimo, se presentó denodadamente en todas las casas que solían auxiliar a sus pobres, donde recogió con humildad y reconocimiento los mendrugos y los ochavos que quisieron darle. Con esto preparaba la Providencia un inagotable recurso para las Hermanitas, que desde entonces han recogido el pan de sus pobres en esta noble y santa mendicidad. Aunque todas sus compañeras han imitado a Juana, esta, sin embargo, ha seguido siendo, como si dijésemos, la colectora titular del Instituto; no contenta con recorrer las poblaciones en que se halla establecida la Obra, va por todas partes, y acaso, querido lector, la verás cuando menos lo pienses entrar en tu casa, exponer con sencillez y dignidad el objeto de su visita, dar razón de las necesidades de sus pobres y hablar de las misericordias del Señor para con ellos. Nada la cansa ni la perturba: en todo ve la mano de Dios, da gracias de lo que esta mano dispensa, espera lo que esa mano rehúsa, y no duda de la generosidad ni de la bondad de los que no pueden tomar parte en su empresa. Tan increíble abnegación, no tan solo se atrae las bendiciones de Dios,

sino que también alcanza las simpatías de los hombres. Los mismos que proscriben la mendicidad no han podido dejar de reconocer la virtud de esta noble e intrépida mendiga: sabido es que la Academia francesa le ha dado un premio de virtud.

»Tal abnegación sorprendió y conmovió desde los primeros días, de suerte que se añadió alguna cosita al ochavo y al mendrugo acostumbrados. Resultando más abundante que la de las pobres viejas la limosna recogida por las Hermanas, pudieron estas disponer de vestidos, de muebles, de provisiones de toda especie, dando por consiguiente mejor trato a sus pobres.

»No obstante escaseaba la ropa blanca, pues la de la administración de beneficencia ya no era bastante, y la carestía subió de punto cuando teniendo la administración que acudir a otras atenciones, se vio obligada a negar este artículo a las Hermanitas.

»En tal angustia, las Hermanitas se valieron de su acostumbrado recurso: oraron y se dirigieron más principalmente a María, suplicándola que las auxiliase. El día de la Asunción se levantó un altarcito a Nuestra Señora, de cuya construcción y ornato se encargó un gendarme que vivía cerca del que la población llamaba ya el asilo de las buenas mujeres, conmovido por lo que todos los días presenciaba en esta bendita casa. Las Hermanas pusieron al pie del altar las cinco o seis malas camisas que formaban la riqueza de la casa, nada de ropa de abrigo. Compadecióse la Santa Virgen; y ¿quién no se hubiera compadecido al ver tanta miseria?

»Varias personas visitaron los días siguientes el altarcito; la Madre de Dios tocó sus corazones y todas se apresuraron a contribuir al alivio de los pobres. Hubo criadas que no pudiendo dar otra cosa se quitaban sus sortijas y las ponían en el cuello del Niño Jesús que tenía entre sus brazos la Virgen Madre, cuya estatua, no más alta que la mano, dominaba el altar. Por medio de esta industria y de esta misericordia quedaron los pobres suficientemente provistos de camisas, de tela y de otras ropas indispensables.

»De esta manera seguía todo su curso, si bien el espectáculo de la abnegación de las primeras Hermanas no había despertado ninguna nueva vocación.

»Más de tres años habían ya transcurrido desde que el fundador comunicó su proyecto a María Agustina y María Teresa, les dio un reglamento de vida y las puso bajo el patrocinio de la Inmaculada Virgen, de San José y de San Agustín.

»Más de diez y ocho meses había que comenzara la Obra del alivio de los pobres y nadie acudía a reunirse con las cuatro fundadoras. Si bien se habían manifestado verdaderas simpatías y abundaban bastante las limosnas, no por esto dejaba el demonio de suscitar un sin número de estorbos a la santa empresa. No debía contarse entre el menor resultado de sus artificios el aislamiento en que seguían las Hermanas. Sin duda Dios le dejaba este poder para poner a prueba la constancia de sus servidores y fortificar su Obra, siendo, por otra parte, cosa acostumbrada que todas las empresas de Dios estén sujetas a contradicciones.

»Las que sufrían las Hermanitas de los pobres eran de diversas clases. El señor Párroco de San Servando había aprobado los esfuerzos de su caridad, pero no obstante, daban mucho que reflexionar. ¡La empresa era tan singular, tan nueva, y confundía de tal manera la prudencia humana! No estaba todo en alimentar a los pobres y en buscarles asilo por medios extraordinarios, pues no dejaba de ser también inconcebible la empresa de reunir en comunidad a pobres jornaleras sin instrucción.

»¿Quién las educaría para la vida y disciplina religiosa? ¿Quién las enseñaría a amar y practicar las reglas espirituales? Antes de reunir las, ¿no hubiera sido conveniente instruir las en una comunidad antigua y bien conocida? A lo menos al comenzar debía ponerse las bajo la dirección de una maestra de novicias acostumbrada desde mucho tiempo a la vida regular, hábil en formar y reconocer las vocaciones, en manejar, ejercitar y quebrantar las voluntades humanas.

»Todo esto era exacto y fundado en razón; mas el espíritu de Dios sopla dónde y como quiere, y en el fondo de su corazón sentía el Fundador que emprendía una nueva Obra, y que una nueva Obra exige nuevos obreros. Por muy excelentes que sean las órdenes religiosas deben limitarse al ejercicio de las obras a que han sido destinadas, y por la cuales fueron creadas, y es cosa impropia pedirles sacrificios o proponerles trabajos no previstos por sus fundadores; y bien

podiera ser que semejantes tentativas, que separarían de su regla y de su objeto primitivo a las congregaciones, acabasen por arruinarlas.

»El fundador y las fundadoras de la obra de que estamos hablando, tal vez no profundizaban tanto: seguían la inspiración de Dios y nada les parecía más sencillo que obrar como habían obrado.

»Por otra parte, a estos argumentos que podían sugerir la razón y la prudencia, el demonio según hemos dicho, añadía sus artificios. Al propio tiempo que se habían despertado las simpatías necesarias a la existencia de sus pobres, formábase alrededor de las Hermanas una especie de atmósfera de ridículo y de oprobio y debieron beber toda la vergüenza de su mendiguez. Señalábanlas con el dedo, burlábanse de ellas y las motejaban en las calles de San Servando, y apenas se atrevían a hablarlas sus antiguas compañeras de escuela, de doctrina, de taller o de infancia.

»Aun aquellas que se sentían atraídas por sus ejemplos, que admiraban su abnegación y se hallaban inclinadas a imitarlas, se detenían como por instinto al considerar el escándalo y lo ruidoso de su empresa. María Agustina era la única de las cuatro fundadoras que tenía familia, y esta no le escaseaba las reprimendas. Su hermana menor, hoy Sor María de la Concepción, superiora de la casa de Rennes, le decía cuando la encontraba con su cesta para ir a la colecta: —vete, vete, no me hables, pues con tu cesta me das vergüenza. La Hermana María Luisa, en el día superiora de una de las casas de París, se sentía movida y hubiera querido tomar parte en el sacrificio de las Hermanitas; pero viendo la abyección en que vivían sentía cierto disgusto, y dirigiéndose a Dios, le decía interiormente:

—»No, Dios mío, no, no es posible; vos no exigís esto de mí.

»La Hermana Felicitas, que ha muerto superiora en Angers, y muerto como se concibe que deben morir las Hermanitas de los pobres, esta Hermana, devorada por el deseo de consagrarse a Dios, invocaba a San José, ante cuyo altar solía colocarse en la iglesia, y llena de candor, al mismo tiempo que le pedía la gracia de ser religiosa, añadía: «pero no entre las Hermanitas.»

»La primera que pasados cuatro años de esta terrible prueba de aislamiento rompió aquella especie de hechizo, no sabía, al entrar en la casa, que debiese permanecer en ella, pues solo había ido para ayu-

dar a las Hermanas un día de mucho trabajo. Cuando hubo gustado la paz de estas amables doncellas, aquella paz que da Dios a los que le aman y se consagran a su servicio, cedió a tan fuerte atractivo y pidió que la recibiesen en su santa compañía.

»No fue la única en penetrar de esta manera. Otra hubo que visitando algunas compañeras suyas nuevamente admitidas entre las Hermanitas, las encontró tan contentas y alegres que quiso compartir su felicidad y vivir con ellas. En una de las casas que se fundaron más tarde, habiendo ido la colectora a una aldea vecina, halló dos jornaleras sin trabajo que se ofrecieron a arreglar la ropa, creyendo que no podían emplear más útilmente el tiempo que remendando el pobre y reducido equipo de las viejas y de las Hermanitas. Caminaron cinco leguas con el deseo de practicar este acto de pequeña caridad, que realizaron con gusto, partiendo al cabo de algunos días, no sin llorar un poco, sin abrazar a las Hermanitas y sin prometerles que pronto volverían.

»Volvieron en efecto, pero ya no fue para dar a Dios su tiempo superfluo, pues trataron de consagrar a su servicio y al alivio de los pobres toda su vida y todas sus fuerzas. De esta suerte habían encontrado la gracia de su vocación en el cumplimiento de un acto de caridad, y su generosidad recibió ya en la tierra una preciosa recompensa, mayor todavía y más pura que su abnegación, pues no es poca dignidad la de pertenecer enteramente a Dios. Bien lo saben las Hermanitas, como que les confunde tanto honor y mantiene en ellas la humildad, que es la prueba más patente de la bendición del Señor.

»Como todas las virtudes cristianas se corresponden y se acrecientan recíprocamente, esta humildad y esta confianza en Dios hacían que sufriesen con paciencia todas las dificultades: a las Hermanitas no les arredaban las humillaciones que el mundo les imponía, y aun en sus negativas encontraban un nuevo motivo de abandonarse enteramente a la Divina Providencia.

»En tanto que el número de los primeros individuos de la familia seguía siendo tan reducido se iba aumentando el de los pobres, y sin vacilación ni escrúpulo cuando estuvo lleno el piso bajo se compró (1842) una gran casa en otro tiempo habitada por una comunidad religiosa. Es verdad que no se contaba con recursos para pagarla,

pero el abate Agustín Le Pailleur, que este era el nombre del Vicario, vendió su reloj de oro, sus ornamentos de plata y algunos otros efectos. Juana conservaba una insignificante suma, y otra compañera había economizado algún dinero; Fanchon dio cuanto le quedaba todavía, y con todo esto se consiguió satisfacer gran parte de la obligación, dejando al cuidado de la Providencia suplir lo que faltaba.

»No se engañaron, pues al cabo de un año quedó enteramente pagada la casa, que había costado veinte y dos mil francos.

»No nos es dado entrar en el pormenor de los medios que Dios empleó para llegar a este resultado en que parece que estaba interesada su Providencia, la cual habían, por decirlo así, provocado, no teniendo en cuenta los obstáculos y empeñándose más cada día en una obra que no podían concebir y de que desesperaban los hombres.

»Las Hermanas, que recibieron entonces el humilde y amable nombre de *Hermanitas de los pobres*, hacían sus votos, por decirlo así, con las manos atadas y los ojos cerrados.

»Su piadoso fundador desarrolló y precisó las constituciones que debían regirlas: al propio tiempo que las sujetaba a la pobreza, a la castidad y a la obediencia, quiso también ligarlas por un admirable voto de hospitalidad, y dar a esta virtud, que hacía ya tiempo practicaban de una manera maravillosa, el precio infinito en que la bondad de Dios estima todos los actos hechos para su servicio en nombre de un deber contraído con él.

»El voto de la hospitalidad fue rigurosamente observado en San Servando. Al cabo de diez y ocho meses quedó también llena la gran casa, donde se alojaban cincuenta ancianos. Las cuatro hermanas se multiplicaban a sí mismas para servir a estos desvalidos; nueva maravilla de la misma Providencia que consuela al mismo tiempo que pone a prueba. Para alimentar tanta gente solo se contaba con la limosna, y esta bastaba.

»El Dios de las bondades sabe arreglar bien las cosas cuya dirección se le abandona. Los residuos de las mesas, los mendrugos y las tajadas de carne abundaban en las manos de las Hermanitas de los pobres. Esta Providencia, tan amable y bienhechora, no dejaba sin embargo de hacer sentir a veces con más viveza la feliz dependencia en la cual con respecto a ella se mantenían. Como una madre que

amamanta un tierno niño se complace en avivar sus deseos retirándole por un momento el seno que luego le devuelve, a veces retardaba algún tanto sus beneficios.

»Conforme a su constitución y su voto de hospitalidad, las Hermanitas satisfacen ante todo a las necesidades de los ancianos, de lo cual resulta que no se reservan sino lo que queda después de servidos sus huéspedes.

»Si bien la comida de los pobres se ha encontrado siempre suficiente y aun abundante, la de las Hermanas ha sido algunas veces un poco escasa. Una vez entre otras, una noche de invierno, estando ya en cama los viejos, no quedaba para la cena de las Hermanitas más que un cuarto de libra de pan: se sentaron contentas a la mesa, dijeron su *Benedicite*, dando gracias de todo corazón a Dios por haberlas dejado aquel pedazo de pan que cada una de ellas creía no haber ganado. Así es que se empeñaban en pasárselo una a otra, suponiendo que no les pertenecía y disimulando que lo necesitasen. Por otra parte reinaba el júbilo en la compañía, considerándose todas ellas felices en el fondo de su corazón por hallarse en el caso de hacer a Dios un pequeño sacrificio.

»Dios no lo despreció, pero se contentó de la buena voluntad. Mientras tenía lugar entre las hermanas esta agradable reyerta, llamaron a la puerta, bien que fuese ya tarde: era la Providencia que enviaba de la casa del Cura una abundante limosna de pan y carne. Mil ejemplos pudieran citarse de esta constante atención de Dios para satisfacer las necesidades que se han ido declarando. La historia de la fundación de las órdenes religiosas abunda en semejantes hechos y se comprende que han debido multiplicarse de una manera especial relativamente a las Hermanitas de los pobres que tan generosamente se han abandonado al cuidado de la divina Providencia.

»Confiadas en ella y animadas por los beneficios que les dispensaba, continuaron esforzándose en hacer cuanto podían en favor de los pobres. A medida que se consagraban a su servicio, comprendían toda la importancia de la obra que Dios les había confiado.

»En efecto, las almas de las desgraciadas criaturas que habían recogido no eran insensibles a sus beneficios, y la caridad que con ellas se ejercía les daba a conocer a Dios. Estas pobres almas, perdidas en

toda especie de vicios y sumidas en la ignorancia, empezaban a vivir y a esperar. Aprendían a gustar, a amar y a bendecir a Dios que les había enviado en su miseria aquellas Hermanas tan serviciales y tan compasivas. Pudiéranse citar rasgos encantadores de virtud, de valor, de resignación y de piedad de estos pobres seres que antes de la entrada en el asilo se hallaban en gran manera degradados por toda especie de vicios y de miserias. En presencia de los resultados que coronaban sus esfuerzos, pensando en todas las almas rescatadas por la sangre de Jesucristo que corrían peligro de perderse, y que un puesto en el asilo podía salvar, sintieron las Hermanas reanimar su celo, y no deseaban otra cosa que poder extender sus trabajos y aumentar su familia. Pero lo hemos dicho: la casa estaba llena, enteramente llena, y aunque para admitir mayor número de pobres las Hermanas se habían alojado en la buhardilla, no sobraba puesto alguno. Quedaban, sin embargo, bastantes pobres en la población y en sus alrededores. Había terreno, y medio franco en la caja. Se trató de edificar. Se puso esta pieza de a dos reales a los pies de la efigie de Nuestra Señora, y se comenzó la obra atrevidamente.

»Se tenía ya por costumbre reconocer las maravillas de la Providencia, y las débiles manos de las Hermanitas, que antes solían planchar y coser, no vacilaron en empezar los trabajos de construcción, persuadidas de que es el Señor quien edifica y no a las manos de los trabajadores. Escombraron el terreno, abrieron los fundamentos y se esforzaron en reunir materiales. De nuevo mostró el Señor que no pedía más, y correspondió a esta audacia que no retrocedía ante obstáculo alguno. Conmovidos los jornaleros de San Servando al ver tanta abnegación, se ofrecieron a auxiliar estos benditos trabajos, se hicieron gratuitamente los acarreos y abundaron las limosnas en dinero.

»Un vecino de Jersey, que tenía una parienta en San Servando, supo que estaba miserable, y pasó a esta población para enterarse de su estado y auxiliarla. La encontró en la sala de asilo, pero tan bien cuidada y tan feliz, que quedó muy agradecido.

»Desde aquel día enviaba limosnas al abate Le Pailleur, y al morir le dejó un legado de siete mil francos, que llegó muy a tiempo para contribuir a los gastos del edificio. Llegó también con mucha oportunidad el *premio a la virtud*, que la academia otorgó a Juana Jugan

(tres mil francos). Aún no estaban terminados los trabajos cuando empezó a aumentarse el número de las hermanas. Dios recompensaba al fin la constancia de los fundadores. Su atrevimiento había llegado al punto de pensar en establecer nuevas casas, y aunque las cuatro hermanas no podían acudir, sino por un milagro constantemente renovado, a todas las atenciones de la de San Servando, se hallaban decididas, sin embargo, a no dejar que esta pequeña población fuese la única en disfrutar de los beneficios de su empresa. No atendían a su flaqueza; solo pensaban en hacer bien.

»Luego que se aumentó el número, María Agustín partió para Rennes. Nada había preparado: iba a probar de nuevo las maravillas que se habían obrado ya en su presencia. Su primer cuidado no fue el de recoger dinero, sino el de buscar pobres. Se instaló interinamente en un pobre local de un arrabal lleno de tabernas y figones. Allí, como en todas partes, se encontraron vivas simpatías y un poco de auxilio. Es uno de los caracteres propios de las Hermanitas recibir toda especie de limosnas; las más humildes son tan preciosas, y a veces tan dulces, como las de más valor. Contábase, no obstante, con las últimas hasta el punto de no titubear en adquirir una casa en Rennes. Cuando abandonaron el barrio en que se habían alojado provisoriamente, los soldados que frecuentaban las tabernas de que hemos hablado, ayudaron a transportar las viejas que ya se habían recogido.

»Para sostener esta nueva fundación, la buena madre María Agustina, que ya podemos llamar la Superiora general, dejó las cuatro Hermanitas que había hecho venir de San Servando. Al dejarlas se llevó de Rennes dos postulantas. Bien se comprendió lo que esto significaba: había allá, en efecto, como un diálogo entre las Hermanitas y la divina Providencia.

»Por esto fueron fácilmente acogidas las proposiciones de Dinan, pequeña ciudad de la diócesis de San Brieuç, cuyo alcalde creyó hacer un acto de buena administración dotando aquel pueblo con un hospicio de viejos, sin gravar los fondos municipales. Se ve que se trata de una población de Bretaña, donde con tanta dificultad penetran el progreso y las luces, y no en todos tiempos se le hubieran ocurrido a un alcalde semejantes pensamientos.

»Obtenido el permiso de los párrocos de la población y la aprobación del señor Obispo de San Brieuç, llegaron a Dinan las Hermanitas. Allí, como en Rennes, su primer cuidado fue el de instalarse interinamente en un local que había antes servido de cárcel; local húmedo e infecto, por debajo del cual pasaban las cloacas de la población, despidiendo miasmas que se habían creído insoportables y peligrosos para los presos. Las hermanas no se arredraron, sino que destinaron el aposento más sano para los viejos, y se quedaron con lo restante. Es costumbre suya reservar para sus huéspedes lo mejor, conforme exigen la caridad y el voto de la hospitalidad. Esta antigua cárcel presentaba además la particularidad de que las puertas se cerraban todas por la parte de afuera, y era imposible encerrarse en ella.

»Las Hermanitas tuvieron, pues, que dormir durante muchos meses bajo la salvaguardia de la fe pública, si bien es cierto que nada en su mueblaje podía tentar la codicia. Fácil es adivinar, en efecto, lo que podían ser tales muebles, debidos enteramente a la limosna. Sólo pasados muchos meses hallaron una casa conveniente para abrigar y alojar a sus ancianos, y no tardaron tampoco mucho en disponer de todos los recursos necesarios para su manutención.

»Bien puede verse cuánto costó establecer y extender la Obra. Se acercaba ya el momento en que iba a adquirir un rápido y extraordinario desarrollo, sin que nadie, no obstante, pudiese preverlo.

»Hasta entonces se había pasado sin pensar en mañana. Correspondiendo a las gracias de la divina Providencia, y aun violentándola un poco, según los preceptos de la Escritura, se habían creado, al terminar el año 1846 tres casas que se bastaban a sí mismas, y que ocupaban a quince o diez y seis hermanas. Se ideó una cuarta fundación, tratando esta vez de salir del estrecho círculo en que se habían hasta entonces encerrado, y de establecerse poco menos que ochenta leguas lejos de San Servando.

»Visita todos los años las poblaciones marítimas un cierto número de forasteros que buscan los buenos efectos de los baños o el de costosas distracciones, y aunque se supone que las últimas no abundan en San Servando, no faltan algunos curiosos que traten de enterarse de las particularidades que ofrezca como estación veraniega;

entre ellos hay uno que otro capaz de interesarse vivamente por la obra de las Hermanitas.

»De esta clase se encontró en 1846 un alma como las hay todavía en Francia, consagrada en el silencio a toda especie de bien y dispuesta a abrazarlo bajo todas sus formas. La humildad, la piedad de las Hermanitas, los grandes resultados que obtenían de sus pobres, alegres y contentos todos al admirar la divina misericordia que les había reservado tamaña gracia para sus últimos días, encantaron y conmovieron esta alma piadosa de que estoy hablando. Pensando en el bien que se había hecho, pensaba en el que podía hacerse y en los pobres que podían cuidarse, los corazones que podían convertirse y las almas que podían ganarse para Dios. Si bien las Hermanitas no podían derramarse inmediatamente por todas partes, cada cual, se decía, debe esforzarse para atraerlas a sí y proporcionar a los pobres vecinos el beneficio de su abnegación y a la población entera el de sus oraciones.

»¿Qué puede, sin embargo, una doncella sin crédito alguno y sin otro recurso que su buena voluntad? Todo, con tal que esté armada de una constancia inquebrantable, que se deje a Dios la gloria de todas las cosas y que sepa que Él es el único que obra. A pesar de la distancia, las Hermanitas no rechazaron las proposiciones que se les hacían de pasar a Tours, no pidiendo más que lo que habían pedido en Rennes y en Dinan, un pequeño asilo y libertad de obrar.

»Hallóse luego un buen cristiano que se creyó muy honrado hospedando algunos días a estas grandes servidoras de los pobres. Ignoro quién pagó su viaje, pero al llegar a Tours, en los primeros días de enero de 1847, les quedaban todavía algunos céntimos.

»Tomaron al principio una casita en que pudieron acoger una docena de pobres, luego otra mayor, y en fin, en febrero de 1848 adquirieron por ochenta mil francos un vasto local con jardín y capilla, y capaz para ciento cincuenta personas. ¿Cómo se pagó todo esto? ¿Cómo se alimentaba cada día a tanta gente? ¡Siempre el mismo prodigio! Las sobras que cada día se recogen y las diversas limosnas bastan para todo. Lo que otros arrojarían con desprecio, se transforma en las manos de las Hermanitas, y se convierte en un considerable recurso. En todas las casas que ahora existen y que más adelante enu-

meraremos, los sedimentos del café, cuyo jugo se ha extraído, pasa a ser la base de un desayuno sumamente agradable para los pobres ancianos.

»Ningún café se niega a dar este residuo, donde la Providencia cuida de conservar, en favor de los huéspedes de las Hermanitas, un poco de esencia y de aroma; a lo que de él puede extraerse, añádesse un poquito de leche y con mendrugos recogidos en todas partes, en las casas más diversas, en los colegios, en las pensiones y en los cuarteles se completa el desayuno. Con tan miserables recursos se da cada día un sabroso almuerzo a doscientos y aun a trescientos viejos en una sola población. Del almuerzo sobran todavía algunos pedazos de pan para servir en la comida, pues esta es una de las rentas más abundantes de las Hermanitas.

»La fundación de Tours figura entre las más penosas que se han intentado. Por razón del corto número de hermanas que había todavía en el Instituto, y de la distancia en que se hallaban las otras tres de Tours, estas, que habían llegado en enero de 1847, y que habían recogido diez y seis o diez y ocho pobres mujeres, quedaron solas cerca de cinco meses.

»Debíase alimentar a todas estas personas, hacer levantar y vestir a las achacosas, e instruir e ilustrar las almas, conservar la alegría en todos los espíritus (porque este es también uno de los cuidados de las Hermanitas) y por consiguiente redoblar sus esfuerzos más de lo que permiten las fuerzas humanas; de suerte que de las tres Hermanas que acudieron a esta fundación, la Hermana Felicitas murió dos años después de resultas de las fatigas que había pasado, y la Hermana María Luisa, la superiora del arrabal de Santiago que conoce hoy todo París y que no tardaron en conocer y amar Lyon y luego Marsella, jamás ha podido recobrase enteramente, y arrastra una salud quebrantada, que no la impide servir activamente a Dios y a los pobres.

»La fatiga, es cierto, no turbaba la alegría. Salían por la mañana llevando dos grandes cubos de hoja de lata, divididos en compartimientos en los cuales se ponían los trozos de carne, los caldos, las legumbres y las diversas sobras que se recogían en la cuestación. En la casa se trabajaba con toda la actividad que exigía, como es fácil com-

prender, el servicio de tantas viejas. Su reunión presentaba el conjunto de todas las miserias imaginables; mas el seno de esta lamentable pobreza, de estas repugnantes dolencias, de los asquerosos accidentes, que suelen acompañar a la vejez, salía como un rayo de dignidad, de felicidad y de contento. Las almas eran felices por ver y gustar a Dios. Las Hermanas le honraban en los pobres; los pobres le amaban y le querían de sus Hermanas, y nada tan suave y tierno como el contento de estos pobres corazones felices, tranquilos, consolados, llenos de esperanza y reconocimiento.

»Este último sentimiento era tan vivo como en los demás, en las Hermanas, que cada día tocaban, por decirlo así, las misericordias y la bondad de Dios. A medida que se presentaban nuevas necesidades, la Providencia se apresuraba a satisfacerlas: hablamos de las necesidades urgentes e indispensables, pues nadie pensaba en lo agradable ni en lo superfluo. Por otra parte las Hermanas se consideraban felices con las privaciones, que podían imponerse por amor de Dios, y mirar como a una dicha el *ir*, como ellas dicen, *a fundación*, porque en estos casos consiguen algunas veces verse privadas de todo y sufrir algo por Dios. En tales aventuras no sienten las fatigas ni los sufrimientos: esta buena madre María Luisa, de que poco hace hablábamos, no escasea las ocasiones de poner en semejante prueba su salud quebrantada, y las demás, reducidas al mismo estado o todavía menos vigorosas, tampoco se toman más pena.

»La Madre general no se alarma por los quebrantos de su flaca salud, que más de una vez han puesto en peligro su vida y espantado a todas sus hijas. Su primera compañera, hoy su primera asistente, la madre María Teresa, ya incapaz de otra cosa que de sufrir y orar, y eso que no llega a los treinta años¹⁰³, no se cree tampoco digna de compasión: ha cumplido la voluntad de Dios y se resigna tranquilamente; ha cuidado de los viejos y se deja cuidar a su vez; ¿qué es, en efecto, lo que podría echar de menos? La querida Hermana Felicitas, en la bienaventurada mansión en donde está sonriendo a sus compañeras y a sus pobres, ¿se arrepiente acaso de su vida empleada en tan nobles trabajos?, y ¿no tienden al mismo objeto todas las Hermani-

.....
103 Murió el 12 de agosto de 1853 siendo la primera asistente de la congregación. [Nota de la primera edición.]

tas? A este objeto a que aspiran, este fin supremo que aman antes de haberlo gustado, que sostiene su celo y su abnegación, las hace capaces de sufrirlo todo, de sacrificar sus gustos, su juventud, su salud y su vida, de sacrificarlos *sin provecho* a los ojos del mundo, si tal es la voluntad de Dios. Sus cuidados obtienen el apetecido resultado de parte de los pobres, pues tienen el consuelo de verles abrir sus almas a la verdad y morir realmente entre las manos de Dios. Pero no debe creerse que para obtener esta gracia no tengan que hacer que más orar, afanarse por el alivio de los cristianos, sufrir el asco natural que producen sus dolencias y todas las privaciones inherentes a la pobreza del Instituto.

»Muchas repulsas tienen que sufrir, y si es dulce y consolador ver tantos pecadores convertidos a Dios, no debemos olvidar a qué precio se ha obtenido este resultado. Los pobres huéspedes de las Hermanitas no son extraños a las luces de la *civilización* y a las glorias del *progreso*, tales como muchos las entienden. Estas luces y estas glorias entran por algo en el estado de degradación en que han caído y contribuyeron a apartar de su alma el último freno que hubiera podido contenerlos y preservarlos de asemejarse a los irracionales. Lo que estos miserables pobres presentan más aflictivo y asqueroso no son las llagas y los humores de su cuerpo, sino más bien la ignorancia y las torpezas de sus almas. Pero es necesario explicarnos: de todo hay en las casas de las Hermanitas. Aquí un espíritu fuerte y un espíritu novelesco; el uno ha leído todos los filósofos del siglo XVIII y se burla de las supersticiones de la hermana que le cuida; otro está al corriente de todas las elucubraciones de los novelistas modernos y aspira hacia el Mesías y la religión del porvenir. Un tercero, que no es el menos amable, conoce a los poetas: cita a Racine, a La Fontaine y aun a Horacio y Virgilio, es algo loco, decidior, espíritu agudo, y tiene tanto conocimiento de Dios como el gorrión que se abriga en el techo. Otro, menos instruido, es un adorador del sol, de los cuales hay muchos, especialmente en los alrededores de París: este astro, dicen, hace nacer el trigo y madurar la uva; todo sonríe cuando él aparece, todo sufre y muere cuando se oculta; es la fuente del calor, de la vida y de todo bien, y no hay otro Dios que él.

»Este Dios es cómodo, por otra parte, y no exige un culto pesado, permitiendo además que los hombres se entreguen a sus pa-

siones, a sus placeres y a todas sus torpezas. Las Hermanitas tienen mucho que hacer para levantar estos pobres seres a la dignidad de criaturas racionales, capaces de conocer, de amar y de servir al verdadero Dios. Más de una vez estarían a pique de perder la esperanza y más de una vez dando sus consejos, reprimiendo los vicios, y especialmente la borrachera, que es el que mayormente han de combatir, han sufrido malos tratos y aun golpes. Mas, aun en esto hallan un motivo de felicidad, pues para tales seres consagrados a Dios todo se presenta al revés de lo que piensan y juzgan los hombres. Están avezadas a verlo y a juzgarlo todo según la fe, a no atender en nada a los instintos de la naturaleza decaída, y vengan de donde quieran el sufrimiento y la abyección, los reciben como un placer y un beneficio.

»Ignoro en verdad si en esta sumisión entra un poco de cálculo, pues lo cierto es, y ellas lo experimentan cada día, que no hay sacrificio de su parte que no sea recompensado antes que cumplido.

»En Tours, en medio de los trabajos de aquella penosa fundación, las Hermanas estuvieron un momento con sólo dos jergones para dormir las tres. A consecuencia de su voto de hospitalidad, cuando se presenta una pobre en la casa y no tiene cama, una de las Hermanas da la suya y se arregla luego lo mejor que puede. Por otra parte, la cama de las Hermanas no es para muy envidiada de los pobres, pues sólo se compone de un simple jergón, conforme exigen el espíritu de mortificación y de pobreza.

»Decimos, pues, que en Tours las tres Hermanas que habían ya recogido siete mujeres, no tenían más que dos jergones, los pusieron el uno junto al otro y esta fue la cama de las Hermanas. Pero además la cama se componía de una sola sábana, de una sola. Llegó en esto una octava mujer que traía su cama, pero sin sábana. La superiora dijo entonces a sus dos compañeras: hijas mías, vamos a partir esta sábana para la pobre mujer que Dios nos envía y luego dormiremos como podamos. Dicho y hecho: dos Hermanas tienden la sábana, la tercera toma las tijeras y va a cortarla, cuando se oye llamar a la puerta. Una de las hermanas va a abrir y se le presenta un joven que le entrega seis pares de sábanas. Cuando la Hermana las llevó a sus compañeras, las tres se prosternaron de rodillas, llorando para dar gracias a Dios.

»Pudieran citarse mil casos acaecidos en cada una de las casas, en que se ve manifiesta la mano de la Providencia y la dulzura de Dios. Algunas veces las maravillas ofrecen otro carácter, ante el cual las Hermanas enmudecen llenas de admiración. Se les había dado, desde el comienzo de su fundación en Tours, una mezuquina marmitta de hierro colado, apenas capaz para cocer la sopa de las Hermanas y de las ocho o diez primeras pobres recogidas. La casa crecía sin que la marmitta aumentase sus dimensiones, y sin embargo siempre bastaba: quince, veinte y hasta treinta pobres hallaron durante muchas semanas toda la sopa necesaria en esta pequeña marmitta. No veo motivo para resistirse a admitir este hecho: todos los que hemos contado desde el comienzo de nuestra reseña son de la misma naturaleza: ¿es acaso más difícil aumentar la sopa en la marmitta de los pobres, que multiplicar en las manos de las Hermanas los demás recursos necesarios?

»Desde Tours, de en medio de las maravillas que acabamos de contar, debía adquirir su extensión la obra de las Hermanitas. Dios permitió que contribuyese a ello para algo uno de los periódicos religiosos de París¹⁰⁴. Al discutirse en la Asamblea nacional el derecho a la asistencia, anunciado en el preámbulo de la Constitución de 1848, dicho periódico sintió algunos escrúpulos y contó lo que había visto en Tours y lo que sucedía en San Servando, en Rennes y Dinan. No influyó, por supuesto, en las decisiones de la Asamblea, pero resultó que de los diversos puntos de Francia, se presentaron a las Hermanas unas diez postulantas.

»Como las Hermanas de Bretaña y Turena, eran por la mayor parte pobres jornaleras o simples criadas sin dote, deseosas de amar a Dios. Habiéndose aumentado la familia, nació el deseo de probar nuevas aventuras. Se trató de fundar una casa en París, pensamiento que habían abrazado ardientemente algunos miembros de las conferencias de San Vicente de Paúl, los cuales, como tendremos ocasión de notar, no se interesaron tan solo esta vez en lo respectivo a las Hermanitas.

»Hacia la primavera de 1849 llegaron a París la madre general y la madre María Luisa, que recibieron la hospitalidad de una casa de

.....
104 *El Universo*, en que escribe el autor de esta reseña. [Nota de la primera edición.]

caridad tan pobre como la suya, y que tenía el mismo objeto de acoger a los ciegos, la casa de Nazareth.

»Las dos bretonas ni se asombraron ni se amedrentaron por el cargo que se habían impuesto. No conocían todavía a París ni se habían formado la menor idea de una ciudad tan grande; pero provistas de un mapa recorrieron las calles, buscando una casa que les conviniese. Algo les costó descubrir lo que deseaban, que era una casa grande, ventilada, situada en un barrio donde pudiesen hallar algunos recursos y además barata; se les indicó una y estuvieron a punto de cerrar el contrato, pero surgieron dificultades y hubo retardos y dilaciones. Entretanto era preciso vivir. Unas buenas religiosas de la Visitación, fieles al espíritu de San Francisco de Sales, enviaban desde su convento algunas provisiones a las fundadoras. Otras almas caritativas, celosas de contribuir a la nueva empresa, no escaseaban sus limosnas.

»Sin embargo Dios permitió que las Hermanitas hallasen de nuevo en París todas las humillaciones de la mendiguez que habían sufrido en San Servando. Viéronse muchas veces obligadas a ir a las cocinas económicas que sirven las Hijas de la Caridad para recibir la porción de sopa y de legumbres que se distribuye a los mendigos en cambio de bonos que valen uno o dos sueldos.

»No sería acertado calcular el valor de los hombres por el precio de lo que comen; sin embargo puede asegurarse que la mayor parte de los que van a buscar en dichas cocinas las judías y patatas que deben formar su comida no son lo más florido de la sociedad. Se encuentran allí pobres respetables que después de haber recibido su porción se apresuran a llevársela para repartirla a su familia; pero muchos otros se comen la pitanza inmediatamente, charlando en la calle o en el patio, siendo por la mayor parte miserables ancianos o desgraciados jóvenes sin familia ni domicilio, vagos y depravados, perezosos, borrachos y entregados a todos los vicios y a todas las industrias. En 1849 esta población tenía un carácter especial; era entonces suma la miseria en París, el trabajo escaso y las pasiones se hallaban vivamente excitadas. A la hora de comer se veía reunidos alrededor de las cocinas económicas hombres en el vigor de la edad, cubiertos de indecibles andrajos que conservaban todavía en medio de la suciedad restos de cierta elegancia, y que denotaban ser propios

de personas poco antes acostumbradas a ganar mucho y a gastar en la imprevisión y el desorden cuanto ganaban.

»Su aspecto tenía muchas veces una expresión de cínica impudencia, y el conjunto contribuía a que fuese aquella una compañía poco agradable. Las Hermanitas, desconocidas y perdidas en medio de aquella extraña sociedad, de aquellos hombres insolentes y repugnantes, aguardaban su vez con los otros, ponían en el postigo su escudilla y se llevaban luego, por el precio de uno o dos sueldos, la comida de la comunidad entera.

»De esta suerte se iban sucediendo las semanas y los meses. A pesar de los disgustos de esta vida miserable y del fastidio de esta larga espera, cuyo término se entreveía y no llegaba nunca, nuestras Hermanitas sólo sentían la ausencia de sus compañeras, la privación de sus queridos ejercicios de comunidad, y sobre todo la separación de sus pobres.

»A pesar de todo perseveraban en su intención de establecerse en París, aceptaban las incomodidades, las humillaciones y por decirlo así los olvidos de la Providencia, que no promovía ninguna circunstancia propicia para sacarlas de las penosas dificultades en que se habían metido, y lo ofrecían todo a Dios para provecho de la casa que querían establecer.

»Como la Madre general fue llamada a otro punto para las necesidades de la Congregación, dejó a la madre María Luisa el encargo de proseguir la conclusión de un negocio que parecía interminable. Entretanto el cólera empezó a hacer estragos; para pasar el tiempo y emplearlo a lo menos en algo, la madre María Luisa se ocupó en cuidar coléricos. Cogió la epidemia, que acabó de echar a perder su salud ya tan alterada. Después de aguardar cinco meses halló al fin en la calle de San Jacobo la casa de que hoy es superiora y cuyo local sucesivamente agrandado contiene ahora ciento cincuenta pobres.

»Mientras costaba tanto trabajo establecerse en París, se realizaba otra fundación en Nantes, a donde había sido llamado el abate Le Pailleur por los miembros de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Se concertaron pronto: las conferencias prometieron su auxilio, y el *buen Padre* dejó a sus hijas o más bien a la divina Providencia el cuidado de proporcionarse cuanto necesitase el establecimiento. Di-

fácil era negarse a tales condiciones; pero antes de emprender nada, el *buen Padre* pedía la autorización de los vicarios capitulares. Estaba entonces vacante la Sede de Nantes, y las Hermanas no se establecían en ningún punto sin haber obtenido la aprobación del Obispo de la diócesis y el permiso del párroco. Se tuvo que aguardar algún tiempo la respuesta de los vicarios capitulares, y el abate Le Pailleur se vio obligado a partir de Nantes.

»Dejó allí a la madre María Teresa, primera asistente de la superiora general, con una de sus compañeras; le entregó veinte francos diciéndole: «Querida hija, Dios os bendiga; abrid una casa, yo volveré dentro de un mes; deseo hallar con vosotras muchos viejos y un cuartito para alojarme.» Con esta pequeña suma y con este breve consejo la madre María Teresa recibió la bendición del *buen Padre*. La respuesta de los vicarios capitulares tardó en llegar veinte días, y la pobre Hermana veía casi agotados sus recursos, pues no le quedaban más que cuatro francos. Había ya visitado una casa; se apresuró a alquilarla y ocuparla inmediatamente. Al verla llegar el propietario, le preguntó dónde tenía los muebles; ella no tenía más que un poco de paja que acababa de comprar y que debía servirle de cama a ella y a su compañera.

»Sin duda sería este propietario buen cristiano, pues confió en Dios y no tuvo cuidado por el cobro de su alquiler. Las buenas hermanas se dieron prisa en buscar pobres, y cuando al cabo de tres meses volvió el abate Le Pailleur, halló una casa arreglada y provista de todo lo necesario. Habitábanla cuarenta viejos y podía contar con las simpatías de la población. El *buen Padre* predicó a los huéspedes un pequeño retiro espiritual; muchos de ellos se han convertido. En fin, todo va a las mil maravillas y no se ha olvidado ni la celdita del *buen Padre*. Hasta este punto parece que la Providencia se afana en satisfacer los menores deseos de sus hijos.

»En la mayor parte de las poblaciones las Hermanitas acostumbran ir al mercado a pedir limosna.

»Luego que estuvieron en Nantes se presentó una Hermana al mercado de legumbres y pidió a las vendedoras alguna cosa para las pobres mujeres. «Con toda mi alma, contestó la primera a quien se dirigió, con toda mi alma, pues lo que hacéis es muy hermoso.» —«Sí,

en verdad, Hermana mía, respondió otra, porque cuando sea vieja necesitaré de vuestra casa.» Y en semejantes términos hablaban todas. Se llenaron tres sacos de sus dádivas y la Hermana se deshacía dando las gracias. Tomó un saco para cargárselo en los hombros, pero se lo quitaron luego, diciéndole: —«No lo llevaréis», y reuniendo entre todas algunos cuartos, hicieron llevar al asilo toda la pequeña provisión. Cuando se fue la Hermana la dijeron: —«Volved todos los miércoles y sábados, rogad por nosotras.»

»El mismo año, además de estas casas de París y de Nantes, se fundó otra al extremo opuesto de Francia, en Besanzon. Allí no hubo retardo ni dificultad: todo lo había prevenido una caridad generosa, y al llegar se halló una casa arreglada y provista de todo. No faltaba más que recibir los pobres. Así las Hermanas que habían ido a aquella ciudad bajo la dirección de la Hermana Paulina, segunda asistente de la Congregación, hallaban que a las dos madres María Luisa y María Agustina les habían sido reservadas todas las dulzuras de las fundaciones. Alcanzóse inmediatamente la aprobación del señor Arzobispo de Besanzon, que a la primera visita vació toda su bolsa en las manos de las Hermanitas. En honor de la verdad debemos decir que esta bolsa no contenía más que cuatro piezas de cinco sueldos, que era cuanto tenía el Arzobispo.

»Puso este su moneda de calderilla a los pies de la estatua de la Santa Virgen, y se arrodilló con las Hermanitas para dirigir una oración a la Consoladora de los afligidos. Encargó luego a las hermanas que fuesen dos veces a la semana a recoger las sobras de su mesa frugal.

»En 1850 fueron fundados en Angers, en Burdeos, en Nancy y en Ruan nuevos establecimientos. No entraremos en los pormenores de esta nueva fundación, pues sería repetir la misma historia. En Angers las Hermanas se establecieron en una antigua capilla que el señor Cura de la Trinidad, el abate Maupint, hoy gran vicario de Rennes¹⁰⁵, les había ofrecido¹⁰⁶.»

105 Ahora Obispo de San Dionisio. [Nota de la primera edición.]

106 Finaliza aquí la cita tomada textualmente de *Historia de las hermanitas de los pobres*. Los pasajes referidos a las fundaciones españolas, y la versión actualizada del listado de casas de las Hermanitas, provienen, posiblemente, de la edición publicada en Madrid, no consultada. [N. del E.]

Bien quisiera insertar aquí todo el contenido de aquel interesante folleto. Las Hermanitas de los pobres no me habían de reclamar la usurpación de la propiedad. Pasemos a narrar su venida a España y su instalación en nuestro país, copiando siempre del mismo libro; después de omitir lo mucho y muy curioso que contiene acerca de otras fundaciones en Francia y en el extranjero.

La primera fundación española fue en Barcelona.

«El día 19 de marzo, fiesta de San José, protector de la Congregación, llegaron a la antigua capital del Principado, acompañadas de la persona que las había llamado, aquellas dos Hermanitas, hospedándose en una casa particular. Poco tardaron en conocer que en aquel país católico y caritativo habían de sobrar los recursos para una obra tan recomendable; así es que obtenida la venia de quien corresponde, quedó resuelta desde luego la fundación. Buscóse casa en que instalar a las Hermanitas, y las cosas marcharon tan deprisa, que habiéndose hallado una habitación algo capaz en la calle de la Canuda, núm. 31, fue alquilada el 26, trasladándose a ella inmediatamente las dos religiosas, confiando como en todas partes con los auxilios de la Providencia. Dado aviso por telégrafo al Padre fundador del estado que tenían las cosas, envió sin demora la pequeña comunicación¹⁰⁷ que debía ponerse al frente del establecimiento, compuesta de la Madre María Isabel como superiora, de una Hermanita asistente, y de tres Hermanitas más, que llegaron a Barcelona el 1.º de abril, en aquel año, día de Miércoles Santo.

»No tardó Dios en dar visibles señales de su protección a aquella primera casa. Una persona que quiso ocultar su nombre, dio desde luego con qué pagar un año de alquiler. Sabiéndose por algunas piadosas personas, y por lo que dijo al público el *Diario* de la localidad, que las Hermanitas se habían instalado en la referida casa y que ordinariamente carecen de todo en el comienzo de sus fundaciones, no cesaron de afluir a la casa de la calle de la Canuda donativos en dinero, ropas nuevas y usadas, y artículos de consumo de todas clases; y lo que más precioso es para estas buenas religiosas, muchos pobres ancianos en busca de albergue y sustento. Quince o diez y seis pobres quedaban ya admitidos e instalados en la casa a mediados de abril, y

.....
107 Se debe entender *comunidad*. [N. del E.]

no transcurrieron muchos días sin que se viese completo el número de los que la misma podía contener.

»No queremos pasar en silencio un hecho que tuvo lugar, al admitir el primer pobre hombre que albergó la casa. Habíase empezado por recoger mujeres, que abundan por cierto en esta clase desvalida, y aunque se tenía destinado un cuarto de la casa, único que había podido separarse, para alojar a cinco o seis ancianos, nada había todavía preparado para ello.

»Era un miércoles al anochecer, y se presenta un pobre viejecito de 84 años, pidiendo ser admitido. La Madre asistenta general le dijo que volviera dentro de algunos días, pues no podían recibirlo en aquellos momentos, faltándoles todo lo necesario para alojarlo y mudarlo (venía el pobre lleno de inmundicia y andrajos); insiste el anciano diciendo que no sabía dónde ir a pasar la noche; y al anunciar su nombre, que era el de José, prorrumpe la madre Isabel diciendo: «Se llama José, y hoy es el día dedicado al Santo, es San José quien nos le envía, guardémosle...» Dicho y hecho; se preparan para limpiarlo y mudarlo, pero en aquel momento se acuerdan de que no tienen ropa alguna para hacerlo. «Vaya Vd. (dijo la madre asistenta a la superiora), vea si entre los vecinos encuentra alguna camisa y alguna ropa usada de hombre con qué cambiarlo.» Sale, en efecto, la superiora, y antes de que hubiese tenido tiempo de hablar con nadie, llega un desconocido y trae un traje nuevo completo para hombre, y a poco rato vuelve la madre Isabel con otra ropa de la misma clase, ya usada.

»Hechos como este, tan repetidos en las fundaciones de las Hermanitas, podrán parecer casuales a las personas indiferentes: nosotros, hombres de fe, preferimos ver y contemplar en ellos la mano de la divina Providencia, y otra prueba más de la visible protección que dispensa al instituto.

»Empezó por aquellos días la madre superiora con otra hermanita las cuestaciones en los mercados, y las buenas vendedoras dieron en abundancia verduras y legumbres con la mejor voluntad del mundo. No tardó en proporcionar el buen San José una hermosa borrica y una modesta tartana con que ayudar a las hermanas a transportar a la casa el fruto de las abundantes colectas, y los muebles y otros objetos de peso que no podrían llevar sobre sus hombros.

»Manresa había de ser la segunda población de España que debía verse favorecida con una fundación de Hermanitas de los pobres. Habiéndose acordado la supresión de la mendicidad, y teniendo noticia aquellas autoridades locales del nuevo instituto que poseía Barcelona, creyeron que nada podía favorecer su intento como el establecer un asilo para los ancianos pobres y mendigos, que no faltaban en aquella ciudad, y confiarlo a estas buenas religiosas.

»Diéronse los pasos necesarios cerca de los superiores y en su misma residencia de la Torre de San José se pidió y obtuvo a últimos de mayo de 1863 la fundación de Manresa. Habíase cedido para casa de beneficencia el ruinoso edificio que fue convento de Capuchinos, deliciosamente situado; y allí, al lado mismo de la cueva donde el gran San Ignacio escribió sus admirables ejercicios espirituales, que tantas almas han ganado para el cielo, se instalaron en 23 de agosto siguiente las Hermanitas de los pobres, medio reparadas algunas piezas, y faltando todavía puertas y cerraduras en muchas ventanas. Hoy aquella casa, en la que con los auxilios de Dios se han hecho muchas reparaciones y construido una hermosa capilla interior, contiene sesenta y tantos pobres ancianos de ambos sexos, y a pesar de los cortos recursos de una ciudad subalterna, no falta lo necesario para mantenerlos (B).

»Entre tanto, Barcelona no podía quedar rezagada: el Padre Le Pailleur había escrito a la persona que se le había dirigido para aquella fundación, pocos días después de haberse realizado, las siguientes frases: «Tengo la mayor confianza en que Dios bendecirá tantos esfuerzos, y en que esta semilla por Vd. sembrada en la católica tierra de España, germinará y dará abundantes frutos, no solo en esa ciudad de Barcelona, sí que también en otras muchas, según la voluntad de Dios, para su gloria, para la manifestación de su Providencia y para bien temporal y espiritual de un gran número de sus pobres.» Esta confianza, y casi diríamos esta predicción, no podía quedar y no quedó defraudada en un país protegido por la Santísima Virgen de la Concepción, patrona del instituto.

»Eran numerosos los pedidos de los pobres para entrar en la casa de las Hermanitas, y la de la calle de la Canuda no podía ensancharse, y era muy limitado el número de los que podía contener. Pensóse en una casa del *Ensanche* que se estaba concluyendo en la plaza

de Cerdá, y en pocos días quedó ajustada, y se procedió a su habilitación para ser habitada por los interesantes huéspedes que había de albergar. En 1.º de diciembre del mismo año 1863, la nueva casa abrió sus puertas a las Hermanitas y a sus pobres: en ella pudieron admitirse hasta 160 ancianos de los dos sexos, y allí pudo desarrollarse y darse a conocer la Obra, de tal modo que muy pronto ganó el afecto y las simpatías de las clases todas de aquella industriosa población.

»El fruto de estas simpatías debía manifestarse algún tiempo después, pues habiendo surgido dificultades para la continuación del arriendo de la casa del *Ensanche*, hubo de pensarse por las Hermanitas y por sus bienhechores en edificar una casa propia, contando solo, como siempre, con el auxilio de la Providencia, que no ha dejado de ostentar su poder en todos los siglos en empresas de esta naturaleza. Asomaba el año 1866, año excepcionalmente funesto para todos los intereses de la antes floreciente capital del Principado, y en medio de estas aflictivas circunstancias, aprovechando algunos recursos que Dios proporcionaba, se tuvo el valor de proyectar la Obra.

»La empresa arredraba a muchos, la prudencia humana aconsejaba desistir de semejante intento; se escribió al Padre Superior exponiéndole todas las razones en pro y en contra, y la respuesta por telégrafo: —«Adelante, confianza en la Providencia,» quitó todos los escrúpulos.

»Concertóse un terreno bastante espacioso en el mismo *Ensanche*, frente a la estación del ferro-carril de Zaragoza; dióse principio a las obras, y Barcelona atónita pudo presenciar en marzo del año 1867 y antes de cerrar el cuarto año de su fundación, la traslación de los pobres y de las Hermanitas a la nueva y grandiosa, pero modesta casa, que ha de albergarlas para siempre.

»Dios ha querido premiar este gran acto de fe y demostrar al mundo el poder de las Obras que en Él ponen toda su confianza.

»Nos habíamos distraído un poco al hablar de la casa de Barcelona, y hemos de volver la vista atrás, porque en el mismo año 1863, tan fausto en este sentido para nuestro país, presenciaba España otra fundación de Hermanitas en su más privilegiado suelo. Granada, la poética, la hermosa Granada, Edén del musulmán, que los Reyes Católicos conquistaron y devolvieron al culto del Dios verdadero, reali-

zando al mismo tiempo la unidad de esta nación venturosa, informada por quien tenía en ella amigos, de la reciente introducción y de los progresos del Instituto en Barcelona, habiendo leído la sucinta historia del mismo, que dejamos reproducida en este opúsculo, se apresuró por medio de las personas más visibles de la población a pedir al Padre Le Pailleur que concediese a la ciudad de San Juan de Dios una fundación de estas, que bien pueden llamarse nuevas hijas de tan gran Santo. Es tan sentida y llena de unción la carta en que se pedía la fundación de Granada, y tan poderosas las razones que la abonaban, que los buenos superiores no pudieron menos de otorgarla, arrasados los ojos en lágrimas de ternura.

»La víspera de Navidad llegó allí la pequeña y santa colonia, conducida por la madre Lucía, superiora en 1860 de la casa de París de la avenida Breteuil, en donde, como dijimos en su lugar, creemos inspiró Dios la primera idea de traer a España las Hermanitas de los pobres.

»Se han hecho algunas tentativas para edificar una casa propia, y lo han retardado hasta ahora las circunstancias; pero tenemos razones para pensar que no está lejos la realización del proyecto. Entre tanto viven las hermanas con sus ochenta o noventa pobres ancianos en una espaciosa casa que conserva tradiciones del héroe de la Caridad, honor de nuestra patria, San Juan de Dios.

»La de Lérida siguió a estas fundaciones en el año inmediato de 1864 y por cierto que fue laboriosa, como en algunos puntos, por falta de casa a propósito. Empezóse en un cuarto segundo de condiciones poco favorables, y aun cuando poco tiempo después pasaron al piso principal de una hermosa casa con jardín de la calle de Caballeros, por la dificultad de subdividir el local no han podido albergarse en ella más que veinte y tantas mujeres ancianas. El celo y la generosidad de las buenas personas que allí tomaron la iniciativa y que han seguido constantemente favoreciendo la Obra, no podía quedar ocioso, y merced al desprendimiento de una de ellas, muy pronto irán a ocupar las Hermanitas un bonito y bien situado edificio que se está concluyendo, con capilla, agua, huerto y hermosas vistas al campo, donde se alojarán cómodamente sesenta y tantos pobres de ambos sexos, que es lo bastante para aquella población.

»Lorca, a donde había llegado la fama de la abnegación de estas sencillas y caritativas religiosas, quiso también confiar a su celo el cuidado de sus pobres ancianos.

»El convento de San Diego fue cedido al efecto por la municipalidad, habiendo tomado la iniciativa secundado por otras personas piadosas, el esposo de una santa señora que falleció en el anhelo de ver esta fundación en su país, y cuyo objeto, aun antes de conocerla, se había anticipado a imitar, albergando y manteniendo en su casa de continuo a dos pobres ancianas. Se adquirió la huerta del convento que había sido enajenada, y este asilo de Lorca, que contiene por ahora sesenta y tantos viejecitos de uno y otro sexo, que bendicen a la Providencia por el favor que les ha dispensado, goza como en todas partes de la protección de aquellas autoridades y de las simpatías de la ciudad.

»Por este tiempo (diciembre de 1864), el buen Padre fundador y la madre superiora general, al ver el progreso de su Obra en España, acordaron hacer un viaje a este país, a fin de visitar las casas establecidas, ver por sus ojos el estado de las cosas y juzgar por sí propios de la conveniencia y de la oportunidad de otras fundaciones que estaban indicadas. Muchas fueron las satisfacciones de que se vieron rodeados los superiores en este viaje, en que emplearon unos tres meses, y muchas las ciudades que les pidieron sus Hijas. Al paso por Cataluña visitaron el famoso monasterio de Monserrat, y allí, en aquellos sagrados riscos donde se venera hace once siglos la prodigiosa imagen de la Madre de Dios, bajo el título con que es conocida del mundo entero la original y pintoresca Montaña, pusieron los fundadores las nacientes casas de España y las que más adelante se estableciesen en este suelo, bajo la especial protección de la Santísima Virgen, que antes de ahora y en aquel mismo sitio había sido visitada e invocada por otros fundadores de Órdenes religiosas que han dado y dan todavía días de gloria y no poco consuelo a la Iglesia. Pasaron de Cataluña a Granada y a Lorca los fundadores, y en esta excursión, Málaga y Antequera a donde había llegado al fama del instituto, pidieron sus respectivas fundaciones, que tuvieron la dicha de ver realizadas en el curso del año 1865.

»En Málaga, personas notabilísimas por su bondad y su posición, se han hecho los decididos protectores de las Hermanitas. Por

ahora ocupan una casa alquilada que da asilo a ochenta y tantos pobres ancianos; todo estaba preparado en aquella hermosa ciudad para empezar las obras de un edificio nuevo a propósito, y cuyos planos creemos están concluidos y aprobados. La crisis que afectó y pesa todavía sobre las principales ciudades mercantiles de nuestro país, es seguramente causa de que no se haya levantado la construcción deseada.

»Aunque no es cosa nueva en la interesante historia de las Hermanitas, no queremos pasar en silencio un hecho ocurrido en Málaga en los primeros tiempos de aquella fundación, que es a la vez la confirmación de la protección del glorioso San José en favor del Instituto, y de la fe ciega de estas sencillas Religiosas en su patrocinio y en la Providencia divina.

»Una mañana en que nada había quedado de las provisiones del día anterior, amaneció lloviendo a torrentes. Ni tenían paraguas las Hermanitas, ni este mueble habría servido para nada en aquellos momentos. La cocinera se presentó a la buena Madre diciéndola que no tenía con qué preparar la comida; la lluvia era tan extraordinaria y pertinaz, que no le ocurrió a esta enviar al mercado a la Hermanita demandadera. «San José sabe bien, respondió, que nada tenemos y que es imposible salir; él proveerá.» Y en efecto, eran las nueve de la mañana, el aguacero no cesaba, y en medio de lo fuerte del temporal llaman a la puerta: era un guardia civil que, mojado como una sopa, llevaba de parte de la autoridad doce libras de carne, que habían sido decomisadas por haber querido introducirse con defraudación de los derechos de consumos.

»La fundación de Antequera hecha bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús, sucedió a la de Málaga; empezó allí con modestas proporciones, y siguió adelantando como todas. Pronto estuvo llena la pequeña casa que sirvió de primer asilo a los pobres de las Hermanitas, pero no tardó San José en proporcionar otra mayor. El caso fue como sigue, y tenemos una singular complacencia en darlo a conocer a nuestros lectores con toda su encantadora sencillez. Dijeron a la superiora que había en la ciudad una casa grande pero muy destartalada que pertenecía a un título, y que tal vez se la alquilarían. Fue a verla; pero al paso que vio que en efecto era muy capaz, conoció que habría que gastar algo para habilitarla. Ocurrióle escribir al

dueño, en estos o parecidos términos: «Señor M... la casa que habitamos con nuestros pobres es muy pequeña para las necesidades de esta población; Vd. tiene una bastante grande en la calle tal, en que podríamos albergar a muchos más, si Vd. tuviese la bondad de cedérsela, haciendo algunas reparaciones y entendiéndose con San José para los alquileres.» La persona a quien la carta iba dirigida, por lo visto tenía corazón y fe, y así la respuesta no se hizo esperar: «—Madre superiora, contestó, la carta de Vd. de tal fecha me ha causado la mayor satisfacción: ocupe usted la casa que me pide, y entiéndase con un maestro albañil para la obra que necesite; yo ya me he entendido con San José para los alquileres.»

»La ciudad de Antequera, cuya devoción a San José es general y extraordinaria, se complace en socorrer y festejar, a nombre del Santo glorioso, a los pobres de la casa de las Hermanitas durante todo el año, aprovechando todas las ocasiones, y en las formas más ingeniosas y delicadas. El 19 de marzo, el día de Jueves Santo, el día de San Agustín, fiesta del buen Padre Fundador, y en otras solemnidades, se sirven a los pobres por los vecinos y bienhechores comidas extraordinarias en medio de la alegría y contento de obsequiadores y obsequiados; como si esto estuviese ya en las costumbres de la población. Tenemos a la vista muchísimos rasgos de la protección del Santo esposo de la Virgen y de la fe sencilla de moradores y Hermanitas, y no nos bastaría para referirlos la mayor parte del espacio de que podemos disponer; baste esta indicación general, además del hecho particular que hemos referido.

»Mientras así iban creciendo y consolidándose las fundaciones españolas, el año 1866 con sus crisis, sus guerras y sus aparatos de trastornos, que tanto afectaron todos los ánimos, y tantos intereses destruyeron, vino a detener su marcha. No quiso, sin embargo, el Cielo que fuera estéril para la Congregación de las Hermanitas en España el periodo a que hacemos referencia. Uno o dos años antes, algunas personas piadosas, entre las cuales descuellan Señoras ilustres bien conocidas por sus virtudes, y sobre todo por su caridad activa, habían hecho gestiones para establecer en Madrid una casa de Hermanitas; pero los superiores no habían creído que el momento favorable para ello fuese llegado todavía. En los últimos meses de 1866, y por inescrutables designios de Dios, se reunieron a aquellos elemen-

tos otros nuevos, y todos juntos empezaron con tanta fortuna a trabajar en esta buena obra, que cuantos obstáculos se habían hallado o temido, cedieron como por encanto. ¡Había sonado la hora oportuna en el reloj de la Providencia! Escribióse al Padre fundador, quien, mejor dispuesto, ordenó que la madre asistente general, María de la Concepción, con la hermanita Estefanía María, hoy superiora de la casa de esta corte, viniesen a ella para tratar este asunto.

»Llegaron en efecto a Madrid el 27 de noviembre las dos Hermanitas, y mediante el permiso que previamente se había obtenido de su Eminencia el señor Cardenal Arzobispo, en términos los más benévolo y afectuosos, y el que dieron con la mejor voluntad las autoridades civiles, que habían comprendido al instante la utilidad e importancia religiosa y social de este hermoso instituto, tardóse solo en fundar esta octava casa en España lo que se tardó en hallar una habitación algo capaz para albergar un número de pobres ancianos, bastante para dar una idea cabal de la Obra.

»Tomóse en arriendo el cuarto principal y parte del segundo de la casa núm. 148 de la calle de Hortaleza, y el día 2 de enero del corriente año se trasladaron a ella las dos hermanas. El siguiente día quedaba instalada la pequeña comunidad con seis hermanas más que vinieron del Noviciado y de las casas de Barcelona, de Lérida y de Antequera. Recibieron seguidamente como de costumbre algunas mujeres, y a la hora presente 46 pobres viejecitos de ambos sexos ocupan todas las camas que pueden contener las habitaciones.

»El público en Madrid no se ha distinguido menos que el de otras poblaciones en su afecto y simpatía para con estas sencillas y modestas hijas de la más santa de las virtudes, y las clases todas de la capital de las Españas, desde la más elevada hasta la más humilde, se esmeran a porfía en visitarlas y socorrerlas. En los mercados fue un verdadero acontecimiento el presentarse la Hermanita, primero con un saco y después con un modesto borriquito, que les fue regalado, a pedir para sus pobres. Como las necesidades eran pocas en los primeros días, al ver que se retiraba la Hermana sin haber recorrido más que una pequeña parte de la plazuela, las vendedoras que se creían desatendidas, se levantaban y la rogaban, hasta con lágrimas de ternura, que aceptase alguna cosa. Las señoras y otras buenas almas se dieron tal prisa en dotar a la casa de los muebles, ropas y auxilios ne-

cesarios, y de vasos sagrados y ornamentos para su modesta capilla, que hoy, dentro de sus limitadas proporciones, parece la de Madrid una casa fundada hace años.

»El domingo de Septuagésima, día 17 de febrero, S. E. I. monseñor Barilli, Nuncio Apostólico en estos reinos, tuvo la dignación de celebrar la primera Misa en el pequeño oratorio de las Hermanitas. Un rasgo muy frecuente entre los habitantes de la coronada villa, demostrará al mundo cómo se entiende aquí la celestial virtud, tan perfectamente descrita por el Apóstol de las gentes. Las muchas personas que visitan la casa, sabiendo la devoción y la confianza que las Hermanitas tienen en su glorioso protector San José, tan querido y venerado en España, se complacen en enviar todos los días víveres, ropas y otros objetos que hacen falta, a nombre del glorioso esposo de la Virgen María; modo ingenioso y cristiano de dar limosna según el precepto evangélico. Sólo hace falta aquí, para que la Obra se desarrolle en la escala que exige y merece la corte de la nación católica por excelencia, que se encuentre una gran casa o los medios de edificarla, a fin de que tantos pobres como solicitan su ingreso en el asilo de las Hermanitas de los pobres, puedan lograr este consuelo.»

Este deseo, manifestado en el folleto de que hemos copiado estas noticias, aun no se ha cumplido, por desgracia, para los pobres de Madrid. Mas este deseo me recuerda un hecho que por vía de antítesis quiero consignar aquí.

Paseaba una tarde de julio de 1866 por las inmediaciones de Bilbao cuando me llamó la atención un edificio suntuoso y todavía sin concluir, más allá de Abando y no lejos de la ría. La curiosidad me hizo preguntar por él y se me dijo que era San Mamés y el edificio destinado a Hospicio general y asilo de los pobres de Vizcaya. Un vascongado que estaba a mi lado se sonrió maliciosamente y lo designó con un nombre algo equívoco y burlesco. La historia de él es triste. El edificio fue donado a la Diputación con el noble y piadoso objeto de recoger los mendigos, escasos en aquel país, ancianos, desamparados y pobres inválidos. Van gastados en el edificio más de 60.000 duros y está sin concluir, y ¿quién sabe si al fin se verá poblado?

Las Hermanitas de los pobres hubieran resuelto este problema sin costarle al país un maravedí.

Antes de concluir este párrafo no podemos menos de insertar aquí la lista de las fundaciones que las Hermanitas de los pobres tenían hace un año, es decir, a principios de junio de 1867.

Son las siguientes:

FRANCIA

San Servando	La Torre de San José,	Lorient
Rennes	Noviciado, en Saint-Pern,	París, calle Beauveau,
Dinan	cerca Bécherel	hoy calle Becaria
Tours	(Ille et Vilaine)	Tolosa
Nantes	Caen	Saint-Dizier
París,	Saint-Etienne	El Havre
calle Saint-Jacques	Perpiñán	Blois
Besancon	Montpellier	Le-Mans
Angers	Agen	Tarare
Burdeos	Poitiers	París,
Ruan	Saint-Quentin	calle N. D. des Champs
Nancy	Listeux	Orleans
París, avenida Bréteuil	Annonay	Estrasburgo
Laval	Amiens	Bolbec
Lyon, la Villette	Roanne	Nevers
Lila	Valenciennes	Flers
Marsella	Grenoble	Villeranche
Bourges	Draguignan	Cambrai
Pau	Chateauroux	Niort
Vannes	Roubaix	París,
Colmar	Boulogne-sur-mer	calle Philippe de Girard
La Rochela	Dieppe	Les Sables d'Olonne
Dijon	Béziers	Troyes
Saint-Omer	Clermont-Ferrand	Maubeuge
Bres	Lyon, Croix-Rousse	Nimes
Chartres	Metz	Tolón
	Niza	

 ESPAÑA

Barcelona	Lérida	Antequera
Manresa	Lorca	Madrid
Granada	Málaga	Jaen

 INGLATERRA

Londres, Westminster	Bristol	Leeds
Londres, Southwark	Birmingham	Newcastle
Manchester	Plymouth	

 ESCOCIA

Glasgow	Dundée	Edimburgo
---------	--------	-----------

 BÉLGICA

Lieja	Jemmapes	Amberes
Bruselas	Bruges	Ostende
Louvain	Namur	

 SUIZA

Ginebra, Carouge

Un reparo se nos ha hecho por personas bien intencionadas acerca del contenido de este párrafo.

—Aquí se trata, me han dicho, acerca de *la sopa de los conventos*. ¿Qué tiene que ver eso con las Hermanitas de los pobres?

—Prescindiendo de lo que ya se dijo al principio del párrafo, me contentaré con responder un juego de palabras. Si las Hermanitas de los pobres no personifican *la sopa de los conventos*, en cambio son la personalidad de *los conventos de la sopa*.

Et voilà tout, como dicen nuestros vecinos.

Nada diré aquí tampoco de la sopa *económica*, a fin de que no se me diga que al defender la caridad monástica involucro cosas que no tienen conexión con ella y con la ridiculizada sopa. Y con todo,

la sopa o comida que se da hoy día en Barcelona y Valladolid, como en París y otros grandes centros de población, está servida casi monásticamente, y hermanas de la Caridad son las que la condimentan y distribuyen, y sobre todo las que corren con hacer las compras. Ello es que para dar de comer a los pobres económicamente no hay más remedio, al plantear estas cocinas según los sistemas conocidos, que acudir a uno de los dos agentes poderosos que pueden servir de estímulo en esta materia, la *caridad* o el *interés*. Aquel es el medio indicado por Dios y por la Religión; este otro es el del mundo. Yo no condeno la especulación y el deseo de un lucro lícito, pero no puedo consentir que lo que se hace por lucro y por interés se prefiera y sobreponga a lo que se hace por caridad. En lo que se hace para especular a costa de la miseria hay siempre algo de sórdido, y la experiencia acredita que con facilidad penetra en ello la codicia. La caridad, por el contrario, sirve gratuitamente, no retira del capital ganancia alguna, no busca premio ni aun aplausos; su gloria y premio están en otra parte.

La sopa de los conventos en la actual penuria.

Los presentes artículos en vindicación de la caridad monástica ultrajada y befada de un modo tan falso como irritante bajo la frase de *La sopa de los conventos*, han sido escritos en medio de la penuria, hambre general y horrible miseria del aciago invierno de 1867 al 68. El hambre no ha cesado, la miseria crece y el invierno de 1868 al 69 se presenta en lontananza horrible y pavoroso. Los diputados de Castilla la Vieja instan a las Cortes, instan al Gobierno pidiéndole diez millones para poder dar un pedazo de pan a los famélicos habitantes de vastas comarcas en que no se ve yerba ni vegetación alguna, en que se muere todo el ganado, en que los arrendadores abandonan los campos y los dueños no hallan quien reemplace a los que se van. En medio de esta miseria el declamar contra la sopa de los conventos es un ultraje a la miseria pública, es un acto de brutal egoísmo, es la burla inmoral y estúpida del que se ríe de los gestos y contorsiones del que padece y agoniza, mientras él tiene salud y la tripa llena.

De buena gana hubiéramos publicado la estadística de los pobres a quienes durante este horrible invierno ha podido atender la caridad monástica en los escasos conventos que en España restan. En alguno donde los hemos pedido se han negado a decirlos. —*Dios lleva la cuenta de ellos*, nos dijo el superior de una casa, *y no se le olvidará ninguna partida*. Qué importa que lo sepan los hombres o no lo sepan. ¿Acaso estas cosas se hacen para que las sepa el mundo?

¡Magnífica respuesta! ¡respuesta altamente católica y española! Nuestros padres cuidaron más bien de hacer altas cosas que no de escribirlas, como decía el P. Mariana. Es el modo de que no las aje el hálito emponzoñado de la vanidad y del orgullo. Ellos hacen estos actos de caridad por amor a Dios, no cuentan para nada con el aplauso de los hombres, y antes bien la maledicencia y la burla y el sarcasmo son los medios de purificar esas buenas obras que se hacen tan solo por amor divino.

Pero si no fuera por ese silencio decoroso y propio de la humildad evangélica, ¿qué cuadro pudiéramos presentar aquí?

Algunos datos tomados al azar, sorprendidos más bien que averiguados, nos pondrán en camino de ello.

Los Padres Dominicos de Ocaña han estado, y aún podemos decir que están dando de comer actualmente a más de 300 pobres un día con otro. A la escasa comida sobrante, pues los Dominicos españoles siempre han sido sobrios y austeros, añaden diariamente sobre diez y seis arrobas de patatas. Id a decirles a esos infelices manchegos que son holgazanes, que por qué razón en pleno siglo XIX acuden a la infamante sopa de un convento. Piden jornal, y no hallan quien lo dé; pues los pequeños propietarios se hallan apurados. Entre robar o pedir limosna, prefieren lo segundo.

Este dato nos lo ha suministrado persona bien relacionada en aquel pueblo y con aquella comunidad, y bajo su fe lo damos al público.

En el monasterio del Escorial se han estado manteniendo este invierno más de doscientos pobres, pasando algunos días de trescientos los socorridos, con la comida sobrante y lo que a ella se añadía.

Los Padres escolapios de Getafe han mantenido también, con el sobrante de su no rico colegio, a los pobres del pueblo y de otros adyacentes. Los socorridos por los dos colegios de ellos en Madrid pasarán de doscientos, y no podemos decir el número fijo porque la humildad de estos pobres sacerdotes no ha permitido que lo averiguásemos.

Con esto se responde también a los que dicen que la sopa de los conventos, sobre ser hedionda, era escasa y nada nutritiva, reducida a varios mendrugos de pan mojados en un caldo repugnante mezclados con huesos de carne, espinas de pescados y otros alimentos heterogéneos. En la mayor parte de los conventos, siempre que sus bienes lo permitían, se mezclaban en la comida sobrante una porción de pan, patatas o arroz en cantidad mayor, que hacían desaparecer aquella parte sobrante entre la otra mayor cantidad de provisiones que se habían preparado aparte y no salían a la mesa. Los ejemplos citados del convento de Ocaña y monasterio del Escorial lo acreditan así. No atestiguamos con muertos, ni solamente con hechos y cosas que ya han pasado. Cerca están de Madrid uno y otro establecimiento y fácilmente puede convencerse por sí mismo el que lo dude, o intentar desmentirnos el que lo niegue.

¿Y qué diremos de los centenares de niñas pobres asistidas por las hermanas de la Caridad en los dos asilos de Santa Isabel y del Príncipe Alfonso, cerca de los dos citados colegios de la Escuela Pía? En ambos asilos reciben diariamente educación y almuerzo gratis más de seiscientas niñas.

Si tuviéramos por objeto hacer una estadística de los pobres que hoy... hoy mismo, viven en Madrid y en otros puntos de España de la sopa de los conventos, tan mal traída y vilipendiada por los egoístas y sibaritas modernos, el resultado sería sorprendente de seguro.

Resultaría quizá que durante este penoso invierno los conventos de monjas y los escasos de regulares que aún quedan en España hayan mantenido aproximadamente 20.000 pobres, sin presupuesto, sin ruido, sin alarde alguno de vanidad ni orgullo. Esto no parecerá exagerado si se tiene en cuenta no solamente los datos anteriores, sino también lo que dan los conventos de religiosas en medio de su penuria y de su gran frugalidad. Las más pobres, entre todas las religiosas pobres, son las capuchinas. Viven de limosna que piden para ellas algunos piadosos donados, los cuales mendigan para ellas en las aldeas y en algunas ciudades. Trabajan además en coser, y generalmente lavan, remiendan y planchan la ropa de muchas iglesias, llevando por ello una módica retribución; es decir que no viven tan solo de limosna, sino también de su trabajo, y trabajo rudo, cual es el del lavado, el planchado y el remiendo; y no pocas de ellas han arrastrado y podían arrastrar seda, y el mundo les brindaba con bienes y placeres.

Todo lo dejaron reduciéndose a llevar una túnica de paño grosero y sin camisa, a dormir en el suelo sobre una manta, a levantarse a las doce de la noche para ir a maitines, y después de un breve sueño, casi sobre el suelo, pasar el día cosiendo, lavando y planchando. Pues bien, esas pobres religiosas dan limosna, y no poca, y puedo asegurar que en uno de sus conventos más pobres, a donde me lleva muy de tarde en tarde el cariño fraternal, no he visto que se fuera sin limosna ningún pobre que se haya acercado a pedirla. Y si esto hacen las capuchinas, las más pobres, entre todas las pobres, ¿quién será capaz de calcular lo que se dará en todos los conventos de religiosas de España, cuando ellas mismas ni lo saben, ni lo calculan, ni lo cuentan, ni quieren que nadie lleve la cuenta sino solo Dios?

Ahora vosotros los sibaritas; los caballeros de la Tenaza, los que coméis sin trabajar, los que matáis el tiempo en ruinosos juegos de azar, o charlando de política, o sosteniendo *dos caras* en vez de una, ¿qué habéis hecho en obsequio de los hambrientos?

Si habéis mitigado el hambre de alguno proporcionándole jornal, o manteniéndolo de vuestro bolsillo, yo os aplaudo. Pero ¿por qué denostáis a los que en medio de su pobreza han hecho lo que también vosotros habéis hecho?

Si en medio de la general penuria, vosotros habéis sido verdaderos caballeros de la Tenaza, agarrando y no soltando, en ese caso retiraos... no, no, seguid maldiciendo, porque vuestros elogios mancharían, porque entre vuestros elogios y vuestros sarcasmos son preferibles los sarcasmos y las burlas, porque de vosotros no deben esperar los católicos y los hombres de bien más que maldiciones, porque cada uno obra según lo que es y da de lo que tiene, y vosotros lleváis ya sobre vuestra frente el estigma de la maldición, que algún día oiréis, pero ya tarde, cuando de boca del Juez Supremo salgan aquellas palabras terribles, que ahora no queréis creer, que entonces tendréis que tragar a la fuerza: —*Id, malditos de mi Padre... porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber.*

*Respuestas a varios reparos. —Los antiguos mendigos y los nuevos. —Economía bucólica moderna. —Alocución, por vía de epílogo, a los caballeros de la Gran Orden de la Tenaza. —Una mirada al porvenir*¹⁰⁸.

Las palabras que se acaban de citar al final del párrafo anterior debían ser la conclusión de este trabajo. En verdad que no se hallarán otras ni más graves, ni más autorizadas, ni más terribles, ni más oportunas para dar fin a un escrito en defensa de la caridad, que estas con que la Divinidad misma se dirigirá a los hombres sin caridad y sin entrañas, al final de esta *vida-sueño* del género humano, o sea la humanidad en la tierra. Pero al fin este trabajo es una sátira, y por tal se ha tenido y tiene por las personas a quienes va dirigido, que al fin la sátira es látigo y azote, y para eso sirve. Pues qué, ¿han de tener esos señores el monopolio y el privilegio exclusivo de la sátira? Pues qué, ¿han de tener ellos derecho para burlarse de todas las cosas más santas y más nobles, y no han de tener los burlados derecho para burlarse de los burladores y devolver sarcasmo por sarcasmo?

Comprendo que mi trabajo haya indignado a muchos de esos señores. ¿Acaso escribo yo para darles gusto?

Ellos quisieran que sus víctimas, o no contestaran, o contestasen de rodillas, en tono suplicante y compungido, con mucha seriedad, dando disculpas y haciendo confesiones de faltas y delitos no cometidos. Pero presentarse con la burla y el sarcasmo, mirar cara a cara a los caballeros de la Tenaza, a los hombres de *siete fortunas* (que hasta en esto se parecen a los gatos que tienen *siete vidas*, según la opinión vulgar), y devolver latigazo por latigazo, como quien dice diente por diente, cosa es para crispar los nervios a esos señores tan *aprovechados*.

En España siempre ha sido la fórmula de los que llamaba Quedo *sastres monteses* decir al pobre viajero a quien iban a desvalijar: —Ladrón daca la bolsa. —Y el pobre salteado contestaba en tono

.....
 108 Epígrafe de la segunda edición. En la primera dice: «Respuestas a varios reparos. —Economía bucólica moderna. —El progreso adelantado hacia 1789.» [N. del E.]

compungido, suplicando se le dejasen siquiera algunas monedillas para pagar en las posadas; monedas que el *tomador*, si era rumbón (que también entre los tomadores hay gente rumbona) dejaba caer al suelo, a fin de tener el gusto de *arrimar una puntera* (frase de aquella gente) al infeliz desvalijado, mientras las recogía por el suelo. Pero atreverse un escritor a salir a la defensa de los desvalijados, reírse de las insolencias de los *aprovechadores aprovechados*, y hacerlos objeto de ridículo cosa es para muy sentida. Con todo ya un poeta latino dijo allá en Roma hace muchos siglos:

*Cantabit vacuus coram latrone viator*¹⁰⁹.

El caminante que nada lleva será capaz de pasar cantando entre los tomadores de lo ajeno. Eso me pasa a mí.

En este supuesto no he querido que fuese muy grave el final de un escrito que tampoco es serio, sino que tiene mucho de agrí dulce y de festivo, aunque a veces serio e histórico.

Además hay que contestar a varios reparos que se han hecho y también a un discurso que ha visto la luz pública al concluir este trabajo.

Un periódico, de cuyo título ni me acuerdo ni quiero acordarme, dijo que el apologista de la sopa de los conventos sería alguno de los que se han quedado con las tajadas, dejando el caldo a los pobres. Tan poco caso hice de la invectiva, que ni aun tuve la precaución de guardar el suelto, que verdaderamente es un *suelto*. Me detendré muy poco en él, pues en verdad estas cuestiones personales a nada conducen, y porque yo fuese malo, no había de ser cosa mala que los frailes y los monjes socorriesen a los pobres con el sobrante de su mesa y algo más. Pero puedo asegurar que no he tenido parte alguna en esa *gran merienda de negros*, llamada en España la desamortización. Jamás quiso mi difunto padre comprar ni un terrón de los llamados bienes nacionales, ni aceptar una finca que se le adjudicase en pago de una deuda, ni sacar los bienes de una capellanía de familia. Tampoco he comido la sopa de ningún convento, como no se dé este nombre a los colegios de internos de los Padres Escolapios de Aragón, de los que tengo el honor de ser discípulo agradecido. Por ese

.....
109 Juvenal, Sátira X, 22. [N. del E.]

lado el insulto no tiene *razón de ser*, como se dice en la tontología moderna, o como decimos en castellano corriente, no tiene fundamento alguno. Así, pues, la razón de la sinrazón que a la razón de la sopa conventual quiso hacer el periódico en cuestión, no tuvo *razón de ser*.

Dejemos a un lado la cuestión personal, y vamos a buscar a los que han hecho el caldo gordo con los ingredientes de aquella tan despreciada sopa, de los cuales y de sus *tajadas* (frase del periódico aludido) tenemos noticias recientes.

En un periódico del viernes 5 de junio leía la frase siguiente, pronunciada recientemente por un amigo y compañero mío, a quien quiero mucho, aunque sus ideas no sean las mías, y a quien no nombro¹¹⁰, pues que tengo que impugnarle cara a cara y noblemente, como puede hacerse entre amigos, cuando no se falta a lo que dictan la caridad y la cortesía. *Amicus Plato sed magis amica veritas*. Dice así el párrafo en cuestión:

»Los antiguos monasterios han ido desmoronándose poco a poco: sus materiales han servido para construir las casas de *los antiguos mendigos* (nótese bien), ¡*los antiguos mendigos!* que iban a recibir la limosna a sus puertas.»

Lo primero que se me ocurre y debo hacer observar al leer estas líneas es que mi querido amigo ha tenido el buen gusto (y Dios se lo pague) de huir de la grosera burla de *la sopa*, y ha dicho franca y noblemente *la limosna*. Esto es hablar a lo caballero y como Dios manda. A tales tiempos hemos llegado, que hay que dar gracias porque a uno le hablen sin insultos, y de que no le apedreen cuando le dirigen la palabra¹¹¹.

La segunda observación, que si fuera cierta levantaría en alto a ciertas gentes que hoy nos salpican de lodo a los pobretes que anda-

.....
110 Bien mirado, no había por qué callarlo, pero como cosa reciente, había pocos que lo ignorasen. Ahora no hay ya por qué callarlo. El aludido era el Sr. D. Segismundo Moret, ministro revolucionario de nuestra revuelta ex-Hacienda. [Nota de la segunda edición.]

111 El Sr. Moret era aún entonces socio de la conferencia de San Marcos en la sociedad de San Vicente de Paúl en Madrid. Veo con disgusto que a veces los católicos echan esto en cara al señor Moret. ¿Por qué? ¿Los socios de San Vicente de Paúl eran impecables...? Digo lo mismo de los que afrentaban a Sánchez Ruano por haber sido Jesuita. [Nota de la segunda edición.]

mos a pie, es que esos señores que hoy viven en casas fabricadas con los materiales de los conventos, antiguamente, es decir, hace unos 30 años, eran *mendigos*. Esto es más serio de lo que parece, y yo me guardaría muy bien de consignarlo si no lo viese en letras de molde.

Así está escrito: «*los antiguos mendigos*».

Así es que al ver en Madrid y en las principales ciudades de provincia a muchos de los aludidos en aquel discurso, o bien al preguntar ¿quién es esa señora tan elegante, que con tanto aparato entra en esa casa?, habrá que responder: «Esa señora es *hija* (o *nieta*, que para el caso es lo mismo) de un *antiguo mendigo*, tan aprovechadito y vividor que con los materiales de un monasterio que iba desmoronándose, y al cual ayudó a caer, hizo ese humilde tugurio en cuya construcción gastó ¡pobrecito! unos ochenta mil duros que había recogido... *de limosna*.» ¡Para que vean ustedes si *la limosna* da de sí!

Al ver salir los magníficos trenes y equipajes del Teatro Real en las noches de invierno, yo, que soy libre pensador, aunque no libre emisor del pensamiento, cómo podré dejar de llevar y exclamar allá en lo íntimo de mi corazón profundamente conmovido: ¡pobrecitos! ¡¡cuántos *antiguos mendigos*!!

Sólo me asalta la zozobra de que hallado ese modo de *desmendigar* los mendigos que restan, que no son pocos, pues no hace muchas noches vi llevar a San Bernardino más de sesenta recogidos durante el día, quieran continuar ensayando ese medio de *desmendigar*, que ya se ha tratado de ensayar en algunos puntos de España, procedimiento que se conoce con el nombre de *socialismo*, y como ya no hay monasterios que desmoronar, sería una broma pesada que los mendigos modernos dijese a los mendigos antiguos: —Ahora nos toca a nosotros¹¹².

Sería esto un círculo vicioso, pues en tal caso los mendigos modernos pasarían a ser mendigos antiguos, y los antiguos volverían a ser mendigos modernos, y fuera entonces el cuento de nunca acabar.

Pero no hay que asustarse por eso, porque lo de los mendigos antiguos no pasa de ser una figura retórica hija de la imaginación lo-

.....
112 Entonces aún no se había inventado el gran progreso que las generaciones venideras deberán al año 1871, cuya síntesis está en las inocentes palabras: ¡Viva el petróleo! [Nota de la segunda edición.]. Sobre esta expresión, véase la nota al final de la obra. [N. del E.]

zana del autor; y con esto den Vds. por borrado todo lo dicho sobre los *antiguos mendigos*. Dudo mucho que haya en toda España uno que haya ido a la sopa y haya hecho fortuna con los bienes de los conventos. Por regla general los bienes de estos pasaron a poder de ricos, no de pobres. Yo conozco las historias de las demoliciones de más de cien conventos en España, y sobre todo sé los pormenores de cómo se adquirieron los de Zaragoza y otros pueblos de su provincia, los de Alcalá, Madrid, Salamanca, Ávila, Zamora, Segovia y otros puntos. Son historias muy edificantes por cierto. Pues bien, en ninguna de ellas hallo ningún mendigo aprovechándose de los bienes de los conventos, y lo mismo sucederá, creo yo, en los restantes puntos de España. En general los compradores fueron escribanos, abogados, procuradores, agentes de negocios y demás *gente de pluma*, comerciantes al por mayor y al por menor, agiotistas, contratistas, empresarios y demás gente de hortería, empleados en oficinas de Hacienda, empleados de desamortización que se hallaban las alhajas de los conventos, y con las alhajas perdidas compraban las fincas a menos precio. Recuerdo muy bien la causa criminal que se formó a uno de ellos en una población cerca de Madrid, por haber robado la custodia, cálices y otros muchos efectos de un convento, que iba vendiendo para comprar fincas de convento. Hubo también hidalgos de gotera, fabricantes, mayorazgos arruinados que vendieron sus bienes para comprar otros de los llamados *nacionales*.

En vano el Sr. Flórez Estrada pretendía, como saben muy bien nuestros economistas, que los bienes de los conventos se repartiesen entre los labradores pobres, para formar así propietarios que tuviesen interés en sostener la revolución, o como se decía entonces, la Constitución y el Trono, que son cosas muy distintas. Esto no convenía a los ricos que deseaban ser muy ricos, a los agiotistas, a los que entonces se mostraban como más ardientes en su interesada lealtad, sin perjuicio de llamarse antidinásticos ahora que ya se han *redondeado*, diciéndolo de palabra a todo el que quiere oírlo, ya que por la imprenta no se lo permiten las autoridades y la legislación vigente.

La dilapidación de los bienes de los conventos en España, lo mismo que la de Inglaterra por Enrique VIII, se hizo por los ricos y para los ricos. En Inglaterra la utilizó sobre todo la aristocracia, en España la mesocracia o clase media, formando esa oligarquía que de muchos

años a esta parte impera en España, y tiraniza los pueblos con su caciquismo, sin tener las virtudes que la aristocracia antigua tenía en medio de sus no pequeños ni escasos defectos.

Dejemos, pues, a un lado lo de los *antiguos mendigos* para ponerlos con las notas del canto del cisne, el ave fénix, la espada de Damocles, la lanza de Aquiles, la caja de Pandora, el lecho de Procasto y demás objetos arqueológicos de las regiones de la fábula.

Supongo que con estas últimas observaciones les volverá el alma al cuerpo a esos pobrecitos señores afligidos con las primeras en que se verían amenazados de que en el Teatro Real, o en la Fuente Castellana se atreviera algún bribonazo insolente a llamarlos *antiguos mendigos*.

Con respecto a los conventos que iban desmoronándose tengo también mis pequeñas dificultades. En Zaragoza, Barcelona, Valencia y otros puntos fueron quemados después de robados, lo cual no es desmonorarse. En otras partes se les dieron barrenos y se los demolió a fuerza de pólvora, como sucedió con el grandioso y monumental convento de Santo Domingo en Toro, hallando demasiado lenta la acción de su piqueta. En otros se los demolió aprovechando para ello los andamios mismos con que acababan de ser reedificados, como sucedió con el celeberrimo de San Agustín de Salamanca, donde reposaban las cenizas de Fray Luis de León y las de San Juan de Sahagún, llamado el Apóstol de Salamanca. Estando yo en aquella ciudad se sacaba piedra del célebre monasterio benedictino de San Vicente para las alcantarillas de la carretera a Valladolid, mientras que a pocos pasos de allí expiraban a docenas los hospicianos durante el cólera, albergados en un edificio mezquino y mal sano, situado en una hondonada y junto a la alberca o cloaca pública descubierta. Dejemos, pues, a un lado lo del desmoronamiento, como otra licencia poética, pues a la mayor parte de ellos no les quedó tiempo ni aun para desmoronarse.

Y no fue esto solamente con los bienes y edificios de los conventos, sino que lo mismo sucedió con los de las universidades y colegios. Si algún incrédulo quiere saber la edificante historia de la venta de los bienes de la universidad de Alcalá, sujetos hay todavía en la Central que podrán narrársela, y yo mismo lo diré, que al fin más callado estará entre todos.

La universidad de Alcalá de Henares fue vendida en unos mil duros a un personaje semi-mitológico, pues nunca se supo a punto fijo quién era. Este personaje, que según se dijo y dice, era un agente, vendió la universidad pocos días después al excelentísimo señor D. Francisco Javier de Quinto, barón de Quinto y otros títulos¹¹³, y a la verdad que no fue caro. Algún tiempo después, cuando se encontraron los restos mortales del Cardenal Cisneros, el pueblo de Alcalá se tumultuó; el señor barón quiso resistir, pero temiendo quizá se revolviese el expediente, o que el pueblo de Alcalá, que no le profesaba ningún cariño, hiciese con sus cosas algún auto de fe, como el que hizo en 1854 el pueblo de Madrid, transigió con los complutenses y les revendió el edificio en 60.000 reales de vellón que dijo haberle costado, aunque es fama que ganó en el traspaso más de 2.000 duros.

Era oficial de Instrucción pública por entonces D. P. J. G., hechura del Sr. Quinto, y de quien hace gran elogio el Sr. Gil y Zárate en su llamada *Historia de la Instrucción pública en España*. Dice el Sr. Gil y Zárate que se asesoraba de aquel empleado para saber lo relativo a las antiguas universidades, y se conoce bien según las noticias que tenía acerca de ellas, pues algunas de ellas hay que rezar mucho a San Blas para poder tragarlas.

Pues bien; el Sr. P. J. G., siendo oficial de Instrucción pública, compró el colegio de Manriques de Alcalá de Henares, a pesar de ser casi todos sus bienes de familia particular, como su nombre indica. Achacoso y enfermizo iba a su patria a restablecerse; pero no pudo pasar de Alcalá, y allí murió casi desastrosamente en el colegio mismo que había comprado.

He citado por verbi-gracia estos dos hechos, porque son públicos en Alcalá y Madrid, porque no se refieren a conventos, y porque mi compañero y amigo puede saber la verdad de ellos con solo dar una vueltecita por la secretaría y archivo de la Universidad y del ministerio de Fomento, donde el actual director de Instrucción pública le dará otros muchos datos edificantes si se los pide.

.....
 113 Francisco Javier de Quinto y Cortés (1810-1860), primer conde de Quinto, natural de Caspe, fue corregidor de Madrid, decano de la Comisión central de monumentos y jefe de la casa de la reina María Cristina, entre otros cargos destacados de la época. Tuvo relación con Miguel Agustín Príncipe y Ponciano Ponzano. [N. del E.]

Dejemos, pues, lo relativo a los *antiguos mendigos* como una fábula, y en cuanto a lo de los instrumentos de agricultura fabricados con sus rejas, las blancas casitas construidas en los antiguos páramos y demás poesía bucólico-económica, amontonada por mi amigo y compañero en elogio de Mendizábal el grande, digamos con mi paisano Argensola:

Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza¹¹⁴.

Otro periódico nos decía en estos últimos días que jamás se había visto que los frailes diesen a los pobres los suculentos platos de su mesa. Lo primero que hay que probar es que en los conventos hubiera platos suculentos con rarísimas excepciones.

Habría que preguntar al autor de esa invectiva, ¿cuántos platos suculentos de su mesa han sido dados a los pobres en este invierno y en otras ocasiones? Finalmente, si él no lo ha visto en su tiempo lo vieron otros, y el recuerdo de ello lo han perpetuado las bellas artes hasta nuestros días. Por espacio de muchos años ha estado frente a la escalera del ministerio de Fomento el cuadro de Vicente Carducho, que representa un acto de mortificación de los primitivos cartujos. Cada monje tiene a la vista un plato de carne condimentada: cuál una perdiz, cuál un trozo de cordero, que no pueden comer en ningún día, y menos en aquel que se hacía esta mortificación, por ser de riguroso ayuno, y los monjes famélicos tenían delante un plato suculento que no era para ellos, sino para los pobres¹¹⁵.

114 Versos finales de un soneto atribuido por Luzán a Lupercio Leonardo de Argensola: «Yo os quiero confesar, don Juan, primero: / que aquel blanco y color de doña Elvira / no tiene de ella más, si bien se mira, / que el aberle costado su dinero. / Pero tras eso confesaros quiero / que es tanta la beldad de su mentira, / que en vano a competir con ella aspira / belleza y gual de rostro verdadero. / Mas, ¿qué mucho que yo perdido ande / por un engaño tal, pues que sabemos / que nos engaña así Naturela? / Porque ese cielo açul que todos vemos / ni es cielo ni es açul. ¡Lástima grande / que no sea verdad tanta belleça!» (*Rimas*, ed. J. M. Blecua, IFC, Zaragoza, 1951). [N. del E.]

115 Se trata de *El milagro del sagrado voto*, una de las cincuenta y seis pinturas de la serie cartujana que pintó Carducho hacia 1630 para el monasterio de Santa María del Paular. Dispersadas por instituciones públicas tras la desamortización, han sido reubicadas recientemente en su lugar original, excepto dos, desaparecidas en Tortosa durante la Guerra civil. La que describe La Fuente es precisamente una

Debo antes de concluir dar una satisfacción acerca de los que he llamado y llamo *caballeros de la tenaza*, con la frase de nuestro inolvidable Quevedo. No se vaya a creer, como pudieran figurarse algunos por estos últimos párrafos, que yo designe precisamente con ese apodo a los compradores de bienes nacionales, y sobre todo de los procedentes de los conventos y antes del Concordato. Ni todos los compradores son caballeros de la tenaza, ni todos los caballeros de la tenaza son compradores. No, yo no aludo a personas de clase determinada, ni de bienes de cierta especie; juzgo por las cualidades morales y por los hechos públicos. Designo con ese nombre a los avaros y gente sin piedad y sin entrañas, que, sobre no hacer nada por los pobres, insultan a los que tienen caridad y a los que la ejercitaron y ejercitan. A los tacaños y ruines, que sobre no aliviar a sus semejantes insultan con bellaquería a la piedad y caridad de nuestros mayores.

A los sibaritas, egoístas y positivistas, que sumidos en la molicie, en la crápula y en los vicios, no se acuerdan del pobre sino para despreciarlo, para insultar a la miseria pública con su lujo insolente y de procedencia dudosa, y se figuran en su glotonería que el pobre famélico repugna el alimento, que repugnaría a su voraz estómago. A los que viviendo en concubinato escandaloso, doble y triple, con escándalo de la moral pública, se complacen miserablemente en inventar y divulgar anecdotillas escandalosas y picantes contra los regulares, cubriendo su infamia propia con la calumnia ajena, y atribuyendo a los monjes sus cualidades propias, al tenor del refrán antiguo *piensa el ladrón que todos son de su condición*.

Estos caballeros de la tenaza que pudieran clasificarse en *caballeros simples*, comendadores de tenaza y grandes tenazas, progresan según que reculan, y avanzan según que retroceden hasta 1854, 1837, 1812 y 1789¹¹⁶.

de las las dos perdidas. Leticia Ruiz Gómez publicó el dibujo preparatorio de esta obra en *No solo Goya*, Madrid, 2011, pp. 40-44. La identificación de esta pintura ha sido posible gracias a la ayuda del P. Miguel Muñoz, prior del monasterio del Paular. [N. del E.]

116 Tan lejos estoy de ceñir a determinada clase de compradores de bienes de la Iglesia el título de *caballeros de la tenaza*, que antes bien daría el título de capellán de la Orden al P. Gratri, admirador del año 1789. [Nota de la primera edición, suprimida en la segunda.]

Esta fecha es el *non plus ultra* del tenacismo; solo que para llegar a ella hay que pasar por el lodazal sangriento de 1793, fecha a la cual el caballero de la tenaza tiene cierto asco, solo porque en ella se trocaban a veces los papeles y los guillotinos eran guillotinos.

Si yo supiera dibujar concluiría aquí mi trabajo simbolizando el progreso de los partidarios de 1789 con un cangrejo, animal muy a propósito para representarlos a ellos, tanto más cuanto que tiene tenazas.

En defecto de una viñeta que represente a ese animalito y sus admiradores, pondremos la inscripción siguiente, parodiando el célebre dicho de Maquiavelo:

CALUMNIA QUE TODO SE NOS QUEDA¹¹⁷.

Hasta aquí llegaba lo escrito en la primera edición.

En esta segunda solamente hay que añadir el progreso descubierto en la capital del mundo civilizado con que en este año han respondido los pobres o *mendigos* de ahora a los detractores de la sopa.

¡Viva el petróleo¹¹⁸!

.....
117 No queda clara la procedencia del «Calumnia, calumnia que algo queda», que se atribuye a Maquiavelo. La frase es conocida en latín en las formas *audacter calumniare, semper aliquid haeret* (Francis Bacon) y *calumniare fortiter, et aliquid adhaerebit*. En francés fue popularizada en la forma *calomniez, calomniez, il en rest toujours quelque chose*. [N. del E.]

118 Véase *La Federación*, 188, 22 de marzo de 1873: «Esta escena, señores, digo ciudadanos, representa el triunfo de los petroleros. ¿Ven ustedes esos como demonios encarnados que discurren precipitadamente con el hacha en una mano y la tea en la otra? Son los revolucionarios de veras; los internacionales petroleros, que acaban de dar patas arriba con todo el orden social [...]». Y también *El eco del Bruch*, 85, 8 de octubre de 1871: «¡VIVA EL PETRÓLEO! Los periódicos franceses nos traen, el siguiente proyecto de Constitución petrolista: “La Asamblea nacional proclama lo siguiente Artículo 1. La Francia queda constituida en república democrática, social y roja sangre de toro. Art. 2. La república francesa tiene por bases: La destrucción de la propiedad. El aguardiente barato. Y la pereza obligatoria. Art. 3. Tiene por divisa: CHORRO MULABATO Y PETRÓLEO...! Estas tres palabras se escribirán sobre todos los edificios públicos. Art. 4. Todos los trabajos manuales serán ejecutados por los ricos. Queda abolido el trabajo del pobre, y reemplazado por una Guardia nacional viva y animada. El sueldo de cada individuo de esta Guardia nacional será de seis francos diarios. Art. 5. Cada guardia nacional recibirá un plus de cuatro francos por manifestación armada. La Guardia nacional tiene derecho á seiscientas manifestaciones por semana. Art. 6. Queda establecida una gran

Por mi parte sólo tengo que decir al lector la consabida fórmula del prestidigitador al aprendiz.

¡Apaga y vámonos!

FIN

sociedad de socorros mutuos y retiros para las clases perezosas en toda Francia. Se denominará: «Sociedad fraternal del pelo en la mano.» Art. 7. A los que trabajen se les retendrá un 50 por 100 de su salario, que ingresará en la caja de la sociedad. Serán admitidos gratuitamente en la asociación los ciudadanos que declaren no haber podido encontrar trabajo, quedando prohibida toda pesquisa encaminada á demostrar que no lo han buscado; esto sería atentatorio á los derechos individuales. Art. 8. Es inviolable la tienda del mercader. Todo ciudadano tendido sobre la acera es sagrado. Art. 9. Quedan abolidas todas las distinciones nobiliarias y honoríficas, y serán sustituidas por una sola y única orden, que se llamará: «Orden de la limpia nacional.» Art. 10. Queda suprimido el impuesto sobre las bebidas alcoholicas. Todo ciudadano tiene derecho á comprar un litro de vino al día. Lo que beba de más será abonado por la nación. [...]» Gracias á los derechos individuales y demás preciosas conquistas de la revolución, la borrachera de la impiedad se va apoderando de ciertas gentes de una manera inconcebible. Se llevan á cabo supinas necedades en nombre de no sabemos qué ilustracion, y qué cultura, y qué ciencia libre. La mas estúpida irreligion pretende erigirse en reina de una sociedad cristiana, y esto por arte y gracia de las sabias leyes que nos rigen.» [N. del E.]

Necrología [y Bibliografía] de D. Vicente de La Fuente

por Alejandro Pidal¹¹⁹

Nació en Calatayud en 29 de enero de 1817.

Falleció en esta Corte el 25 de diciembre de 1889.

Encargado por disposición de nuestro digno Presidente de escribir la necrología del inolvidable compañero que últimamente desempeñaba el cargo de Censor en esta Real Academia, y que se conoció en vida y seguirá conociéndose en muerte, mientras quede memoria de nuestra generación, con el nombre de D. Vicente de La Fuente, muchas veces he tomado la pluma y muchas veces la he vuelto a dejar, agobiado por los contrapuestos estímulos del deseo de obedecer y de la desesperación de lograrlo; pues aunque el santo cariño y respetuoso recuerdo que agitan mi corazón no hiciesen titubear mi pulso, y aunque las lágrimas que asoman involuntariamente a mis ojos no les robasen necesariamente la luz, la dificultad de estampar en el mezquino espacio de unas cuartillas el bosquejo de una personalidad tan rica en dibujo como en color, haría necesarios de toda necesidad, para ser vencida dignamente, el pincel y la paleta de Velázquez.

Que en vano ordenará nadie, fecha tras fecha, las más memorables de la vida de D. Vicente de La Fuente, en vano se hacinarán una sobre otra sus obras, en vano se desplegarán sus títulos, diplomas y certificados; todo eso podrá darnos, y nos dará seguramente un cadáver cuyos despojos pueden ser honra y gloria de un país, pero la vida, aquella vida genial y característica que rebosaba en su persona, que tan peculiar y especialísimo sello imprimía en cuanto ponía la mano, aquella vida que le hace aún surgir potente en nuestra imaginación a la menor evocación de nuestra memoria, esa sólo la podría fijar, aprisionándola en el papel, el que conociéndole como

.....
119 *Necrología del Ilmo. Sr. Don Vicente de La Fuente, censor de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, leída ante la misma en la sesión de 10 de junio de 1890 por el Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, académico de número, Madrid, Imprenta del Asilo de huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, Juan Bravo, 5, Teléfono 2198, Madrid, 1898.*

nosotros le conocimos, hubiese merecido del Cielo el divino don de fotografiar almas con la pluma.

Era D. Vicente de La Fuente aragonés de alma y cuerpo todo entero, es decir, por nacimiento, por vocación y por naturaleza en la más lata acepción de esta palabra. Era el representante genuino del tipo del español rancio, católico por fe y por tradición, demócrata por costumbre, altivo por humildad, humilde sin humillación, chancero con reverencia, laborioso por vocación y por hábito, sencillo por carácter y educación, dado a llamar las cosas por su nombre, desenfadado en el estilo como Catedrático y escritor, propenso a la sátira y al donaire, no siempre afortunado en él, y a veces, sin pretenderlo, tan elocuente que arrancaba lágrimas al corazón de su lector o su auditorio.

Había nacido en Calatayud a fines del mes de enero de 1817; cursó Humanidades en los Escolapios de Daroca y de Zaragoza, y Filosofía en el Seminario Conciliar de Tudela, donde fue ordenado de primera tonsura. Obtuvo el grado de Bachiller en Filosofía en la Universidad de Zaragoza, y en la de Alcalá de Henares probó los tres años de instituciones teológicas, recibiendo el grado de Bachiller en claustro pleno el 26 de junio de 1834, *nemine discrepante*.

En aquella ilustre Universidad concluyó con gloria el estudio de la Facultad de Teología, regentando como sustituto sus cátedras, y habiendo obtenido el triste honor de ser el último de los graduados en aquella gloriosa Universidad. Rector del colegio de Málaga (uno de los que componían aquel centro docente) durante cinco años cursó en la Universidad de Madrid la Facultad de Cánones y de Leyes con tal gloria, que a sus notas académicas *sobresalientes*, a sus grados *nemine discrepante*, a sus propuestas para sustituir Cátedras, a su ingreso como Académico profesor en Academias científicas, a su elección para diferentes cargos en Academias y Universidades, a sus medallas de honor y otros premios, hay que agregar las no menos merecidas calificaciones que obtuvo en los exámenes de Árabe y Hebreo, cuyos estudios alternaba con los de Teología y de Leyes. Catedrático de Derecho canónico en la Universidad de Salamanca, Catedrático más tarde de Disciplina eclesiástica en la Universidad de Madrid, Rector de la Universidad Central por último, terminó sus días desempeñando la Cátedra de Historia y disciplina general de la Iglesia y particular de España en el Doctorado, habiendo merecido el honor, durante su vida literaria, de ser llamado al seno de varias Corporaciones ilustres del extranjero y es-

pañolas, entre ellas la Real Academia de la Historia, que le eligió en 1861, y la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, que le eligió en 1875.

Tal es, a grandes rasgos y rápidamente trazado el cuadro de la vida oficial universitaria y académica de D. Vicente de La Fuente; pero su verdadero retrato no hay que buscarlo en el papel timbrado de las Universidades y de las Academias; hay que buscarlo en el corazón y en la memoria de sus discípulos y compañeros. Mejor que vagas generalidades, lo dará a conocer el sucinto relato de la impresión del que esto escribe.

Sabido es el cariño y el afecto verdaderamente paternal que, antes que la política se metiera en las Universidades, unía a los profesores con sus alumnos. Agrupábanse estos, por especiales afinidades entre sí, en grupos más o menos numerosos, que solían tener por núcleo la particular predilección por un maestro. Solitario como un hongo escolar había atravesado los umbrales de la Universidad de Madrid el que esto escribe, cuando llamó su atención la extraña mezcla de familiaridad y respeto con que un grupo de alumnos de distintos años rodeaba, al cruzar los claustros de la Central, a un *buen señor* con aspecto como de *exclaustrado*, que mezclando las burlas con las veras, y las reprimendas con los consejos, resolvía de plano todas las dificultades que casi en tumulto y simultáneamente le iban exponiendo los alumnos. Un día, arrastrado por la curiosidad, penetré en la cátedra, y jamás olvidaré aquella explicación. No era, no, el pretencioso discurso del retórico ensayándose para tribuno delante de su juvenil auditorio, ni la revelación sibilítica del sabio que pronuncia sentencias para iluminar a los mortales; era la plática íntima, familiar, vulgar a veces, que en corriente habla castellana hacía, como padre que quiere que aprendan sus hijos, el maestro por vocación que desempeña en conciencia una obra de misericordia.

No escaseaban, es cierto, los defectos propios de tales cualidades, que indefectiblemente forman alrededor y como fondo de realce de toda obra y condición humana; pero si la divagación era a veces más extensa de lo que convenía al asunto, si la erudición rayaba otras en pueril, si la chanza podía parecer algunas veces chabacana, la facilidad con que infaliblemente volvía a coger el hilo de su discurso allí mismo donde lo había dejado, lo gráfico y pintoresco del detalle que aducía, y la caridad cristiana o el acendrado patriotismo que revelaban sus desahogos, hacían que tales defectos fuesen, como la sal en los manjares, condimento sabroso y aperitivo que facilitaba la asimilación y el estudio de las más indigestas lecciones.

Insensiblemente me encontré, atraído y subyugado por la bondad del Maestro, afiliado en el estrecho y apretado círculo de sus íntimos; y si esta predilección, de que siempre me envanecí y que hoy hasta con orgullo proclamo, me valió apuntes, repasos, libros especiales para consulta, conferencias privadas y todo género de auxilios intelectuales, jamás (en honor suyo lo confieso) me sirvió durante ningún examen en que él formara parte del tribunal, más que para oírle pedir a mis jueces, al presentar tembloroso mi papeleta, «*que me apretasen bien las clavijas y que no me dejaran charlar*» tal era la idea que tenía D. Vicente de La Fuente del sacerdocio que se ejerce en la enseñanza, y de la obligación que contrae el profesor de no defraudar la confianza que depositan en él los padres de familia que representa el Estado.

Y no era esta sola la fase más importante del apostolado de la educación que desempeñaba D. Vicente de La Fuente. Sin insinuación ni invitación suya, sin excitación ni presión alguna de su parte, todos o casi todos (pues yo constituí en esto una excepción que ciertamente no me honra) los que formaban entre sus discípulos escogidos, al calor del ejemplo de su maestro, mezclaban con el apostolado de las letras el apostolado de la caridad, reuniéndose públicamente y a la luz, huyendo de todo procedimiento interior y exterior de *secta*, en el seno de las cristianas *Conferencias de San Vicente de Paúl*.

Fue D. Vicente de La Fuente uno de los cuatro primeros fundadores de esta santa asociación en España, y su nombre, escrito con caracteres de oro en el frontispicio de esta institución y en los registros de caridad de sus obras de misericordia, proclama tan alto y tan claro como lo que más el carácter puramente religioso y benéfico de esta sociedad, que por su alejamiento de la política mereció las antipatías de los que quieren que la Religión se prostituya al servicio de los partidos y los ataques de los que como hijos del mundo profesan odio secular a todo lo que lleve en sí la señal divina.

Los modestos aunque gloriosos anales de esta institución, que más que los hombres sobre la tierra llevan los ángeles desde el Cielo, son los que encierran la verdadera *Necrología* de D. Vicente de La Fuente, que con Ozanam y con Masarnau forma la ilustre trinidad de los *héroes* y fundadores de esta Asociación en España, héroes y fundadores que edifican y triunfan en la penumbra de la modestia, no para gloria y aplauso y provecho suyo, sino para gloria de Dios y bien de los hombres.

La vida privada de D. Vicente de La Fuente era sencillamente la de un *santo*, esto es, la de un hombre de bien que practica lo que profesa. Se levantaba con el día, recibía el pan de los ángeles diariamente, se confortaba con la oración, visitaba a sus pobres, desempeñaba sus trabajos de cátedra y Academias, comía a las dos, dormía siesta de tres a cuatro, y el resto lo consagraba al estudio. No trasnochaba jamás, y no se sabe de nadie que le viera en ningún teatro. Vidas tales dejan honda y fecunda huella tras de sí. Sólo aprovechando así el tiempo pudo D. Vicente de La Fuente escribir las obras que escribió, enseñar las lecciones públicas y privadas que enseñaba, socorrer a los pobres que socorría con la metódica y progresiva limosna de sus consejos, de sus ejemplos y de sus economías.

¡Las obras que escribió! He aquí su verdadero retrato intelectual. Esta es la única mina donde hay ya que trabajar para extraer el oro de su personalidad literaria, el venero de donde brota el río torrencial de su influencia en las ciencias, en la Religión y en la Patria españolas.

¡Asusta el verlas hacinadas sobre la mesa; deleita hojearlas en horas de ocio y de distracción; sorprende analizarlas y extraerlas con la pluma. Enseña meditar sobre ellas, depurándolas de las *digresiones y salidas* con que solía salpicarlas aquella poderosa genialidad!

Pero si hoy, en medio de este renacimiento de estudios serios que alcanzamos, sorprenden, instruyen y deleitan, al calcular la época en que fueron escritas, entre los rugidos de la barbarie más fundamental que ha azotado nuestra ciencia patria, es poco decir que ¡*maravillan!* El Benedicto paciente, investigador y coleccionista incansable, se codea allí con el espíritu despreocupado, atrevido y audaz del Feijoo aragonés, a quien, por no denigrar su memoria, nos abstenemos de calificar de *Voltaire católico*.

Datos secos y fechas precisas, como de crónica monástica, que sólo apunta en apergaminado *palimpsesto* los sucesos que el público rumor trae por encima de los muros del Monasterio hasta las paredes de la celda; carcajadas, a veces hasta grotescas, del sentido común ultrajado con la aparatosa exhibición de desenterradas necesidades; apóstrofes grandilocuentes nacidos, no del énfasis retórico ni de la preparación académica, sino del alma y el corazón conmovidos ante una sólida grandeza o una desvergonzada injusticia; atisbos de maravillosa intuición histórica, y percepción crítica al lado de verdaderas inocentadas o de chuscadas familiares, forman

como la arquitectónica de esas obras. Pero con ellas ¿qué digo con ellas? con la milésima parte de la erudición, del saber, de la ciencia y de la doctrina, y hasta del estilo (sin quererlo a veces) que encierran, hubiera labrado una *enciclopedia inmortal* cualquiera que no fuese D. Vicente de La Fuente, esto es, cualquiera que hubiese pensado más en sí al escribir sus obras y no lo hubiese dado todo al amor independiente a la verdad que informaba y dirigía todos sus trabajos.

Quizás somos duros con su memoria; quizá sacrificamos como él a la severa verdad las conveniencias, pero preferimos ser así. De las obras de D. Vicente de La Fuente se puede decir, con harta más razón que de otras, todos los lugares comunes del elogio oficial; pero si de pocas es tan fácil señalar los defectos, de menos aún es tan difícil desconocer, estudiándolas, lo que la historia de la Religión, de la Patria y del Derecho español deben a sus páginas; que no porque la despreocupación y el desenfado, en colaboración con la modestia, hayan hacinado los materiales en el crisol, es menos puro y acendrado el oro que a manos llenas y a granel recoge el que se toma el trabajo de remover las escorias.

Renuncio, señores, a lo que insensiblemente me iba dejando arrastrar por la asociación de mis recuerdos; renuncio a analizar una por sus obras, tarea fácil para mí, que aprendí de sus labios hasta lo que quería decir en ellas. Pero ¿es necesario por ventura? ¿Necesita alguien aquí que se enumeren siquiera sus trabajos sobre la Historia de la Iglesia de España, sobre Teología, Derecho canónico, Disciplina y Procedimientos eclesiásticos, sobre la Historia y el Derecho de Aragón, sobre la Historia de las sociedades secretas en España, sobre la pluralidad de cultos y sus inconvenientes en la Nación española, sobre la Vida, obras y fundaciones de Santa Teresa de Jesús, sobre la Virgen María y su culto en España, sobre el Poema de San Anselmo del siglo XII, las Quincuagenas de la nobleza de España por Fernández de Oviedo, Doña Juana la Loca y su supuesta herejía, D. Rodrigo Ximénez de Rada, León de Castro y Palacios Rubios, la Historia de Calatayud, las Comunidades de Castilla y Aragón bajo el punto de vista geográfico, las de Aragón bajo el político y económico, las lecciones de Crítica histórica, la enseñanza tomística en España, la expulsión de los Jesuitas en tiempo de Carlos III, San Millán como presbítero secular, sus trabajos sobre las relaciones de la Iglesia y el Estado, la división de poderes, los Concordatos, la retención de las Bulas, el juramento de la Constitución de 1869, el Elogio fúnebre de Masarnau, la biografía de la Jorbalán, sus traba-

jos en el Congreso Católico sobre Arqueología e Iconografía cristianas, los saladísimos folletos de propaganda popular contra la propaganda de desmoralización protestante, todos sus escritos, en suma, desde los eruditos y concienzudos, como la continuación de la obra monumental *La España sagrada* en tres tomos, hasta los chispeantes y ligeros de las *Lecturas populares*, sin olvidar aquel tan *característico* de suyo, que basta para *estereotipar* su personalidad y darle puesto entre los escritores festivos y los ingenios picarescos de nuestra patria conocido con el nombre ramplón y vulgar de la *Sopa de los conventos*?

No ciertamente. Ni estos, ni otros que dejo sin enumerar, ni otros a que aludiré brevemente, necesitan que yo los dé a conocer, ni esta sería la ocasión para hacerlo.

Baste saber que aquella *escuela religiosa* basada en la *humildad* y en la *ciencia*, amante del *progreso* y de la *tradición*, enemiga de toda *intrusión extranjera*, desconfiada por experiencia y por instinto de *todo procedimiento político*, esperándolo todo de la *misericordia de Dios* y del *mejoramiento propio*, enamorada de *toda idea grande* y de *todo sentimiento generoso* por creerlo *ipso jure*, *hijo*, más bien que *compatible* con ellos, de los *dogmas* y de las prácticas de la *Religión* y saturada toda ella de la cabeza a los pies del *españolismo* más puro y más castizo, es la que brilla y resplandece con todos sus peculiares caracteres y particulares distintivos en las obras de D. Vicente de La Fuente.

Colocado así entre los dos extremos del campo de batalla, tuvo la gloria de recibir los ataques combinados de todos ellos, y aunque como católico de profesión militó siempre en las filas cristianas, haciendo frente a las huestes racionalistas, triste es decirlo, pero es justicia proclamarlo, que por su espíritu de reforma y de oposición contra toda invasión, usurpación y abuso, por lo sólido e ilustrado de su piedad, enemiga de toda superstición y patraña, y por su incorruptible rectitud, que no le consintió jamás posponer los intereses religiosos a los políticos, ni menos convertirlos en sus dóciles instrumentos, las heridas crueles que recibió, las que le hicieron llorar lágrimas de sangre, las que acibararon los últimos años de su vida, las que casi le obligaron a renunciar a escribir, inutilizando y condenando así a forzosa ociosidad tan fecunda pluma, esgrimida siempre en bien de la Iglesia y de la Religión, no las recibió de sus enemigos naturales, combatiendo frente a frente con ellos: las recibió, mientras peleaba en la brecha, de los que debían ser sus compañeros, por la espalda.

La historia es vieja. Es la historia de Caín y de Abel, la historia de Judas, de los Fariseos y de Jesús; y para venir a nuestro tiempo y a nuestro asunto, ¡la historia de Balmes!

Balmes fue el compañero, más que el maestro, de La Fuente; con él y con el insigne Quadrado, único que nos resta ya de aquella legión de escritores, redactó *El Conciliador*, hijo del *Pensamiento de la Nación*. Cuando vio que la política hacía imposible la reconciliación de la Familia Real por medio de los regios enlaces, única cosa que la política podía hacer, según ellos, en bien de la paz y de la prosperidad de la patria, cerrando la puerta a las discordias religiosas y a las guerras civiles, los tres abandonaron la política para refugiarse en la ciencia y en la Religión, y esto fue por lo que no les perdonaron los *fariseos*, que no odian nada tanto como la idea de un Jesús que no haga la redención a caballo. A Balmes lo calumniaron, y por lo menos con el veneno de la calumnia aceleraron el día de su muerte. A D. Vicente de La Fuente, al tipo del católico por excelencia, al escritor ultramontano español, al héroe de la caridad cristiana, al santo en su vida pública y doméstica, le denunciaron *como hereje secularizador* y fundador de una *secta* bautizada con el extraño nombre (que bastaría él solo para evidenciar la carencia de sentido común de la acusación) de *ascetismo liberal!!!*

En una palabra: al D. Vicente de La Fuente que todos hemos conocido, respetado y querido; al fundador de la Sociedad de San Vicente de Paúl en España; al catedrático ultramontano, al polemista católico; al historiador de la Iglesia y apologista de la Religión, le definieron así: «Un demonio transformado en un ángel de luz.»

¿No es verdad que en fuerza de ser *estúpida* raya en *graciosa* la *majadería*?

Pues bien, D. Vicente de La Fuente *no se rio*. No porque desconociese su experiencia la *mala fe* de sus émulos, y su ciencia la crasa ignorancia de sus impugnadores, a pesar de sus *pujos de iluminados*, pero le desanimó aquel ataque tan villano y tan necio. Fue tan *humilde*, que no se quiso vindicar; pero al cabo, en un *folleto*, del que sólo repartió a los amigos varios ejemplares numerados, se exculpó, para que no se interpretara mal su silencio. Son curiosas las palabras con que termina. Permitidme, por lo bien que pintan su carácter, que reproduzca aquí algunas:

«Estoy muy lejos de odiarlos, y antes pido a Dios por ellos de todo corazón» decía hablando de sus enemigos. «Jamás he odiado a nadie... No soy

infalible, ni mucho menos. He padecido equivocaciones en varios escritos, y sobre todo en los de *crítica histórica*, materia de suyo muy difícil, y siempre me han hallado agradecido los que me las han advertido de buena fe, y aun he rogado a varios, hasta por favor, que me las advirtieran. San Agustín, con todo su saber, tuvo que escribir *retractaciones*.

»Hoy, en el estado de agitación en que están los ánimos en España, no puede esperarse esa serenidad... *En tales casos lo mejor es callar, y es a lo que yo me decido...*»

»Católicos buenos y fervorosos (añadía con su habitual *caridad*), pero *hipocondríacos*, eran los que denunciaron las obras de muchos buenos católicos y hasta *santos* en el siglo XVI. Véanse las biografías de San Ignacio, San Francisco de Borja, el maestro Juan de Ávila, Santa Teresa, Fray Luis de León, y Arias Montano. ¡Cuánto no dieron que hacer a Santa Teresa de Jesús los frailes *melancólicos*, a los cuales tanto temía! Basta con un escrupuloso para trastornar a un pueblo, quizá una diócesis. En cambio mi carácter es demasiado franco. Conozco que escribo a veces con demasiada lisura y desenfado. *Procuraré enmendarme*; y puesto que ya en adelante no puedo contar con *imparcialidad* ni *buena fe*, pienso abstenerme de escribir sobre asuntos eclesiásticos. Este es el modo de no errar. A la Iglesia no le han de faltar por eso buenos defensores.»

Se equivocaba en esto D. Vicente de La Fuente. A la Iglesia no le falta el auxilio de Dios; pero Dios puede consentir que falte a los hombres, en castigo de sus abusos, quien los ilumine y atraiga al Alcázar imperecedero de la Fe. La *epilepsia* integrista, de que fue un *síntoma* el ataque de *hidrofobia* de que fue víctima D. Vicente de La Fuente, hizo más estragos entre los católicos españoles y más daños en la Religión que las impiedades revolucionarias. Claramente lo dicen los últimos documentos emanados de la *Santa Sede*, que tan duramente califican de *puñado de embaucadores* a los que hace ya años venía denunciando un ilustre purpurado español como agentes más o menos conscientes o inconscientes de las *maniobras de Satanás*. La historia de estas luchas terribles, en que apenas ha parado su atención, distraído con otras cosas, nuestro siglo, está aún por escribir. Cuando se escriba, el nombre de D. Vicente de La Fuente resplandecerá, no solo como el de víctima inmolada por los verdugos, sino como el de valeroso defensor de la civilización cristiana contra la barbarie de un jansenismo desconsolador que surgió a espaldas de la Iglesia en el momento más decisivo de la batalla que la Iglesia reñía con la impiedad. Entonces se hará

justicia a los oscuros y modestos soldados que pelearon en este combate por la paz pública, por la gloria de la Religión, por la armonía y concordia del Estado y la Iglesia.

Mientras tanto, Don Vicente de La Fuente que por su fama acreditada en el extranjero, había merecido el honor de ser elegido Vicepresidente de una de las secciones del famoso Congreso de Malinas, que, por el respeto y la confianza que inspiraba a todo buen español, había sido como el alma de la *Asociación de católicos* tanto en la *Junta superior* como en la *provincial* de Madrid, como en el centro docente de sus *Estudios*, unirá al recuerdo de las gloriosas cicatrices de las heridas que recibió de la impiedad revolucionaria, el de las que mereció de sus compañeros, disfrazados de sus adversarios, en la memoria de todos aquellos que por conocerle y estimarle saludaron en él al católico *a secas*, al partidario exclusivo de la *justicia* y de la *verdad*, al soldado de la *caridad cristiana* en los principios y procedimientos, en los hechos y las doctrinas con las ideas y con las personas.

En suma, señores, para terminar: D. Vicente de La Fuente era un *aragonés*, un *católico* y un *erudito* de verdad. Recogió las tradiciones de la España antigua que agonizaban en su juventud, y alcanzó los primeros e inexpertos pasos de la España moderna, que se precipitaba por los senderos del porvenir. Como catedrático, poseía como *nadie* el espíritu de aquellas instituciones que tanta gloria dieron al nombre español y que tanto habían decaído en su tiempo. Pugnó siempre por restaurar su espíritu cristiano y español, pero depurándolo de sus tradicionales abusos, no menos que de los extraños procedimientos que la invasión germanófila, traducida del francés, pretendió inocularla últimamente, y no en vano. Nunca pudo nadie alistarle en sus filas como político. Sólo llevando su abnegación ante los ruegos del que esto escribe, hasta el punto de olvidarse de sí, accedió, al verme empeñado en una doble campaña cuyos éxitos algún día reconocerá agradecida la historia, en dar su nombre a la política militante. Pero lo hizo como se hacen los sacrificios por Dios, no por mira de medro mundano alguno. Como Académico, nadie como vosotros le podrá juzgar. Tuvisteis el acierto de elegirle para Censor, porque corregía con el ejemplo. Nadie trabajaba tanto como él, ni con más exactitud y diligencia. Era modelo de laboriosidad. Su último canto fue el discurso en el Congreso Católico Español. Era natural que así fuese. Los que le oyeron allí, podrán recordar la mal contenida explosión de cariño con que fue acogida su presentación en la tribuna, y todas y cada una de sus palabras. Eran los católicos espa-

ños, que se reconocían sus discípulos y saludaban en su antiguo maestro a la fe religiosa, a la probidad profesional, al patriotismo desinteresado, a la dura labor intelectual, no para granjearse el aplauso ni la fama, sino para bien de sus semejantes; que *nada más que esto, pero todo esto* representa Don Vicente de La Fuente, nuestro malogrado compañero, ante su tiempo y la historia.

El fatal invierno de 1889 a 90, que tantos huecos abrió en las filas de esta Corporación y tanto tributo rindió en todos los círculos a la muerte, nos llevó la tarde del 26 de diciembre a D. Vicente de La Fuente al cementerio. Para los hombres que viven como vivía D. Vicente de La Fuente, morir es descansar, es llegar tranquila y reposadamente al término natural de su viaje. Vivía preparándose para morir, y la muerte le tuvo que coger preparado. ¡Todos hemos perdido menos él! Los pobres y los discípulos, un padre; la Academia y la Universidad, una de sus personalidades más conspicuas; las Universidades y la Iglesia, su historiador; la mayor parte de nosotros, un amigo. La Patria ha perdido más. Acaso haya perdido con él al último de aquellos hijos que la amaban con celosa e intransigente pasión, encontrando motivos de elogio hasta en sus defectos, no porque los dejara de conocer, sino porque los habían descubierto ellos, y a diferencia de los que los proclaman y pregonan bajo la fe de nuestros enemigos humillados, tendían modestamente la capa de su respeto filial sobre las vergüenzas de su madre, que no podría menos de agradecer este sentimiento de amor, premiándoles con la bendición que el Patriarca bíblico dio a sus hijos.

Bibliografía de las publicaciones de D. Vicente de La Fuente

1842

«Observaciones sobre el Protestantismo. Discurso traducido libremente del francés por D. Vicente de La Fuente, con un estudio del traductor sobre el Protestantismo en España». —Madrid, imprenta de Aguado.

1843

Biografías del Príncipe de la Paz, de Fernando VII, de Calomarde, de D. Carlos Isidro de Borbón, de Zumalacárregui y del P. Cirilo, en la «*Galería de hombres célebres contemporáneos*, por uno que no lo es». —Madrid, imprenta de Aguado. Semblanzas del Estudiante, el Colegial, el Sacristán, la Monja y la Comadre o Partera, en la colección titulada «*Los Españoles pintados por sí mismos*». —Madrid, imprenta y librería de D. J. Boix.

1847

«Vida de Nuestro Señor Jesucristo, escrita en francés por el Padre Ligny, de la Compañía de Jesús. Traducida por D. Vicente de La Fuente». —Tomo I (único publicado). —Madrid, imprenta de D. Primitivo Fuentes y Comp.^a

1847

«A la buena memoria del Dr. D. Prudencio María Berriozábal, Profesor de Jurisprudencia de la Universidad de Madrid, sus discípulos en el curso de 1846 a 1847, con la Biografía de dicho señor por D. Vicente de La Fuente, agregado de la Facultad de Jurisprudencia de la misma». —Madrid, tipografía de D. Primitivo Fuentes y compañía.

1849-1851

«*Boletín del Clero Español*», con las Biografías de Su Santidad Pío IX, Nuncio apostólico, y de los Prelados de España. Necrología de los individuos del Clero secular y regular fallecidos en aquellos años. —Tomo I. Madrid, imprenta de los herederos de Fuentes, 1849. —Tomo II, imprenta a cargo de R. Elers, 1850. —Tomo III, imprenta de Antonio Andrés Babi, 1851.

1850

«Discursos acerca de la validez canónica de los grados académicos conferidos en España en estos últimos tiempos». —Madrid, imprenta de Alejandro Gómez Fuentenebro.

«Discurso segundo acerca de la validez canónica de los actuales grados académicos para obtener beneficios eclesiásticos.» —Madrid, imprenta de Alejandro Gómez Fuentenebro

1851

«Historia eclesiástica de España o adiciones a la Historia de la Iglesia, escrita por Alzog y publicada por la Librería religiosa.» —Barcelona, imprenta de Pablo Riera. Tres tomos.

1855

«Catálogo de los libros manuscritos que se conservan en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, formado y publicado de orden del señor Rector de la misma.» —Salamanca, imprenta de Martín Vázquez.

«Exposición de la teoría más justa y conveniente sobre actos preparatorios, tentativas y delitos frustrados, señalando si se deben castigar, y con qué pena.» —Discurso premiado por la Academia de Jurisprudencia.

1856

«Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1856 a 1857 en la Universidad de Salamanca».

(Reimpreso con el título «Sobre la necesidad de Universidades en España.» —Salamanca, imprenta nueva de Diego Vázquez, 1857.)

«Extracto del expediente seguido por la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos, a fin de encontrar y exhumar los restos mortales del Maestro Fray Luis de León.» —Salamanca, imprenta de Martín Vázquez.

1856-1867

«Lecturas populares, o sea colección de artículos breves y sencillos para instrucción y solaz de las familias visitadas por la Sociedad de San Vicente de Paúl, tomadas en gran parte de las que con el título de *Petites lectures* publica aquella Sociedad en francés.» —Doce cuadernos en 8.º, con grabados. Madrid, imprenta de Tejado¹²⁰.

1857

«Discurso leído por el Dr. Vicente de La Fuente, Catedrático de la Universidad de Salamanca.» —Salamanca, imprenta y litografía de Telesforo Oliva.

.....
120 D. Vicente de La Fuente fue uno de los más asiduos colaboradores de esta publicación.

1858

«Nuevo Manual de clases maternas, llamadas Salas de asilo, para uso de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, traducido por algunos miembros de la Sociedad de San Vicente de Paúl». —Madrid, imprenta de Tejado.

1859

«Historia eclesiástica de España». —Tablas cronológicas y adiciones, escritas por D. Vicente de La Fuente. —Barcelona, imprenta de Pablo Riera.

«Programa para la cátedra de Disciplina eclesiástica de la Universidad Central en el curso de 1859 a 1860».—Madrid, imprenta de Tejado.

1860

«Biografía de León de Castro».—Madrid, imprenta de Eusebio Aguado.

1861

«Discurso leído ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Vicente de La Fuente, como Académico de número, el día 10 de marzo de 1861».—Madrid, imprenta de Tejado.

«Biblioteca de Autores Españoles. Escritos de Santa Teresa de Jesús, ilustrados por D. Vicente de La Fuente».—Madrid, M. Rivadeneyra, impresor-editor. Dos tomos.

1862

«Elogio del Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, y juicio crítico de sus escritos históricos. Discurso leído en la sesión pública de la Real Academia de la Historia el día 29 de junio de 1862».—Madrid, imprenta de José Rodríguez.

1863

«El tercer Jubileo del Santo Concilio de Trento. Comparación entre el Catolicismo y el Protestantismo en el estado actual, relativamente al dogma y a la disciplina».—Madrid, imprenta de Tejado.

«Biblioteca de Autores Españoles. Obras escogidas del Padre Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, con una noticia de su vida y juicio crítico de sus obras».—Madrid, M. Rivadeneyra, impresor-editor.

1864

«Compendium Theologiae dogmaticae et moralis, auctore Reverendus Pater Thoma ex Charmes. Editio novissima annotationibus locupletata, curante D. Vincentio a Fonte in S. Theologia ac Jurisprudentia Doctore».—Matriti, Ex officina tipographorum et bibliopolarum societatis.

1865

«La Retención de Bulas en España ante la Historia y el Derecho». —Madrid, imprenta a cargo de Pérez Dubrull. Dos tomos.

«La Pluralidad de cultos y sus inconvenientes». —Madrid, imprenta de *La Esperanza*, a cargo de A. Pérez Dubrull.

«España Sagrada», continuada por la Real Academia de la Historia. —Tomo XLIX. «La Santa Iglesia de Tarazona: sus estados antiguo y moderno.» —Madrid, imprenta de José Rodríguez.

«Manual Eucarístico o meditaciones varias para antes y después de la Sagrada Comunión», por el P. Baltasar Gracián, de la Compañía de Jesús, arregladas y añadidas en esta última edición. —Madrid, imprenta de Eusebio Aguado.

«Discurso que pronunció el Dr. D. Vicente de La Fuente, Catedrático de Disciplina eclesiástica en la Universidad Central, al recibir la investidura de Licenciados varios de sus discípulos, el día 26 de junio de 1865». —Madrid, imprenta de Eduardo Cuesta.

1866

«Discurso de contestación al Sr. D. Jacobo de la Pezuela en el acto de su recepción en la Real Academia de la Historia». —Madrid, imprenta a cargo de Ramón Soler.

«España Sagrada», —continuada por la Real Academia de la Historia. Tomo L. «Las Santas Iglesias de Tarazona y Tudela en sus estados antiguo y moderno». —Madrid, imprenta de José Rodríguez.

«Las Hervencias de Ávila». Contienda histórico-literaria provocada por D. Vicente de La Fuente y sostenida por D. Juan Martín Carramolino, sobre la falsedad o verdad del notable suceso que con tal título recuerda la historia de Ávila». —Madrid, imprenta de *El Pensamiento Español*.

«La División de poderes. Estudios filosóficos sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado.» —Madrid, establecimiento de D. J. M. Lezcano.

«Ecclesiasticae disciplinae Lectiones ex sacro Tridentino Concilio necnon ex Hispanis synodis et conventionibus.» —Matriti, imprenta de Tejado.

1867

«Cartas de Fray Francisco Jiménez de Cisneros dirigidas a D. Diego López de Ayala, publicadas de Real orden por los Catedráticos de la Universidad Central D. Pascual Gayangos y D. Vicente de La Fuente». —Madrid, imprenta del Colegio de sordo-mudos y ciegos.

1767 y 1867. Colección de los artículos sobre la expulsión de los Jesuitas de España, publicados en la Revista mensual *La Cruzada*. —Madrid, establecimiento tipográfico de R. Vicente.

1868

«La Corte de Carlos III». —Madrid, imprenta y esterotipia de Rivadeneyra.

En 1889 se publicó una segunda edición de estos dos últimos trabajos. —Madrid, imprenta de la Viuda e Hija de Fuentenebro.

«Tratado de Procedimientos Eclesiásticos», por D. Francisco Gómez Salazar, Presbítero y D. Vicente de La Fuente. —Madrid, imprenta de la Viuda e Hijo de Aguado. (En 1889 reimprimió D. Vicente de La Fuente el primer tomo de esta obra, corrigiéndola y aumentándola).

«La Sopa de los Conventos, o sea Tratado de Economía política, en estilo jocoserio, acerca de los obstáculos tradicionales de nuestro país.» —Madrid, imprenta de *El Pensamiento Español*.

«Biblioteca de Autores Españoles. Obras escogidas de. P. Pedro de Rivadeneyra, de la Compañía de Jesús, con una noticia de su vida y juicio crítico de sus escritos, por D. Vicente de La Fuente». —Madrid, Manuel Rivadeneyra, impresor-editor.

1869

«Doña Juana la Loca, vindicada de la nota de herejía». —Madrid, imprenta de *El Pensamiento Español*.

«Palacios Rubios: su importancia jurídica, política y literaria». —Madrid, imprenta de la *Revista de Legislación*.

«Nuevas noticias de Palacios Rubios». Descubrimiento de su libro sobre las Indias y juicio crítico de él. —Madrid, imprenta de la *Revista de Legislación*.

1869 a 1872

Andrés Dunn. —La Muerte feliz. —La Virgen María. —Respuesta al Manifiesto protestante. —Colección de opúsculos publicados en los años de 1869 a 1872, contra los que propagaban los protestantes en España.

1870

«Historia de las Sociedades secretas antiguas y modernas en España, especialmente de la Francmasonería». —Lugo, imprenta de Soto Freire. Tres tomos.

«Sancti Anselmi Lucensis vita a Rangerio successore suo latino carmine scripta». Poema del siglo XII, publicado con notas por D. Vicente de La Fuente. —Madrid, imprenta de Aguado.

1871

«El juramento a la Constitución exigido al Profesorado español en 1870: documentos relativos a esta cuestión». —Madrid, imprenta de Alejandro Gómez Fuentenebro.

1872

«Los Concordatos. Cuestiones de Derecho público eclesiástico sobre su revocabilidad». —Madrid, imprenta de Alejandro Gómez Fuentesnebro.

«La familia cristiana. —En el engaño el castigo. —Zarzuela infantil en un acto dedicada a las señoritas del Real Colegio de Nuestra Señora de Loreto, música de D. José Casado, profesor de dicho Colegio». —Madrid, Antonio Pérez Dubrull, editor.

1873

«Vida de Santa Teresa de Jesús». —Edición autográfica con notas.

«Historia eclesiástica de España». Segunda edición. —Madrid, imprenta de la Compañía de Editores y Libreros. Seis tomos.

«Vindicación de la historia de las Sociedades secretas, y respuesta que da su autor a los cargos formulados contra ella por el Capitán de fragata D. Cesáreo Fernández Duro, en defensa de la Marina». —Madrid, imprenta de Antonio Pérez Dubrull.

1874

«La enseñanza tomística en España. Noticia de las Universidades, Colegios y Academias tomistas, con las fundaciones de ellas y sus cátedras principales». —Madrid, imprenta a cargo de D. R. P. Infante.

«Vida de Santa Teresa de Jesús, por el Maestro Julián de Ávila, primer Capellán de la Santa, anotada y adicionada por D. Vicente de La Fuente».

1875

«Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. Vicente de La Fuente, el día 25 de abril de 1875». —Madrid, imprenta y librería de Eduardo Martínez.

«Cartas de los Secretarios del Cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros durante su Regencia en los años de 1516 y 1517, publicadas de Real orden por el Ilmo. Sr. D. Vicente de La Fuente». —Madrid, imprenta de la Viuda e Hijo de D. Eusebio Aguado.

1876

«La Virgen María y su culto en España». —Barcelona, Montaner y Simón. Dos tomos.

«Exposición de las palabras *secularización*, *emancipación* y *separación* al tratar de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Respuesta de D. Vicente de La Fuente al folleto intitulado *El Ascetismo liberal*». —Madrid, imprenta de Gómez Fuentesnebro.

1877

«Ecclesiasticae disciplinae praelectiones ex sacro Tridentino Concilio necnon ex Hispanis synodis et conventionibus». —Matriti, tipis typographorum et bibliopolarum Societatis. Segunda edición refundida.

1878

«Breve reseña de la vida del Excmo. Sr. D. Antonio María Claret, Arzobispo de Cuba, por un socio de la Academia de San Miguel, que la dedica a los socios de dicha Academia y a las Conferencias de San Vicente de Paúl para darla a los pobres». —Madrid, imprenta de Alejandro Gómez Fuentesnebro.

«España Sagrada», continuada por la Real Academia de la Historia. Tomo LI. «De los Obispos españoles titulares de iglesias *in partibus in fidelium*, auxiliares de las de España. Obra póstuma del Dr. D. Carlos Ramón Fort, individuo de número y Bibliotecario de la Real Academia de la Historia, coordinada y aumentada por D. Vicente de La Fuente». —Madrid, imprenta de José Rodríguez.

«La Asociación de Católicos en España». Noticia de su origen, organización, estado actual y gracias que le ha otorgado la Santa Sede. —Madrid.

1879

«Vida del venerable P. Fray Domingo de Ferrer María, en el siglo Ruzola, autor y propagador de la obra llamada *Concordia espiritual y noticia de la gran batalla de Praga*, ganada contra los protestantes por su mediación, publicada por la Junta provincial de la Asociación de Católicos de Madrid». —Madrid, imprenta de Alejandro Gómez Fuentesnebro.

Discurso de contestación al Sr. D. Francisco Codera Zaidín, en el acto de su recepción en la Real Academia de la Historia. —Madrid, imprenta de Rojas.

1880

«Los Toribios de Sevilla. Noticia del establecimiento de aquella casa correccional de jóvenes indoctos y vagos, publicada por la Junta superior de la Asociación de Católicos de España». —Madrid, Compañía de Impresores y Libreros.

«Libros de las fundaciones de Santa Teresa de Jesús». Edición autografiada conforme al original que se conserva en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, publicada y anotada por D. Vicente de La Fuente. —Madrid, imprenta de la Viuda e Hijo de Aguado.

«Las Quinquagenas de la nobleza de España por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Alcaide de la fortaleza de Santo Domingo». Publicadas por encargo de la Real Academia de la Historia. Tomo I. —Madrid, imprenta y fundición de Manuel Tello.

«Las Adoratrices». Noticia acerca del origen de esta institución para la rehabilitación de jóvenes extraviadas, leída en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. —Madrid, imprenta de Antonio Pérez Dubrull.

«Las Comunidades de Castilla y Aragón, bajo el punto de vista geográfico». Discurso pronunciado en la sesión celebrada el día 8 de enero de 1880 en la Sociedad Geográfica de Madrid. —Madrid, imprenta de Fortanet.

«Lecciones de Disciplina eclesiástica y suplemento al tratado de Procedimientos eclesiásticos», por los doctores D. Francisco Gómez Salazar y D. Vicente de La Fuente. —Madrid, imprenta de Alejandro Gómez Fuentenebro.

Discurso de contestación al Sr. D. Melchor Salvá en el acto de su recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. —Madrid, establecimiento tipográfico de Manuel Martínez.

«El Divorcio». Conferencia dada en la Academia Jurídica. —Madrid, imprenta de Enrique Teodoro.

1880-1881

«Historia de la siempre Augusta y Fidelísima ciudad de Calatayud». —Calatayud, imprenta del *Diario*. Dos tomos.

1882

«El tercer centenario de Santa Teresa de Jesús». Manual del peregrino para visitar la patria, sepulcro y parajes donde fundó la Santa o existen recuerdos suyos en España. —Madrid, imprenta de A. Pérez Dubrull.

«Elogio fúnebre de D. Santiago Masarnau, leído en la velada literaria que celebró la Juventud Católica de Madrid en la noche del 29 de diciembre de 1882». —Madrid, imprenta de José de Rojas.

«Ofrenda de las damas de Bélgica a Santa Teresa de Jesús con motivo del tercer centenario de su muerte el día 15 de octubre de 1882, con el discurso de D. Vicente de La Fuente en el acto de hacer la ofrenda». —Madrid, imprenta de Antonio Pérez Dubrull.

1883

«San Millán, Presbítero secular». Respuesta al libro del Padre Fray Toribio Minguella titulado «San Millán de la Cogolla». —Madrid, imprenta de Pérez Dubrull.

«Programa razonado de las lecciones de Crítica histórica, explicadas en el Círculo de la Unión Católica durante el curso de 1881 a 1882». —Madrid, imprenta de Alejandro Gómez Fuentenebro.

«Casas y recuerdos de Santa Teresa de Jesús en España. Manual del viajero devoto para visitarlas». —Madrid, imprenta de A. Pérez Dubrull.

«Discurso leído en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el 23 de diciembre de 1883, al celebrarse el vigésimoquinto aniversario de su fundación». —Madrid, tipografía de Gutenberg.

1884

«La Vizcondesa de Jorbalán, en el claustro la Madre Sacramento, fundadora del instituto de Adoratrices del Santísimo». —Madrid, imprenta de la Viuda e Hija de Gómez Fuentenebro.

«Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón». —Madrid, imprenta de M. Tello. Tres tomos.

1884-1889

«Historia de las Universidades y demás Establecimientos de enseñanza en España». —Madrid, establecimiento de la Viuda e Hija de Fuentenebro. Cuatro tomos.

1885

Discurso de contestación al Sr. D. Francisco Gómez Salazar, en el acto de su recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. —Madrid, imprenta de la Viuda e Hija de Fuentenebro.

1886

«Programa de las lecciones de Historia y Disciplina general de la Iglesia y de la de España para la cátedra del Doctorado». —Madrid, imprenta de la Viuda e Hija de Fuentenebro.

«España y sus monumentos. —Castilla la Nueva. —Provincias de Guadalajara y Cuenca», por D. José María Quadrado y D. Vicente de La Fuente. —Barcelona, establecimiento tipográfico editorial de Daniel Cortezo y Compañía.

1887

«Discurso leído en la Academia teórico-práctica de la Facultad de Derecho en la Universidad Central». —Madrid, imprenta de A. Pérez Dubrull.

«La política de León XIII y la carta al Cardenal Rampolla a propósito de la reintegración de la soberanía temporal del Papa y la paz entre los cristianos». —Madrid, tipografía de los Huérfanos.

1889

«Rosmini y sus obras. Memoria leída en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas». —Madrid, tipografía de los Huérfanos.

«Iconografía Mariana en España durante la Edad Media». Discurso leído en el primer Congreso Católico de Madrid. —Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.

«Congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, origen de su instituto en el Hospital General de Zaragoza y propagación por Aragón y Navarra, juntamente con la fundación del Hospital de Convalecientes y Casa de Salud en Madrid». —Madrid, imprenta de A. Pérez Dubrull.

Discurso de contestación al leído ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas por el Presbítero D. José Salamero. —Madrid, imprenta de A. Pérez Dubrull.

1893

«Constitución política de Aragón en el año 1300. Memoria leída en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en las sesiones de 12, 19 y 26 de noviembre de 1889». Impresa en el tomo VII de las Memorias de la Academia. —Madrid, imprenta y litografía de los Huérfanos.

Publicó también, a contar desde 1837, multitud de artículos en las Revistas *Semanario Pintoresco Español*, *Revista de Madrid*, *La Cruzada*, *La Cruz*, *El Altar y el Trono*, *Boletín bibliográfico de la Academia de San Miguel*, *Revista Bibliográfica*, *La Ilustración Católica*, *Boletín Histórico*, *Revista Hispano-Americana*, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, *La Lámpara del Santuario*, y en los periódicos *El Conciliador* y *La España Católica* de Madrid, y *La Unión Católica*, de Palma. Merece citarse asimismo su asidua colaboración en el *Calendario piadoso*, revisado por el Dr. D. Miguel Martínez y Sanz, donde publicó la Crónica contemporánea desde 1868 a 1880.

Obras inéditas

«Vida de San Íñigo, Abad de Oña, hijo y patrono de Calatayud».

«Iconografía Mariana en España durante la Edad Media». Refundición y ampliación del Discurso leído en el Congreso Católico de Madrid.

LEX
verba potentivm
hvmilibvs
dvcvnt

La sopa de los conventos
versión 15.2 — 6 de junio de 2013
Felicidades, Adriana

«Los presentes artículos en vindicación de la caridad monástica ultrajada y befada de un modo tan falso como irritante bajo la frase de La sopa de los conventos, han sido escritos en medio de la penuria, hambre general y horrible miseria del aciago invierno de 1867 al 68. El hambre no ha cesado, la miseria crece y el invierno de 1868 al 69 se presenta en lontananza horrible y pavoroso. Los diputados de Castilla la Vieja instan a las Cortes, instan al Gobierno pidiéndole diez millones para poder dar un pedazo de pan a los famélicos habitantes de vastas comarcas en que no se ve yerba ni vegetación alguna, en que se muere todo el ganado, en que los arrendadores abandonan los campos y los dueños no hallan quien reemplace a los que se van. En medio de esta miseria el declamar contra la sopa de los conventos es un ultraje a la miseria pública, es un acto de brutal egoísmo, es la burla inmoral y estúpida del que se ríe de los gestos y contorsiones del que padece y agoniza, mientras él tiene salud y la tripa llena.»

